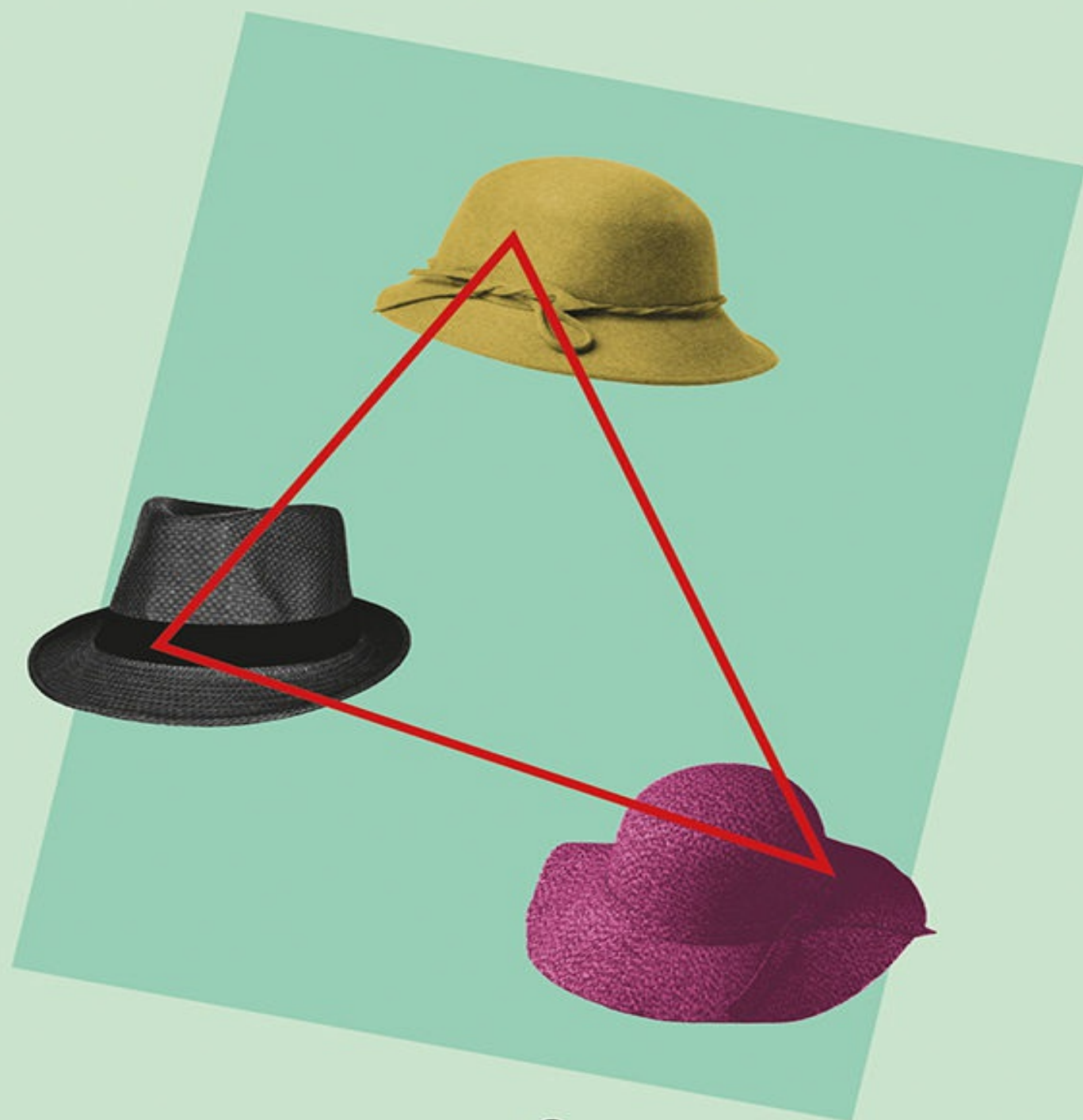


# EL TRIBUTO

*Juana Pérez Romero*



Círculo Rojo  
EDITORIAL

# **El Tributo**

Juana Pérez Romero



Primera edición: marzo 2024

Depósito legal: AL 146-2024

ISBN: 978-84-1061-515-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Juana Pérez Romero

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

*Para Regina, Margarita y Eulogio J.*

1985

## **El toro de la vida, por muy bien que sepas torear, te termina cogiendo**

Luis

Mi padre, «hijo del sol», hombre de gran integridad y honorable donde los hubiera, se procuraba su sustento y el nuestro con la agricultura, la mejor de las ocupaciones en palabras de Juvenal. Fue mi primer maestro, después encontraría muchos otros en los libros, en los clásicos en especial. A medida que los años gravitaban sobre él, pasó a usar refranes, máximas o construir aforismos, aunque desconociera el significado de esas palabras; parecía que llevaba como otros «el fragmento en la sangre»; me las repetía como una letanía una y otra vez cuando algún acontecimiento exterior golpeaba brutalmente no importaba a quién: «Luis, la vida es un toro que por muy bien que sepas torear, te termina cogiendo». Con el tiempo desarrollé la misma afición por aquellas formas breves y cuando le interrogaba por qué aquella costumbre de usarlas se acentuaba en él con los años, me respondía: «Cuando era más joven, no tenía tiempo para detenerme».

A veces, aquellos pensamientos suyos se clavaban como dardos en mi mente juvenil aún vacilante; otras veces, eran como ráfagas de luz que iluminaban sus más oscuros recovecos y siempre me dejaban entre sorprendido y atento. Por entonces, no alcanzaba a comprender enteramente el significado de aquellas palabras, luego su crudeza irremediable se me representaba con toda la carga semántica. Sí, ahora a mí, ese toro inclemente me estaba corneando sin piedad. Su asta se me había colado de costado y la tenía allí instalada, clavada en forma de angustia. Ocurría a mi pesar, muy a mi pesar, después de haber planificado mi vida y haber aprendido a torear con el ejemplo paterno.

Atravesaba por una coyuntura difícil, estaba en una verdadera encrucijada, desorientado, sin saber qué rumbo coger, temiendo tomar la senda errónea, la que ya no pudiera desandar, la que me conduciría al abismo. Y esa incertidumbre, aquella duda me estaba matando. Porque también la duda, como la certeza mataba.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo salir del enredo en el que se había embrollado mi vida? ¿Hacia dónde me conducirían las decisiones que había tomado? Mis preguntas, no por más insistentes, hallaban respuestas. Solo se oía el silencio, un silencio ensordecedor. Luchaba con vehemencia por vislumbrar alguna salida en el laberinto, alguna luz en la oscuridad que me envolvía. Ansiaba que sucediera algo exterior, algo fuera de mí que me sacara con fuerza de aquel atolladero en el que me hallaba hundido y me arrancara de cuajo de una vez de aquella maraña, aunque era consciente de que al hacerlo quedaría disminuido, mermado, como quien padece la falta de algún miembro. Mis dudas y yo estábamos a solas; y, aunque miraba alrededor, no veía nada ni a nadie que pudiera ayudarme.

Rita de nuevo se había cruzado en mi camino como un río caudaloso que me arrastraba en su corriente, mientras me debatía agotado para salir de sus aguas impetuosas. A cada paso que daba me hundía más y más. Como sucedió en otra época, solo su presencia nublaba mi mente y lo arrasaba todo, devastando cualquier vestigio exterior. Me tenía embrujados el cuerpo y el alma. Otra vez, el deseo imperioso de estar a su lado prendía en mí como una llama y ardía en mi interior. Y, al mismo tiempo, ese fuego me iba consumiendo de forma lenta y cruel, porque no

venía solo, se acompañaba del sentimiento destructivo de la culpa que me taladraba hasta la médula.

En las noches de insomnio, no paraba de removerme en la cama durante horas como un canto rodado. Sediento de calma, mi mujer y mis hijos aparecían ante mí de forma recurrente, inevitable, forzosa. Y, cuando tras múltiples esfuerzos lograba conciliar el ansiado sueño, estaba repleto de desasosiego, agitación y sobresaltos; en las pesadillas, que me acosaban con frecuencia, ellos se levantaban inmóviles, silenciosos, desvalidos, ensamblados como un haz de luz. Aquella visión laceraba mi alma. Me veía como Orestes perseguido por las Erinias.

Cuando un despertar brusco de este sueño perturbador me devolvía a mi cruda realidad, saboreaba el regusto amargo de mi traición; una niebla espesa poblaba mi mente y una sensación de parálisis recorría mi cuerpo. Al final me rendía impotente confiando en que el gran ordenador que es el tiempo fuera tejiendo su incesante labor y, si ello era posible, deshiciera aquel nudo en el que me veía atado y realizara el quehacer que solo a mí me correspondía. Desatar ese nudo me costaría mucho más de lo que podía vislumbrar en aquellos turbulentos días.

Al levantarme, esas primeras impresiones se iban diluyendo. Como las prisas me acompañaban a menudo y mucha tarea me aguardaba, después de una ducha y tomar un café, mientras hojeaba algún periódico, me tiraba de bruces en la labor frenética de la mañana.

Desde hacía unos meses, había aterrizado en el trabajo parlamentario por un improvisado juego del azar, por una combinación de coincidencias que resultaron vitales y también dramáticas para mi existencia. En el Parlamento reinaba una gran actividad y todo se desenvolvía de manera estimulante. En los plenos todo se sucedía con una prontitud increíble. Mis ocupaciones periódicas no me permitían detenerme a pensar durante toda la mañana que se consumía en múltiples reuniones, en un trasiego de idas y venidas, de novedades y gestiones diversas. Y así llegaba hasta el mediodía cansado y, por qué no decirlo, también con entusiasmo por lo que hacía.

Hoy, en las primeras horas de esta tarde soñolienta de la primavera de 1985 sin comisiones a las que acudir, esperaba impaciente recibir su llamada para encontrarme con ella. Se adueñaba de mí el deseo incontenible de verla, la necesidad de su presencia que me atraía anhelante como un imán. No era dueño de mis actos, no me reconocía en aquel abandono, en aquella falta de voluntad, ausencia de vigor para dar término a aquella dulce y loca aventura. Me hallaba encarcelado y prisionero de su amor.

Recostado en la cama durante la espera frente a la ventana por donde penetraba una claridad que me cegaba, cerré los ojos por momentos y recordaba entre la niebla de un cigarrillo el otro capítulo del libro de mi vida. Me remontaba, desde mis despreocupados años adolescentes, hasta aquellas fechas en las que la melancolía habitaba en mí de forma permanente, sumergido en un estado de profunda tristeza al borde de la depresión. Todo empezó durante mi estancia en la ciudad de la Giralda a la que había llegado con poco dinero, mucha ilusión y una exigua indumentaria tras vencer numerosos obstáculos para cumplir una de mis primeras aspiraciones, realizar mis estudios universitarios.

**PRIMERA PARTE**  
**Bastantes años antes**

## **Cuando los sueños viven su edad de oro**

En los años juveniles el futuro estaba lleno de promesas y se nos ofrecía como un lienzo en blanco sobre el que proyectábamos fantasías y sueños con la esperanza de que se cumplieran. Aborrecíamos a cualquiera que se interpusiera en nuestro camino, a cualquiera que osara dudar sobre lo que imaginábamos que se consumaría. Todos aquellos de alrededor que con probabilidad habían dejado caer tantos ideales y proyectos, se nos antojaban como seres que querían cortar el vuelo de nuestras almas, personas que se afanaban en mostrarnos la cara más dolorosa de una realidad que no deseábamos ver, ya que también éramos más o menos conscientes de que muchos de esos sueños pasarían a ser vanos, descascarillados, rotos. Porque una y otra vez, la vida en un alarde de ironía se complacía en contradecirnos; como una mala amiga se reía de nosotros en cuanto le dábamos la espalda y nos asestaba nuevos y duros golpes. Cuando, contra del pronóstico de algunos, confiábamos en que las decisiones tomadas día a día eran certeras y así se confirmarían con el paso del tiempo, constatábamos con desilusión y amargura que se corroboraban como errores. Ante ello no nos quedaba más que una resignada sonrisa.

Por entonces, aún era pronto; todavía Luis, Camila y Rita eran demasiado jóvenes para beber el amargo trago de la realidad.



## Las aguas desbordadas de la curiosidad hallan su cauce

Luis

Yo había nacido en uno de tantos pueblos andaluces llenos de luz, donde la agricultura era la principal actividad económica. Como en muchos otros, la incultura anidaba en el seno de la mayoría de las familias poseedoras de pequeñas parcelas de tierra de escasa rentabilidad, cuyo cultivo les permitía vivir con dignidad y sin lujos a base de mucha dedicación. Yo pertenecía a una de ellas, sin apenas formación académica y con escasos recursos económicos, aunque sin carencias notables.

Ya desde edad temprana, albergaba una gran curiosidad por todo. A veces llegaba a ser agotador para los que me rodeaban, pues no me cansaba de preguntar el porqué de todas las cosas, sin rendirme nunca ante las respuestas que recibía, especialmente cuando intuía que eran para salir del paso:

—¿Puedes callarte un ratito? —me decía fatigada mi madre.

—Sí, mamá.

Yo paraba de hablar y comenzaba a cantar.

El empeño de mi padre, recto de costumbres, sin ser autoritario, era formar a sus hijos con su ejemplo en el amor al trabajo gustoso y al esfuerzo. Repetía con frecuencia las palabras que a su vez le había aconsejado el suyo: «Enseña a tus hijos a trabajar».

Después de regresar del campo, asearse y cenar, acudía muchas noches al bar del pueblo a tomar café y jugar una partida de dominó, sus únicas ocupaciones recreativas. Hombre metódico, laborioso y disciplinado por carácter regresaba siempre a la misma hora, justo para descansar y dispuesto para la faena desde la madrugada del día siguiente. Le decíamos cariñosamente, «Luisito el de la una».

Mi madre, trabajadora y hacendosa, colaboraba estrechamente con él en la educación de los hijos, al tanto de lo que cada uno necesitaba. Había renunciado como muchas otras en la época a sus propios sueños. Con ella y mis hermanos, en aquellos años en que la televisión no invadía aún la intimidad del hogar y en los que las charlas de sobremesa ocupaban gran parte de nuestro tiempo libre, atendíamos sin respirar a las narraciones del tío Manuel que frecuentaba nuestra casa y nos hacía compañía. Había sufrido la guerra civil y enardecía sobremanera nuestra imaginación infantil con relatos fantásticos, aderezados con promesas de futuros viajes y aventuras cuyos recuerdos me acompañarían siempre. «¡Cuánto humo va a echar el tren, tito!», exclamábamos y le interrumpíamos con inocente emoción. Cada noche proyectábamos juntos un viaje a un sitio distinto. Iríamos a las islas Canarias, donde hallaríamos a parientes cercanos que residían allí desde la guerra. Por supuesto, visitaríamos la capital de España y la ciudad de Cartagena donde él había hecho la mili, había conocido a su futura esposa y había sido encarcelado durante cuatro largos años por la represión franquista. Al principio con pocos recursos nos quedaríamos más cerca, pero cuando le tocara la lotería, hecho que daba por seguro, ya nadie podría detenernos. Sustentados por el pasado glorioso de nuestros marineros, daríamos el salto a las Américas y llegaríamos hasta la otra Cartagena, la de Indias; admiraríamos la hermosa isla de Puerto Rico entre palmeras y flamboyanes, así como Santo Domingo, con su bello casco colonial y su alegre malecón hacia donde el calor arrastraba a tantos jóvenes con sus transistores a cuestas a escuchar música; y, especialmente, Cuba por la que él suspiraba desde

hacía tiempo y en la que tenía depositada tantas fantasías, ignorante de la cruda realidad de aquella isla, y cuya aspiración truncada por la muerte nunca pudo cumplir. Y, lo mejor de ese periplo, recorreríamos esos lugares sin saber exactamente la fecha de nuestro retorno, viajaríamos hasta gastarlo todo, hasta agotarnos, solo entonces pondríamos término a la aventura. Y esta última quimera se quedó conmigo para siempre.

Él me contagiaría también el amor por la radio y la curiosidad por los acontecimientos políticos que en el futuro seguiría con avidez. «Es muy importante saber qué pasa en el mundo, porque el que no sabe es como el que no ve», solía decir.

Así fui creciendo y se fue acrecentado mi afán por el conocimiento en los primeros años de mi adolescencia, por lo que estaba resuelto a hacer lo imposible por seguir con los estudios. En el colegio, mi maestra, doña Pilar, ejemplo de un magisterio sabio y generoso, alimentaba aquella temprana inclinación mía, alabando mis tareas y fomentando mi interés incipiente. Era solo una ilusión, quizás un capricho de niño que de forma recurrente planteaba, «¡papá, si yo pudiera estudiar!». Él me miraba en silencio, quizás sorprendido, quizás orgulloso o tal vez impotente. Era un hombre parco en palabras, no muy propicio a manifestar sus emociones.

En el pueblo, otros amigos habían comenzado a hacerlo y yo los miraba con admiración y envidia. A ellos les pedía incesantemente libros y tebeos prestados que devoraba con entusiasmo. El libro me conduciría a las tórridas tardes estivales de mi infancia, cuando en la hora mágica y silenciosa de la siesta, leía sin interrupción en el rellano fresco de la escalera que daba al patio sombreado, repleto de aspidistras y helechos, coloreado por geranios. Curioso y sediento de conocimiento, como cualquier niño, solo pensaba a mis 11 años, en leer, aprender y viajar.

Así, en mi febril imaginación infantil comenzaban por entonces a cobrar vida mis sueños, se prodigaban generosos, acudían en tropel y se hacían sombra envidiosos entre ellos.

Cuando el calor diurno amainaba, me entretenía en la calle jugando con mis amigos, algo bastante corriente en aquella época. Nos recorríamos el pueblo de arriba abajo, en busca de aventuras sin fin. En ocasiones, llegábamos hasta las fincas próximas; cuando los dueños estaban ausentes, nos divertía entrar en ellas a coger brevas, melocotones y peras. En casa me lo tenían vetado, no obstante, la presión del grupo era mayor que el temor a la prohibición, a la posterior riña y al castigo seguro. Más de una vez nos sorprendían los propietarios que blasfemaban y corrían tras nosotros mientras nos gritaban amenazantes con palos, «malditos gandules, niños desvergonzados».

De vez en cuando, acompañaba a mi padre al campo. Yo correteaba por surcos y veredas, mientras él realizaba algunas labores como sembrar tomates, patatas o árboles frutales. Me complacía serle útil, y cuando él arrojaba trozos de patatas a los huecos abiertos en la tierra para la siembra, yo las pisaba con los pies descalzos. Disfrutaba como si fueran auténticas excursiones. Él me preguntaba a veces:

—¿Recuerdas cuando un furioso enjambre de avispas se abalanzó sobre nosotros al pasar junto al pozo de la finca vecina?

—Claro que sí, papá.

Evocaba entonces cómo se echó sobre mí para protegerme. No pudo evitar que muchas me picaran, aunque no tantas como a él, cuyo estado quedó mucho más penoso que el mío. Como estábamos cerca del pueblo, los vecinos tuvieron que venir a rescatarnos. Aún conservo la imagen de amigos, vecinos y familiares que nos contemplaban curiosos, con un ligero murmullo, arracimados en la puerta de la habitación donde yacíamos recuperándonos de las picaduras. «¡Pobrecillo, tan chico!», exclamaban.

A veces solía acompañar a mi madre, cuando iba a hacer la colada junto a otras mujeres del pueblo, a un manantial cercano de tibias aguas de cristal donde nos bañábamos. ¡Qué sensaciones al hundirnos en aquella piscina natural! Estaba rodeado de pinares perfumados de jara y almoradux que se introducía en la ropa una vez seca y así permanecía fragante hasta extenderla sobre las camas. Sobre el romero colocaban las sábanas blancas de algodón a secar. Guardaba celosamente aquel recuerdo indeleble; los aromas impregnan aún mis sentidos y me transportan a esos días felices. A la caída de la tarde, cuando el sol declinaba, mi padre acudía a recogernos.

Toda mi infancia se desenvolvía sin sobresaltos. Una tarde le comuniqué a mi padre, quien había aprendido a leer prácticamente solo, mi determinación de presentarme a un examen para la obtención de una beca y así comenzar mis estudios. Él aceptó complacido a algo que ya le había manifestado en anteriores ocasiones. Me miró atento, en silencio, como era habitual en él; quizás pensaba en dar repuesta y satisfacción a mi ilusión más que en la posibilidad de que lo lograra.

Al acercarse la fecha del examen que realizaría en un pueblo cercano al mío, me dijo con una leve sonrisa: «Ten, aquí tienes el dinero para el autobús». Fui con otros compañeros y el resultado fue satisfactorio. Así obtuve mi primera beca gracias a la que me inicié en los estudios de bachillerato.

Como en mi pueblo no había instituto, me trasladaba cada día en autobús a aquel otro de «la luz con el tiempo dentro», situado tan solo a siete kilómetros y en el que hice muchos amigos. Yo era un chico tímido, algo serio y muy responsable, así que fui aprobando los cursos con notas brillantes. En casa estaban orgullosos de mí, y yo no ahorraba esfuerzos para complacerlos guiado con aquella curiosidad temprana que había encontrado un cauce para discurrir y que conservaría siempre. Me levantaba cada mañana ilusionado. Por fin hacía lo que tanto había deseado. Mis hermanos mayores no estudiaban. Ayudaban en las labores del campo.

Disfruté de la beca solo durante el bachillerato. Mi familia, gracias a un espíritu emprendedor, un trabajo concienzudo y mucha austeridad fue mejorando su posición económica, así que, aún con algunos sacrificios por su parte, ingresé en la Universidad hispalense en el otoño de 1968, después del mayo francés, en el que la juventud se levantó contra una Francia opresiva y conservadora.

Me complacía en general el estudio de las lenguas, cuyo reto afrontaba como un pasatiempo divertido, en especial el latín y el griego, así que me matriculé en la Facultad de Filosofía y Letras para posteriormente cursar la especialidad de Filología clásica.

## La utilidad de lo inútil

Rita

Apenas guardaba recuerdos de mis años en el colegio que no fueran los de un aburrimiento total. Ya desde pequeña no me gustaba la escuela. Permanecer sentada durante horas allí era un verdadero suplicio. Cada mañana inventaba una excusa para quedarme en casa, «me duele la cabeza, tengo dolor de tripas, tengo ganas de vomitar». A veces lo lograba, pero la mayoría no conseguía engañar a mi padre que hacía oídos sordos a mis lamentos, en contra de las contemplaciones de mi madre que solícita intentaba ayudarme. «Eres ridícula, no te das cuenta de que quiere engañarnos», le espetaba a la primera de cambio; entonces ella desistía de su intento.

En nuestro círculo prácticamente todas mis amigas cursaban el bachillerato, así que con notas mediocres iba superando a trancas y barrancas mis estudios, aunque tenía que recuperar en septiembre, no había forma de aprobar todo en junio.

Mi padre no aparentaba estar contrariado por mis suspensos, «bueno, así tiene algo de qué ocuparse durante el verano, además de divertirse», decía. A mí me llevaban los demonios cuando lo oía, pues ya conocía lo que era levantarme temprano y asistir a las clases en la academia durante las vacaciones. En más de una ocasión logré esquivar su vigilancia y me quedaba con otras amigas haciendo novillos, mientras esperábamos la hora de la vuelta, entre divertida por la burla y asustada por un posible descubrimiento. En aquellas escapadas aprovechaba para fumar algún cigarrillo en compañía de mis amigas. Recuerdo cuando fui descubierta por mis hermanos que transitaban cerca de donde nos encontrábamos. Intenté disimular a medida que ellos se acercaban, fue inútil. Me advirtieron con descubrirme, «si volvemos a verte fumando se lo diremos a papá». Desde entonces, cada vez que hacía cualquier cosa que les molestaba, me amenazaban con contárselo. Así que, resuelta a terminar con aquel chantaje, se lo confesé a mi madre. Ella les prohibió terminantemente hablar del asunto.

A mí lo que más me atraía en mi adolescencia era llevar una vida contemplativa, entrar y salir sin control, fuente de irritación, frecuentes conflictos y discusiones en el seno familiar. Encontraba cualquier pretexto para pasar fuera el mayor tiempo posible en compañía de mis amigos, sin nada especial que hacer.

Empecé a rebelarme cuando tenía unos quince años. Insegura y a disgusto con lo que me rodeaba, me costaba ajustarme a las normas y a los horarios que mi padre inflexible me obligaba a cumplir. Indomable por naturaleza, hacía lo contrario a lo que se esperaba de mí. Él no paraba de exclamar exasperado, «esta hija tuya va a acabar conmigo». No era una adolescente fácil. No había un día en que no hubiera bulla por mi culpa. Mi madre, más comprensiva con mis caprichos juveniles, suspiraba por una convivencia sin sobresaltos. «Aún es joven, ya madurará», decía resignada. Esa maduración se prolongaba *sine die*.

Él era en gran parte responsable de esta situación, acostumbrado a imponer su arbitraria voluntad, sin posible réplica por parte de nadie, sin tener en cuenta a los otros; así había conseguido que fuera a contracorriente y deseara en tantas ocasiones huir de mi casa, donde una atmósfera asfixiante me envolvía. Era imposible mantener con él una conversación relajada, una charla amistosa. Apenas conocía la risa, siempre tenso, no se abandonaba jamás. Todo tenía que

hacerlo por imposición paterna. A la fuerza quería imponerme su voluntad. Mis hermanos, más dóciles lo sufrían también, aunque de forma más llevadera, porque ellos gozaban de más libertad.

Su labor como funcionario en la Diputación provincial ocupaba su máximo interés. Pertenecía a aquella clase media mediocre que mantuvo el régimen franquista. En nuestro hogar, él se había cuidado mucho de que todo girara en torno a él, astro sin luz. Como tantos individuos presuntuosos, pertenecía al clan de los que, si no tienen un pasado ilustre, se lo inventan. «Mis padres, personas cultas, nos dieron una educación esmerada. Eran grandes lectores», repetía una y otra vez. Esto me hizo posteriormente estar muy atenta a estos fantasmas a los que distinguía con facilidad en cuanto comenzaban a hablar y me provocaban un pudor vergonzoso.

Le complacía azotarnos con el látigo de su impaciencia e intolerancia. Había logrado vampirizar a mi madre que, sin atreverse a contradecirlo, solo opinaba sobre cuestiones conocidas de antemano que eran de su agrado, así se ganaba su aprobación. En sus intervenciones, él seguía dando categoría de dogma a sus palabras. Me reconvenía a menudo por mi carácter irascible e inconformista y se empeñaba en ponerme delante del espejo de mi madre a la que tanto respetaba, pero de la que distaba más. «Los jóvenes carecen de valores, no sé adónde vamos a llegar», repetía. ¡Pobre del que osara interrumpirlo o contradecirlo! Ella esperaba ansiosa que manifestara su voluntad para complacerlo de inmediato, ante el temor de que algo pudiera desatar su carácter iracundo.

El trato que le dispensaba a mi madre era lo que yo peor llevaba. Cuando surgía un enfrentamiento entre nosotros, la culpaba cada vez que me defendía y descargaba en ella su cólera, «esta niña está así por tu culpa. Intervienes a destiempo con lo que me quitas autoridad, la estás malcriando». La veía indefensa ante sus frecuentes humillaciones y una seguridad prepotente rayana en la tiranía. «¿Cómo puedes aguantarlo?», le repetía irritada a menudo. Ella, como odiaba tanto aquellas desavenencias, mediaba entre nosotros. Estaba resignada a vivir a la sombra de aquel hombre al que yo detestaba y al que otorgaba tan poca credibilidad; me sacaba de quicio. Había sacrificado su felicidad para lograr lo que consideraba el bienestar de sus hijos, supeditando todo a que fuéramos una familia unida y bien avenida en una convivencia sosegada y tranquila, al menos en apariencia. Para crear tensión ya estaba él, un experto en la materia. Sus hijos eran todo para ella. Desde que fue madre se olvidó de sí misma para siempre. Quería hacer de ellos seres con personalidad, de provecho. Apenas se relacionaba con otras madres o amigas. La casa se había convertido en su mundo.

Pasaba largas horas en la cocina y gozaba preparando platos con nuevas recetas. «Me ayuda a relajarme y disfruto cocinando para vosotros, ¡no sabes cuánto!», solía decir. Así quebraba el monótono paso de las horas. Mi padre solo en contadas ocasiones alababa los platos que ella preparaba, por el contrario, se complacía en enumerar los magníficos postres y comidas que su madre elaboraba, dejándola en evidencia. «Sí, tu madre era una excelente cocinera», asentía ella dócil. Ella raramente se quejaba y solo cuando el cansancio la abatía, se retiraba a descansar. Sabía hacer cualquier cosa, pero en silencio. Llevaba consigo una carga demasiado pesada.

Era una digna exponente de las directrices e ideas que emanaban del espíritu del nacionalcatolicismo, en el que la paciencia y resignación eran las mejores virtudes que debían adornar a una esposa. Raramente perdía la calma y, cuando la desesperación se adueñaba de ella, en voz baja se le escuchaba decir: «Cada uno tiene su cruz». Respiraba con el aire de las ideas extraídas de uno de los superventas de la dictadura, *Guía de la buena esposa* de Pilar Primo de Rivera, fundadora y dirigente de la Sección femenina de Falange.

Sus otras distracciones eran la lectura y la música. Era normal verla por la tarde, una vez que

había terminado sus labores domésticas, sumergida entre sus libros o escuchando música. Educada en un colegio de monjas, profesaba un amor casi religioso por los libros que no heredé. Sus únicas salidas estaban relacionadas con las compras diarias y con acudir a misa los domingos en compañía de mi padre, una de las pocas actividades que realizaban juntos. Hermosa en su juventud, aún conservaba gran parte de su atractivo, aunque no se cuidaba demasiado, por lo que aparentaba más años de los que en realidad tenía. No solo el paso del tiempo, también la infelicidad había contribuido a avejentarla. No soportaba a nadie al margen de ella. No siempre fue así. Aunque desde pequeña tuve que gritar para que me hicieran caso, durante años adoraba a mis hermanos y me divertía con ellos, pero esto cambió en mi adolescencia. Cualquier cosa que hacía era motivo de censura por parte de ellos.

Yo no tenía ningún interés en asumir responsabilidades, era inconstante, inestable y apática para desempeñar cualquier tarea útil. Me entretenía con cualquier cosa, dejando de lado lo que eran mis obligaciones diarias; las horas se precipitaban veloces e indolentes sin hacer nada productivo. En las tardes solitarias del verano, me distraía mirando viejas fotografías, libros y revistas diversas que alimentaban mi imaginación. Soñaba con ser modelo. Desde pequeña había mostrado preferencia por el mundo de la moda que me parecía una forma genial para conocer gente, viajar y acudir a fiestas; pasármelo bien era mi principal objetivo. Pero en aquellos momentos no podía hacer nada al respecto, no se me daba ninguna opción a hablar de ello. «La mujer tiene que cuidar de la familia y de la casa y pare usted de contar. Lo demás son naderías, caprichos, gilipolleces», vociferaba mi padre a menudo. Él solo veía en la moda la frivolidad y el carácter comercial. Como además formaba parte del universo femenino, carecía a sus ojos machistas de rigor y seriedad. A mí, en cambio, me resultaba fácil identificarme con ella, representaba una forma de libertad y de oposición hacia su figura. Al vestirme como me apetecía expresaba mis ideas y mi ropa de alguna manera respondía a mis sentimientos. Todo esto, que en su opinión eran cosas inútiles, me resultó muy útil en el futuro.

No mostraba interés por lo que no fuera el cuidado de mi apariencia exterior, mi principal preocupación. Me pasaba horas delante del espejo arreglándome y acicalándome, me gustaba ir conjuntada con sencillez, me inclinaba por la ropa informal: los vaqueros, las camisetas y las zapatillas; a veces alternaba estas últimas con zapatos de calidad.

Las horas que consumía en mi arreglo alteraban a mi padre que criticaba mi forma de vestir, no importaba qué llevara, lo mismo una minifalda, un pantalón o una maxifalda. Él atronaba la casa como una trompeta mal afinada y se interrogaba a menudo en voz alta, sin un atisbo de comprensión, «¿de dónde le vendrá a esta niña el gusto por estas fruslerías y de quién habrá heredado estas obsesiones por estar impecable? ¡Qué pérdida de tiempo!». «¡Lástima que tuviera tan poca memoria y perspicacia!», pensaba. Su hermana había padecido de jovencita los mismos caprichos y aún los conservaba.

La lectura de revistas de la época como *Lecturas* y *Marie Claire* era para mí muy atractiva. Mi madre, a escondidas me compraba el magacín *Vogue*, revista femenina por excelencia, que reflejaba las corrientes estéticas del momento y dibujaba ya la sombra de un suave erotismo. Estas revistas fomentaban mi inclinación por la belleza e influyeron en que fuera más moderna, flexible y abierta. Ella que había aprendido costura y patrones me hacía en ocasiones vestidos que lucía encantada; aún conservaba mi primer traje que me fascinaba, uno enterizo de pata de gallo, blanco y negro de manga corta y con chaqueta que me confeccionó un año para la Feria de abril. Me relajaba escucharla con la máquina de coser. El ruido acompasado de los pedales era para mí una auténtica melodía. «Ven a enhebrarme la aguja, Rita. Cada vez me cuesta más, mi

visión empeora cada día». Me agradaba serle útil. Por aquella época, las revistas de costuras publicaban los patrones de firmas de renombre, como las colecciones de Christian Dior, que dictaban ya tendencias con un influjo global. Cuando algún vestido presentaba más complejidad, se lo encargaba al costurero del barrio junto a otras prendas que hallaba en esas revistas. Así alimentaba mi inclinación hacia un universo de búsqueda de la belleza.

En general, vivía mi adolescencia como esa época extraña e intensa en la que las interacciones con el mundo y con mi familia, estaban cargadas de incomprensión.

## Palabras que centellean como astros

### Camila

Cuando eres la mayor de tres hermanas tienes que abrir brecha en muchos campos. Era lo que ocurría en mi caso. Fui la primera en irme al internado, la primera en la universidad y también en casarme. Hija de una familia extremeña bien avenida, con una infancia feliz soñaba ya en mi adolescencia con abandonar cuanto antes el pueblo en el que habíamos nacido.

Mi padre era un hombre bondadoso, noble y con gran sentido del humor que alegraba todas las celebraciones familiares; de carácter metódico, pragmático y sensato, se había hecho a sí mismo. Poseía una extensa finca con viñedos y una casa que, si en un principio estuvo destinada a los aperos de labranza, la acomodó más tarde para pasar allí los veranos. Estaba rodeada de almendros, olivos e higueras por donde también correteaban las gallinas. Durante varias generaciones su familia había elaborado vinos, sobre todo para el consumo propio, así que había heredado una bodega no muy grande y pequeños pagos que había ido agrandando gracias a su espíritu emprendedor. Con gran visión de futuro (siempre tuvo un ojo dentro y otro fuera), se arriesgó a la exportación, «así diversificamos el riesgo», oía decirle a mi madre. Allí crecían cepas centenarias de las que surgían excelentes vinos cuya comercialización a Francia, nos permitía vivir con bastante desahogo. Lo admiraba enormemente. Mi madre, mujer activa y curiosa para lo nuevo, lo acompañaba en la gestión de sus fincas y se hacía cargo en especial de la tienda de vinos y productos típicos que poseíamos junto a la bodega.

Ellos, como no habían tenido hijos varones, intuían que nosotras, con toda probabilidad, no nos haríamos cargo de la finca y deseaban que fuéramos a la universidad, «las niñas tienen que sacarse una carrera». Aunque él solo poseía estudios académicos secundarios, aspiraba a que sus hijas tuvieran una formación superior y pudieran alejarse del ambiente opresivo de una localidad que, a pesar de ser grande, no dejaba de ser un pueblo donde unos pocos estaban al acecho de todos. A mi madre le costaba alejarse de nosotras, en cambio, comprendía que él tenía razón y aprobaba todas las decisiones suyas concernientes a nuestra educación y a nuestro porvenir.

Mi tía abuela Catalina, poco transigente con el desorden, era otro miembro de la familia; mi madre la dejaba hacer y jamás discutían. A cambio organizaba sin parangón nuestro hogar y en especial la cocina ayudada de alguna sirvienta. Mujer audaz, era muy querida por sus empleadores debido a su capacidad de trabajo, su gran sentido de la limpieza y su honradez. Había trabajado como niñera y se marchó a Nueva York al estallar la guerra civil con una distinguida familia sevillana.

—¿Te gustó la ciudad? —le preguntaba en ocasiones.

—Me asombraba y al mismo tiempo me agobiaba un poco. Todo era demasiado grande, los edificios, las avenidas con ríos de gente, las distancias, los parques. Aquí me veo como un gigante, allí como una hormiga, aquí miro el paisaje y me siento libre, allí me asfixiaban los rascacielos y me sentía presa. Por las noches, brillaban tanto en las calles desiertas que no veía con claridad la luna y las estrellas.

Mis preguntas eran para ella el pretexto para relatar su historia de amor. Un brasileño le robó el corazón y el recuerdo de la ciudad «que nunca duerme» ya no la abandonó. Ella regresó y él le prometió que la seguiría a España más tarde. Continuaron escribiéndose durante meses, pero las cartas se fueron espaciando hasta que no llegaron más. Aún las guardaba con celo y las leía



algunas noches antes de dormir, «el mar ahogó nuestro amor», decía nostálgica. Vivió alimentada por aquel amor.

Por entonces yo, fantástica y romántica, albergaba una montaña de sueños. Después la realidad me golpearía como a tantos. Porque como decía don Benito, «la fantasía inventa, pero la realidad inventa mucho más».

En nuestro pueblo había un instituto de enseñanza media, sin embargo, mis padres preferían para nosotras una educación más esmerada, y llegado el momento de cursar el bachillerato nos mandaron a la ciudad, internas en un colegio de monjas. Fui la primera que ingresé. Los dos primeros cursos que permanecí allí fueron duros. En los años sucesivos llegaron también mis hermanas y esto me ayudó bastante a sobrellevar la estancia. Ninguna de ellas mostraba demasiado interés en seguir estudiando. Sometidas a un régimen espartano, nos levantábamos al alba. Después del aseo, escuchábamos misa antes de desayunar. Las monjas nos hostigaban por cualquier tontería. Recuerdo aquella vez que me lavé la cabeza en la ducha cuando no me pertenecía. Parecía que hubiera cometido un delito, «mire lo que ha hecho esta niña», le soplaban la monja encargada de nuestro dormitorio a la superiora, mujer recia castellana, de armas tomar a la que temíamos como al diablo y a la que, embriagada de cólera y meneando sus enaguas, veíamos de vez en cuando recorrer los riscos vecinos como cabra montesa. Me llevé una bronca sonora. Por supuesto, aquel mes me suspendieron el comportamiento. ¡Qué injusto me parecía aquello!

El día a día se desenvolvía entre las clases y el estudio vigilado por las monjas, que para las que teníamos que cursar reválida se prolongaba una hora después de la cena. Lo menos grato de mi estancia allí eran las comidas que detestaba, convirtiéndose a veces en un verdadero calvario. Si no nos comíamos todo el plato, nos castigaban y podíamos estar hasta las seis de la tarde en el sótano anexo al comedor con el plato delante, escena habitual para una compañera cada vez que teníamos para el almuerzo aquel aborrecible pastel de pescado. Los domingos por la mañana íbamos paseando hasta un santuario cercano para rezar el rosario, por la tarde veíamos algún programa televisado en blanco y negro. Así transcurrieron seis años.

Apenas disfrutábamos de otra cosa que no fuera estudiar y estudiar, lo que llevaba bien, aunque echaba de menos a mi familia. Los fines de semana me reunía con ella. La condición indispensable para salir era tener buenas notas, pero no tenía problema. Lo duro era volver cada lunes. A medida que remontaba la cuesta empinada que conducía al internado la angustia se apoderaba de mí. Mi madre, cuando me veía en aquel estado, me prometía, «este es el último año que estás en el colegio». El curso terminaba, sacaba notas brillantes y al año siguiente regresaba de nuevo. La única razón que me mantenía allí era que ansiaba continuar mi formación, huir del pueblo y encontrarme con las amigas cuya amistad conservé para siempre.

Después de algunos años, ya no soportaba más el internado, así que, una vez terminado el bachillerato, el último año, el preuniversitario de 1968, lo cursé en el instituto del pueblo. Fue un curso fascinante por lo que prometía. Soñaba con marcharme cuanto antes.

En aquella época experimenté también por primera vez lo que me pareció el amor. Ocurrió durante el último curso del bachillerato elemental. Fuimos de excursión con las monjas a Portugal durante la visita del papa Pablo VI a Fátima. Corría el año 1966. Allí conocí y me enamoré de un chico portugués de Portalegre. Mantuve con él una abundante correspondencia, hasta que el tiempo fue enfriando aquel arrebato juvenil.

¿Qué determinó mi futura formación? Desde pequeñita me agradaba intervenir para poner paz en los conflictos que se generaban entre mis amigos, mis primos o entre mis hermanas y yo. Me

interesaba la abogacía. Me preocupaban los derechos de las personas, tenía un gran sentido de la justicia, heredado de mi familia, «algún día podré poner en práctica mis ideas», pensaba ingenuamente. Entre otras lecturas, había tenido ya la oportunidad de leer *Matar un ruiseñor*, la novela de Harper Lee, que dejó en mí una profunda huella y determinó el futuro de mis estudios. El personaje de Atticus me deslumbró desde que lo descubrí. Su carácter bondadoso, disciplinado y a la vez tolerante me atraía muchísimo. Sus palabras, brotes de luz, centelleantes como astros resonaban en mi cabeza con frecuencia: «Antes de poder vivir con otras personas tengo que vivir conmigo mismo. La única cosa que no se rige por la regla de la mayoría es la conciencia de uno». Ejercería mi profesión, quizás en alguna gran ciudad.

Una noche durante la cena exclamé de improviso:

—Papá voy a estudiar derecho.

Él, asombrado, aplaudió mi elección:

—Me parece estupendo, nos vendrá bien tener una abogada en la familia, incluso podrías desempeñar alguna tarea útil en el negocio familiar.

Le ilusionaba aquella posibilidad, algo considerado lejano para mí por entonces. Por fin, aquel año las clases terminaron y, tras superar los exámenes con éxito, conseguí mi entrada en la Facultad de Derecho en Sevilla.

A principios de julio buscamos alojamiento. Llegamos a la ciudad en una mañana inclemente. Desde muy temprano aventurábamos cómo el calor abrasador castigaría nuestra estancia. La recorrimos visitando varias residencias en diferentes barrios: los Remedios, Triana, Nervión y Heliópolis, hasta desembocar en el casco antiguo. Al final, ya fatigadas, decidimos que me instalaría en la zona de la Encarnación, en una residencia de monjas situada en la calle Dueñas, contigua al Palacio de las Dueñas, propiedad de los Duques de Alba.

¿Cómo transcurrió aquel verano? Quizás más despacio que otros, debido a mi deseo de comenzar la carrera y a las nuevas expectativas. A mediados de septiembre, disfrutaba excitada, mientras preparaba en compañía de mi madre y mis hermanas lo necesario para mi traslado. No paraba de ir de un lado para otro. Marcharme a estudiar fuera del ambiente cerrado y opresivo del pueblo representaba cumplir un sueño. Siempre me había atraído la idea del anonimato que representa una ciudad grande.

En las vacaciones estivales, gozaba de la compañía y seguridad de mi familia. En el campo, los aromas, los colores y los sonidos silvestres lo inundaban todo. También para mí como para Machado, el amor a la naturaleza sería ya para siempre superior al amor al arte. Adoraba aquellos deleites exentos de cualquier utilidad práctica, como bañarnos en la alberca, la libertad plena al deambular por sombreados senderos, claras riberas y los paseos en bicicleta (lo que por cierto me costó aprender). En la lectura me refugiaba durante horas; devoraba con gusto cualquier título que cayera por azar entre mis manos, o cualesquiera que intercambiaba con mis amigas. En casa eran socios del círculo de lectores y leía lo que encontraba por allí, los rusos Dostoievsky, Tolstoi o Turgueniev, junto a autores españoles o libros de psicología.

Mientras mis padres dormían la siesta después de una mañana dura de trabajo, pasaba las tardes lentas de estío frente a la luminosa inmensidad del paisaje extremeño. Sumida entre las páginas de mis libros, sentidos como bienes sin los cuales no podría vivir, contemplaba a ratos embelesada la visión armónica de los verdes viñedos, abocados en breve a la vendimia durante la que todo se dinamizaba. El tiempo cobraba una dimensión diferente, se dilataba de forma perezosa; pasadas las primeras horas de calor vespertino, el encuentro con mis primos y mis hermanas me arrancaba de las páginas de alguna novela, mi género preferido por entonces.

Con posterioridad, he recorrido de forma incansable calles de grandes ciudades en la búsqueda de alguna librería, esperanzada en encontrar algún título que se me resistía. Ya, al contacto entre mis manos de la suavidad de sus portadas, he saboreado de antemano al ojearlo la hora de desentrañar el conocimiento contenido en sus páginas, el comienzo de un viaje compartido. Y junto a los libros, coleccionaba lápices por ser una de las cosas más accesible en las tiendas de los museos, donde terminaba las visitas. Me fascinaban su olor, su textura, su trazo suave al subrayar lo que me interesaba para volver allí una y otra vez.

## Como esclavos, desnudos y vulnerables nos deja el amor

Luis

Me tomaba mi formación muy en serio. Si bien desorientado al principio, pues en los años del bachillerato habíamos practicado una enseñanza demasiado memorística, iba desarrollándome con cierta soltura. Superados los dos primeros cursos de comunes con buenas notas, había empezado la especialidad e iba desarrollando mi amor por los clásicos; comencé pronto a hacer planes para visitar aquellos lugares relacionados con mis estudios, ya fuera en España o en el extranjero, ansiaba conocer especialmente Italia y Grecia.

En un piso compartido con otros compañeros, me alojaba en el barrio de los Remedios, un barrio moderno, ameno y vibrante muy cerca de la universidad. Cada mañana al ir a la facultad atravesaba el Guadalquivir a pie por el puente de San Telmo. «¿Hay río en el mundo que tenga un nombre más fluvial, más licuoso, más músico?», diría el andaluz universal. Sus aguas mansas vertebran las tierras del Sur en su recorrido de unos cientos de kilómetros y presenta junto a su cara amable de proveedor de recursos, otra demoledora que hizo necesaria a lo largo de los siglos la búsqueda de soluciones para controlar su ímpetu. Este río formó parte del paisaje de Cervantes que lo recorrió para abastecer de cereales a las galeras; por su mala gestión terminó con sus huesos en la cárcel.

Quizás porque siempre he vivido cerca del mar, me fascinaban las ciudades con río; tenían para mí un atractivo añadido, algo parecido a unos ojos azules o verdes en un bello rostro. Un misterio insondable emana del interior de sus profundidades; la contemplación del agua en reposo o en movimiento continuo en el mar, me conduce a hermosas ensoñaciones. Me quedaba por momentos extasiado con la visión de los barcos que navegaban perezosos; otros, pacientes, esperaban atracados en la orilla, sugiriendo viajes por lugares desconocidos y remotos. Imaginaba lo que debió ser Sevilla hacía algunos siglos, cuando fue tan importante puerto hacia las Américas. Evocaba el trasiego de gentes de muy diversa condición, el bullicio de viajeros impenitentes, el transporte de mercancías en aquella urbe tan cosmopolita, con galeras, navíos, naos, surcando las aguas, la vida en efervescencia, en suma. Era la «Roma triunfante», llena de color, plagada de templos, palacios y conventos, con innumerables plazas donde se vendía de todo, la ciudad que a finales del XVI era una de las más pobladas de Europa. Aunque no todo fue prosperidad. También vivió su ocaso en el siglo XVII por la peste, la inflación, el encarecimiento de la vida, la mendicidad, el desplazamiento de la hegemonía de su puerto por el de Cádiz y tantos otros males. Acudían a mi memoria las «cartas de llamada» entregadas como pruebas para los que viajaban al Nuevo Mundo, demostrando así que otros los aguardaban en aquellos nuevos reinos. Muchas de ellas eran cartas de amor, llenas de melancolía y nostalgia de los emigrantes por su tierra, por la familia y la esposa: «Mira que sin vos no puedo yo vivir. Soy vuestro esclavo, que me comprasteis el día que yo os vi, que entonces me cautivaste». Parecían una premonición.

¿Cómo pasaban mis días? Entre idas y venidas a la universidad, situada en pleno centro, junto al hotel Alfonso XIII, en un bonito edificio industrial construido en piedra para sede de la primera fábrica de tabaco de Europa y que sirvió de escenario a la ópera *Carmen*.

Como en casa no podían proporcionarme dinero suficiente para mis gastos, enseguida comencé a impartir clases particulares de latín y griego en una academia, lo que incluso me permitía

ahorrar. Lo administraba con auténtica austeridad, algo muy común por entonces que mi familia me había inculcado. Aquello me salvaría de algún aprieto posterior. Escuchaba la voz de mi madre, cuando le pedíamos que nos comprara unos zapatos nuevos, haciendo cuentas para llegar a fin de mes, «eso lo dejaremos para más adelante, ahora tengo que atender a otros gastos imprescindibles».

Por aquellos años, vivíamos momentos políticos difíciles de los que teníamos clara conciencia, con ausencia de libertades esenciales, así que me introduje tímidamente en ambientes de reivindicaciones estudiantiles y participaba en las asambleas que se celebraban en la universidad. Aunque no era demasiado activo, me gustaba estar informado y comprometido con lo que se vivía en España, era difícil sustraerse a la realidad.

Durante las vacaciones estivales volvía a mi pueblo con cierto entusiasmo. En las primeras horas de la mañana, ayudaba en las labores campestres, en la recogida de frutas en compañía de mis hermanos, con menor afán por mi parte del que mostraban ellos; protestaba y murmuraba, «no hay derecho», consciente de que no me quedaba otra elección. Veía ese trabajo como una esclavitud que me obligaba a madrugar en una estación que reclamaba entera para mí, tras haber aprobado el curso con buenas notas. Aun así, recuerdo aquellos veranos con nostalgia.

Una vez recogidos los frutos, los colocábamos primorosamente sobre las cajas. Mi padre se iba al mercado a media mañana a vender la fruta recolectada y nosotros tomábamos los baños en el Tinto al que daban nuestras tierras.

Durante el otoño, araba y preparaba de forma meticulosa y previsoramente el terreno de los arroyos, para que las lluvias del invierno arrastraran las arenas hacia el río; así se formaba en la orilla una pequeña playa. Él la rodeaba de estacas para que nosotros no las sobrepasáramos y evitar que nos adentrásemos en sus aguas profundas y el lodo resbaladizo, conjurando así cualquier peligro que pudiera acecharnos. Para nuestro disfrute, aún la contaminación industrial no había emponzoñado sus aguas, y aquella playita particular era para toda la familia un auténtico paraíso con recuerdos inolvidables en los que todos aprendimos a nadar, incluida mi madre.

Algunos días impartía clases particulares en un pueblecito bañado por el Atlántico. Pasadas las primeras horas de las tardes sofocantes de calor, paseábamos entre los inmensos pinares, solo perturbados por las frecuentes picaduras de mosquitos. En muchas de aquellas noches estivales acudíamos al cine de la universidad de verano, vecina a nuestra localidad. Y sin darnos cuenta el verano se esfumaba.

A partir del otoño dorado de 1970, un acontecimiento cambió de forma inesperada el rumbo de mi vida. Había llegado a la facultad temprano en una clara mañana de octubre. Coincidí a las puertas de clase con un grupo de compañeros. Entre ellos estaba Rita y Marta; quedaban para ir al cine. Cuando Marta me la presentó, clavó su mirada en mí. Nadie me había mirado nunca de esa manera, me sentí turbado. Yo bastante enamorado me sentí de forma irremediable atraído por ella que tiró de mí desde lo más profundo hacía su cuerpo magnético, sin resistirme al encanto que exhalaba «¡Hola, Luis!» Mi corazón comenzó a palpitar al oír mi nombre. Respiré hondo; desde aquel momento me quedé prendado de ella, enredado en el deseo que escapaba raudamente de su cuerpo a encontrarse con el mío. No era la primera vez que la veía. Durante el curso anterior, habíamos coincidido en ocasiones con amigos comunes, y al fijar mi atención en Rita, la contemplaba como alguien inalcanzable. Destacaba entre todas por su porte elegante pero sencillo, era sin duda singular; creo que ya me había enamorado en la distancia, sin saber quién era, sin aún conocer su nombre, ignorando de dónde venía.

Coincidimos en otras ocasiones, al recoger unas fotocopias en la copistería, por los pasillos, al

salir de clase, «te acompaño», le decía, y así al día siguiente y al otro; congeniamos enseguida. Hasta que ella decidió que era la persona que llevaba tiempo buscando. Así perdí mi voluntad, y dieron comienzo nuestras citas cada vez frecuentes. Por primera vez saboreaba las mieles del amor. Sí, era verdad que en otros momentos me había sentido atraído por alguna chica, pero mi carácter tímido y reservado me impedía abordarla, y mucho menos intimar o llegar más lejos; me costaba mantener una conversación. Pero Rita, con el mismo sentimiento que yo, tomó la iniciativa, así que me allanó el camino. Mi apacible vida se vio trastornada de forma feliz.

Sevilla, cómplice con su luminosidad y sus aromas, era la ciudad ideal para pasear nuestro amor juvenil. Yo aguardaba a Rita impaciente. Nuestros rostros iluminados al vernos dejaban traslucir nuestro apasionado sentir. Vivía nuestras despedidas como un dulce desgarró:

—¿Puedes quedarte un poco más, aún es pronto? —le decía yo.

—Imposible, no conoces al ogro que tenemos en casa, se enfada muchísimo si llegamos tarde a la hora de la cena.

Por lo demás, nos divertíamos. Hacíamos planes juntos sobre la posibilidad de irnos al extranjero. A los dos nos gustaba la idea de viajar y conocer otras culturas, especialmente a mí.

Todo giraba para mí en torno a ella y el tiempo se dividía entre las horas que pasaba en su compañía y las que transcurrían hasta reunirnos otra vez. Solo me colmaba su presencia a la que me había acomodado gustoso. Era como haber estrenado un nuevo ser.

La esperaba cada mañana antes de entrar en clase. Con cualquier ropa que se ponía estaba espléndida, con una gracia despreocupada y singular. La veía aparecer en la distancia y me sentía cautivado por su abierta sonrisa y su caminar cadencioso, elástico como el tallo que se dobla suavemente; enfundada en aquel traje camisero, color gris marengo, con el pañuelo rojo y blanco anudado al cuello aparecía segura y sensual. Aún perdura aquella imagen grabada en mi recuerdo, aquellas primeras impresiones y la sensación experimentada por la suavidad del tejido, al cogerla por la cintura y atraerla hacia mí besando su piel aterciopelada.

—¡Cuántas ganas tenía de verte, no dejo de pensar en ti! —me decía.

—A mí me pasa lo mismo.

Ella me correspondía gozosa, y me dejaba llevar por el carácter despreocupado, alegre y resuelto de una chica a la que le fascinaba divertirse, en contraste con el carácter grave que yo poseía. Afortunado por haber conquistado su amor, era incapaz de ocultar mi alegría. Y mi corazón enamorado me convirtió en esclavo, me dejó desnudo por completo, vulnerable.

## Un imán para la rebeldía es el férreo yugo

Rita

En mi casa se hablaba con frecuencia de lo que mis hermanos estudiarían en el futuro, pero raramente se mencionaba algo referente a mí. Cuando terminé el último curso del bachillerato, planteé:

—Quiero ir a la universidad.

Sinceramente no se me ocurría nada mejor y no me resignaba al papel que mi padre me tenía reservado; él soñaba para mí un futuro diferente:

—Rita hará algo útil para adquirir una cultura general y se casará cuando encuentre a algún chico que le convenga.

No albergaba buenos propósitos respecto a mis estudios, porque lo que en realidad me gustaba era el ambiente que se respiraba allí que ya conocía por mis hermanos. Me reunía con ellos y su pandilla, especialmente durante los fines de semana y sus discusiones frecuentes me resultaban interesantes, así como las actividades que se organizaban alrededor de la universidad, conferencias, teatros, cine. Conseguí mi propósito, después de vencer la resistencia inicial de mi padre. Accedió a mi petición reticente y con condiciones, siempre con condiciones.

Me había matriculado en la Facultad de Filosofía y Letras. Después de dos años de estudios comunes para varias licenciaturas, empezábamos la especialidad: «Al menos adquirirá una cultura general mientras aguante. Allí se va a estudiar, y no toleraré ninguna distracción por tu parte», me advirtió. Me mostraba satisfecha. Y, sin mucha dificultad, iba desenvolviéndome en la carrera. No era tonta y no me resultaba especialmente difícil, a pesar de que no me entusiasmaba el estudio. Mi único afán era librarme del esfuerzo. Aunque con algunas asignaturas pendientes de segundo curso, empecé mi primer año de especialidad en Historia del Arte. Confiaba en que aquello me ilusionara más.

Hacía ya casi un año que Luis, estudiante de tercer curso de Filología clásica, y yo salíamos juntos. Era un chico de pueblo, amable y varonil, con cierta rudeza que lo hacía muy atractivo. El hecho de que él simpatizara y tomara parte en la política de la universidad le añadía a nuestra relación un punto de interés por encima de nosotros mismos. Me relacionaba con un grupo de gente que me interesaba mucho más, muy distinto al ambiente de la pandilla de mis hermanos. Fue después de conocerlo cuando tomé conciencia de la realidad del país que visto desde mi hogar aparentemente funcionaba a la perfección, como una época idílica. Durante las comidas en familia no se hacía ninguna mención a la situación por la que atravesaba España. El tema político estaba vedado.

La mayoría de la conversación la copaba mi padre, sin dejar hablar casi a nadie, aleccionando sobre no importaba qué aspecto y repitiendo las mismas anécdotas, sin preocuparse apenas de lo que realmente nos interesaba a nosotros. Había conseguido que enmudeciéramos, en especial mi madre que solo asentía levemente con la cabeza cada vez que él hablaba. No nos permitía que dejáramos de prestarle atención, ante lo que consideraba la mayor falta de respeto, nunca se dejaba interrumpir y ocupaba todos los espacios, incluso los que correspondían al silencio. No admitía interlocutores, solo oyentes. Con frecuencia, buscaba un pretexto para ausentarme de la mesa lo antes posible. Mis hermanos no se atrevían.

Yo necesitaba poco para distraerme, así que mi nueva amistad constituyó para mí un pretexto magnífico. Lo positivo era que, por lo pronto, cesaron las frecuentes discusiones. Me adaptaba de mejor grado a las normas, colaboraba y estaba más receptiva y condescendiente. Luis me ayudaba a llevar un cierto orden, y bajé la guardia que me habían obligado a levantar; creo que mi carácter se dulcificó.

¿Cuánto duró la paz? Bien poco. Mis hermanos nos veían con frecuencia cogidos de la mano y fueron con el cuento a casa. Una verdadera tormenta se desencadenó, cuando se descubrió que yo salía con un chico que llevaba el pelo largo, pantalones acampanados y que frecuentaba las asambleas en la universidad participando en las manifestaciones callejeras que habían comenzado con las protestas estudiantiles de aquel año. Fueron sus inclinaciones políticas una de las razones del comienzo de nuevas desavenencias, aunque lo peor se produciría más tarde.

La compañía de Luis representaba un verdadero incordio para nuestra cómoda connivencia con el régimen y un elemento desestabilizador para nuestra «feliz convivencia doméstica», de ahí la oposición frontal de mi padre. Su enérgica reacción no se hizo esperar. Me esperaba que llegara a casa, yendo de un lado para otro, espoleado por una furia inaudita:

—¡Lo que nos faltaba, un rojo en la familia! Pues no he tenido yo que tragarme muchos sapos para ahora comulgar con esto. Te prohíbo terminantemente que vuelvas a verlo. Esa persona no te conviene —sentenció.

Creo que lo veía ya sentado a nuestra mesa y quizás contradiciéndole en alguna de sus opiniones. Bajo distintos tipos de amenazas, intentó persuadirme de lo perjudicial que sería para mí continuar con él:

—Se trata solo de un amigo. ¿Es que resulta que no puedo elegir a mis propios amigos?

Aunque me esforzaba por tranquilizarlo, él no me creía. Quizás me conocía mejor que yo misma.

Yo era otra de las muchas que sufriría la autoridad paterna. Él quería imponernos su modelo de pareja. Nos machacaba con la misma monserga. Nos ponía el ejemplo de mi madre, que nunca se atrevió a contradecir a sus padres, mujer abnegada y de grandes convicciones religiosas. Ella, para su desgracia, se había adaptado a un marido exigente y poco afectivo que anteponía el orden y las apariencias a todo y a cuya familia, en su opinión, nunca le había faltado de nada. ¿Se había preguntado en alguna ocasión si él le convenía a ella? Me temo que no, era demasiado arrogante para eso.

Todavía lo veía aquella noche en que me retrasé más de lo habitual. Pensaba que estaría ya durmiendo y al entrar en el salón y encender la luz, me sobresalté al verlo. Estaba de espaldas, sentado en el sofá, oculto por la oscuridad, mimetizado con la noche, como quien espera a una presa:

—¿Qué haces aún levantado?

—Siéntate.

Me intimidaba su mirada torva:

—No sé si has comprendido lo que te he dicho relativo a tus nuevas amistades. Si no dejas de salir con él, si no abandonas ese capricho tuyo, no te permitiré que sigas estudiando, dejaré de comprarte trapos y no saldrás ni al umbral sin mi permiso.

Sus palabras cayeron sobre mí como un jarro de agua fría. No podía ir en serio. Me equivocaba. Fue así como a partir de entonces me retiró los fondos y la palabra.

Al comprobar que no atendía a sus órdenes y al ver su control amenazado, decidió someterme a una guerra sin cuartel. «Solo saldrás de aquí para ir a clase». Mis hermanos, especialmente el



mayor, azuzados por él actuaban de secuaces suyos y realizaban la labor inquisitorial que fuera de los muros de nuestra casa él no podía ejercer. Al volver de mis clases, ya había sido informado de mis andanzas matutinas por los pasillos. Así conseguían granjearse sus simpatías. Pasaron de pronto a formar parte de un tribunal en el que ellos eran los jueces y él el verdugo, con sus garras sobre mí. Estaban decididos a mover los hilos de mi destino, como si yo les perteneciera. Cualquier revés que surgiera, no importaba en qué sentido, desataba su furia y comenzaba su retahíla de reproches y quejas:

—¿Es esto lo que yo me merezco, que me he desvivido por vuestra educación y bienestar? ¿Es que quieres arruinar tu vida? —repetía sin descanso.

De ahí no había quien lo sacara. Mi madre se mantenía al margen, no se atrevía a contradecirlo y asistía como testigo mudo ante aquella vesania surgida en su hogar, sin atreverse a pronunciar palabra, pisando casi de puntillas, temiendo despertar su cólera a la que tenía auténtico pavor.

Cuando ella y yo nos encontrábamos a solas, me rogaba insistente:

—¿Por qué no nos haces caso y dejas de salir con él? Aún eres muy joven y seguro que tendrás la oportunidad de conocer a otros chicos.

Me dolía verla en aquel estado de postración:

—Mamá, es solo un amigo y no voy a renunciar a él. Su pretensión es absurda.

Al principio, me pareció tan solo una molesta contrariedad con la que no había contado. Las trabas y la prohibición paternas no hacían más que reafirmarme en mi idea de continuar. Me creía más fuerte que antes y más segura de lo que quería. Él continuaba cumpliendo sus advertencias. Me prohibió salir libremente con mis amigas y estableció un horario férreo para mi regreso. «No se saldrá con la suya. Esta vez, no», me decía. Lo que más me mortificaba, era su decisión de no comprarme ropa. Como Luis conocía mi pesar, me regaló con sus ahorros una falda de terciopelo marrón con encajes beige y corte irregular y una blusa haciendo juego que aún conservo después de tantos años.

Lo único que me frenaba era el temor real a que siguiera con el plan estratégicamente premeditado, que estaba segura, se habría marcado como un objetivo militar. Empecé a sentirme realmente acosada, me faltaba el aire, me ahogaba. Temía arriesgarme a que cumpliera con sus planes de sacarme de la universidad, después de lo que me había costado llegar hasta allí. ¿Y quién me aseguraba que no los ejecutaría? Conocía de sobra su carácter inflexible para lo que se interpusiera en su camino. Eso sería mi muerte. Él había sido tajante conmigo y le daba una nueva vuelta de tuerca a su acoso:

—Si continúas saliendo con ese chico, inmediatamente dejarás los estudios.

Por momentos, mi seguridad se tambaleaba, pero mi rebeldía contra su férreo yugo era mayor que mi temor a que cumpliera su amenaza:

—Si no desiste de su empeño, me marcharé de casa —le decía a mi madre.

Ella ponía el grito en el cielo:

—Por favor, hija, no digas eso.

Pero yo estaba decidida. ¿En quién me refugié? En mi tía. Su carácter desenfadado y alegre difería mucho del de su hermano. Era mi cómplice frente a su intolerancia. Yo la visitaba con frecuencia, y mi madre me dejaba estar en su compañía y nunca me apremiaba. Admiraba y alababa su gusto por gozar de los placeres de la vida:

—Hay que disfrutar y mantener viva la ilusión, *Carpe diem*. Él no sabe lo que es divertirse, siempre ha sido así. —decía con frecuencia.

Rodeada de amigos, entraba y salía a diario, ya fuera para jugar una partida de cartas, ir de

compras o comer fuera de casa. Gracias a ella se me hacía más llevadera mi existencia en nuestro hogar, si aquello podía llamarse así.

Ella había permanecido soltera después de que un novio bastante calavera, del que estaba muy enamorada, la dejara por otra. También tuvo que sufrir mucha presión familiar por ese noviazgo que no veían con buenos ojos en su casa. Sin embargo, había superado aquel fracaso que la marcó. Se rebeló desde pronto contra el estereotipo de aquellos años de la soltera estigmatizada, amargada y neurótica. A eso contribuyó su independencia económica. A su hermano le pesaba aquella experiencia vivida en la familia tan de cerca y que los tuvo muy preocupados. Lo conocía muy bien, a ella no le faltaba coraje y disponía de resortes para enfrentarse a él. Sabía lo que le importaban las apariencias y en más de una ocasión lo había amenazado, ¿quieres que se entere todo el mundo? A su lado me sentía protegida y segura. Ella me adoraba, era su única sobrina, los demás eran chicos. Me consideraba casi como una hija.

## Proceder que despierta inquietudes y alumbra caminos

Camila

Llevaba ya dos años en la ciudad del Guadalquivir, «de nácar y espuma», en los versos del moguereno. Desde la terraza de la residencia, en las tibias tardes de la primavera, nos asomábamos a uno de los patios del Palacio presidido por un limonero, con macetas repletas de flores multicolores, impregnado de un suave olor a albahaca. Allí daba directamente la vivienda que en otra época alquilaban los dueños a particulares y que fue habitada en su niñez por uno de los mayores poetas de nuestra literatura, Antonio Machado, por el que yo profesaría en el futuro una profunda admiración. Este patio albergaba los recuerdos infantiles del poeta y le inspiró «El limonero lánguido». Su abuelo A. Machado y Nuñez era administrador en el Palacio.

Desde comienzos del cálido otoño, atravesaba cada mañana sus calles aún silenciosas, prodigiosamente angostas y sombreadas hasta la universidad, en compañía de otras compañeras, entre risas y alboroto con una sensación de libertad nunca experimentada. Jamás cogíamos un autobús. Desde entonces, el octubre sevillano se alojó para siempre en mi corazón, otra estación ideal para visitar la cuna de tantos poetas ilustres. La ciudad me deslumbró desde el inicio con su luz, sus calles sinuosas, su aroma fascinante, la simpatía de sus gentes y la riqueza de su patrimonio.

Nuestro recorrido diario incluía la Alfalfa, la iglesia barroca de El Salvador y la grandiosa Catedral gótica con su Giralda majestuosa, altiva y orgullosa de su pasado, la que Azorín describía como «la torre que se distingue de todas las torres del mundo porque es una torre hembra. Una torre femenina, ideada, tal vez, por los árabes para que sirviera a Sevilla de canon de belleza». Después los Reales Alcázares y el hotel Alfonso XIII; un verdadero lujo para los sentidos.

Aclimatarme a la vida de la residencia, bastante diferente a la llevada en el colegio interna, no fue difícil, exceptuando las comidas. Presentía que me había hecho mayor con el cambio. Casi todo era despreocupación en aquel tiempo, el dinamismo de las clases, las idas y venidas por los pasillos de la facultad hacia el bar abarrotado de gente dibujaba un vibrante ambiente académico.

Con algunas rutinas, yo echaba de menos a mi familia. Para mi fortuna, Sevilla tenía unas dimensiones donde una no experimentaba esa sensación de abandono de otras grandes ciudades que conocería en un futuro, aunque la simple cercanía física con mucha gente no fuera suficiente para conjurar mi aislamiento interior. Sin embargo, gracias a mi carácter abierto, hice buenos amigos en clase, casi todos chicos y algunas compañeras. No era todavía una carrera común entre las mujeres.

Yo no era guapa. Mis amigos me querían como amiga porque era alegre, simpática y amable. Una nariz respingona, unos ojos color miel y una melena lacia y rubia que hasta mi estancia en Sevilla recogía con mis trenzas de colegiala y poco más. Me distraía jugar con mi pelo, mi madre me reconvenía, en su opinión aquel hábito era signo de mal augurio. «¡Qué cara más graciosa y qué sonrisa tan bonita tienes!», me decía ella. Era insegura, no como algunas de mis amigas o al menos como yo las creía por entonces. Durante los fines de semana íbamos al cine o nos divertíamos acudiendo a fiestas en las residencias de otros estudiantes. En otras ocasiones, menos frecuentes, los míos me regalaban añoradas visitas.

En agosto de ese año, hice una excepción en mis vacaciones estivales y me marché con algunas amigas a un campamento de verano a San Sebastián. Jubiloso y alegre fue aquel contacto con el mar del que había estado alejada. Con posterioridad se convertiría en una presencia absolutamente necesaria para mí.

Instaladas en una escuela de primaria en el monte Urgull, desde allí subíamos al polvorín viejo y al castillo. La vista era espectacular desde su terraza, divisábamos el monte Igueldo, la bahía y la hermosa playa de la Concha. Nuestro dormitorio era una sala enorme con numerosas camas. A mi lado dormía una chica con problemas depresivos. Se revolvían en mí los sentimientos de desasosiego y carencia afectiva de los años que viví en el internado a modo de destierro. Mi estómago se cerraba y se resentía mi apetito, aunque el trasiego diario lo disipaba con rapidez. Nos bañábamos en la playa, en general con un clima más inestable del que yo estaba acostumbrada en mi tierra en verano; a la hora del crepúsculo dábamos grandes caminatas por su paseo marítimo y deambulábamos alegremente por la ciudad.

De las excursiones realizadas a lugares cercanos, al monasterio de Javier, a algunas localidades del país vasco francés, San Juan de Luz, mecida por el suave canto de las aguas del Nive o la elegante localidad de Biarritz con su playa luminosa, me faltó Lourdes; recordaba de mi época en el colegio, el relato de una monja:

—En Lourdes recibí la llamada de Dios para dedicarme al oficio divino.

Aquellas palabras quedaron grabadas en mí. Temía en mi inocente juventud que podría sucederme lo mismo. Yo no deseaba dedicarme al oficio divino. La idea me angustiaba tanto que decidí no ir a aquella excursión; encontré un magnífico pretexto, la boda de una de mis primas. Al regreso volvía contenta. Al margen de las estancias en la capital sevillana, raramente me separaba de mi familia.

¿Cómo me iba desenvolviendo? En general, buena estudiante, algo dispersa pero muy disciplinada, superé los dos primeros cursos, que pasaron demasiado rápidos, incluso con algunas asignaturas pendientes, como en el verano de 1970 que finalmente aprobé en septiembre. Y seguía creciendo. El sentido de la justicia de mis primeros años de adolescente se fue acrecentando a medida que vislumbraba cualquier atisbo de quebrantar los derechos de no importaba quién, cualquier asomo de injusticia, como el molesto percance de aquel sábado. Me había levantado temprano para estudiar un poco e ir después al supermercado; los domingos no nos daban el almuerzo en la residencia. Allí tropecé con una pareja. Ella se mostraba solícita, él en cambio la reprendía exigente y malhumorado, «te repito que dejes ya de comprar, tengo prisa»; ella miraba a su alrededor, pendiente de la gente que los observaba, tensa, avergonzada por el trato que recibía, sin atreverse a replicar. A él no parecía importarle demasiado. En mi interior una voz gritaba, «mándalo a la mierda». Pero yo que era bastante comedida, reprimí el sentimiento de indignación y repulsa. Pagaron y se marcharon. Ya en la calle los seguí con la mirada; él continuaba dirigiéndose a ella de forma poco amigable, ella se le enfrentaba, libre de testigos cercanos.

Aquellos comportamientos, que tanto me irritaban, despertaban en mí inquietudes y dieron lugar al despertar de mi conciencia feminista y de clase. Me implicaba con las víctimas de un trato bochornoso por parte de sus parejas o maridos, actitudes que estaba dispuesta a combatir allí donde estuviera.

Yo seguía con interés lo relacionado con el estado de la mujer en España. Hasta nosotros llegaban los ecos de la revolución del mayo francés del 68, la mecha que prendió en la Universidad de Paris Nanterre, el empuje de jóvenes idealistas como nosotros «enfermos de

esperanza» que pedían metafóricamente con sus pintadas una playa bajo los adoquines, *Sous le pavé la plage*. Las ideas feministas de la liberación iban calando entre nosotras, aunque en España no tuvieran tantos adeptos ni mucha similitud con los desarrollados en otros países, como el poderoso ejemplo del activismo sufragista inglés.

Otras veces, era frecuente hallar en cualquier reunión familiar a hombres acostumbrados a que se les sirviera y apartados de lo que no fuera monopolizar la conversación animada con los amigos levantando la voz por encima de las mujeres. Ellas, en cambio, estaban pendientes de cada detalle para que nada faltara, sin abandonar la atención constante a sus hijos. Yo escuchaba a menudo sus conversaciones con quejas de que se marchaban exhaustas a la cama, mientras sus maridos hacían dejación de todo sin remediarlo. Ellas asumían el control de lo referente al hogar y ellos se inhibían de las obligaciones cotidianas.

Yo había tenido la fortuna de tener un padre amable que nos trataba de igual a igual, no nos impuso ningún modelo de mujer ni de familia. En casa se repartían las tareas con bastante equidad, pero sabía que no todos los hombres eran así. No lejos de mi entorno conocía casos de auténtica discriminación.

Y estas actitudes se extendían a todos los estratos sociales, como el día que nuestro profesor de Historia del Derecho nos sorprendió en clase con aquellas palabras:

—A partir de hoy los chicos vendrán a clase con chaqueta y no se la quitarán durante toda la hora bajo ningún pretexto. A las chicas inconstantes que cambian de atuendo tan a menudo no les recomiendo nada en especial.

Su comentario machista aludiendo al carácter veleidoso de las mujeres delataba su misoginia. Menos mal que se marchaba después del primer trimestre, aunque reconocía su suficiencia académica.

Era cierto, en aquel tiempo, vivíamos muchos cambios en la indumentaria, no existía un único modelo. Gracias a la liberación iniciada en la década de los años sesenta, afortunadamente las mujeres podíamos vestir a nuestro gusto. La minifalda o el pantalón, conquistado como prenda femenina cómoda de llevar, representaban una vestimenta emancipada. Como pensaba la feminista francesa Madeleine Pelletier ya por el año 1919, con el pantalón estábamos diciéndole al varón que éramos iguales, lo que mostraba una posición revolucionaria sobre la diferenciación entre los sexos. Era evidente que a algunos eso les molestaba. Consciente del largo recorrido para la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, me ilusionaba pensar que me dedicaría a luchar en el futuro contra numerosas desigualdades entre los sexos. A mí me sobraba coraje por entonces.

## Piensa el ingenuo que con planificar el viaje es suficiente

Luis

¿Cómo llevamos el cerco impuesto por el padre de Rita al conocer lo nuestro hasta su marcha de casa? Hacía ya tiempo que lo veníamos sufriendo. A través de sus hermanos, había conocido que su hija frecuentaba la compañía y compartía algo más que amistad con un chico demasiado comprometido con los movimientos estudiantiles que azotaban los últimos años del Dictador. En lugar de ayudarla, actuaban como malsines, la espiaban y le informaban de cada detalle de sus movimientos, así como de la condición humilde de mi familia, sin recursos suficientes para el futuro que él había imaginado para ella. La protegían celosamente como manzana de oro, pretextando un cariño que para mí distaba mucho de serlo hasta derivar hacia posturas cada vez más intransigentes. Lo habitaba una perversa propensión y complacencia en sojuzgar a los otros. Nosotros, dispuestos a que no nos arruinaran el momento dulce por el que atravesábamos, empezamos a faltar a clase, a escondernos y evitar a sus hermanos hasta convertirlo en un juego. Burlar la vigilancia de toda la familia tenía para Rita un atractivo añadido. Pero la cólera del padre aumentaba en proporción a la determinación de ella de seguir adelante con nuestro romance; él inflexivo y exasperado, a pesar de sus continuos ruegos, estallaba en una continua erupción volcánica.

A ella la constante vigilancia y control la sacaban de quicio:

—Lo que estoy viviendo es una auténtica pesadilla. Me subleva su empeño en salirse con la suya, sin importarle la opinión de los demás. No aguantaré, si no cesa el asedio al que me tiene sometida, me iré, no conseguirá doblegarme; cree que puede manipularme como a mis hermanos, pero yo soy distinta y no lo consentiré. Además, es mi vida y puedo hacer con ella lo que me plazca.

Como la relación no hacía más que empeorar, ya harta, ella respondió a la presión y se marchó. Creía que su decisión podía complicar todo, pero cuando ella se empeñaba en algo, resultaba difícil convencerla de lo contrario. Yo iba a remolque de las decisiones que tomaba. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Nuestra cita siguiente no fue tranquilizadora. Me relató el traslado a casa de su tía que la recibió con los brazos abiertos. Ella estaba más tranquila. Me alegraba comprobar su resistencia a la prohibición de su progenitor que la hacía aún más atractiva a mis ojos.

Afectado por aquella contrariedad, no entendía la arbitrariedad y la oposición paterna a la inclinación hacia una persona que no conocía, no obstante, confiaba en que abandonara la idea de separarnos. Mientras, continuábamos viéndonos. Después de cambiar las primeras impresiones, olvidábamos el asunto y disfrutábamos de la compañía mutua. El tiempo que pasábamos juntos nos compensaba. Yo evitaba echar leña al fuego y trataba de convencerla de que se trataba de una simple estratagema para minar su ánimo, disuadirla, asustarla, «ya verás cómo terminará cansándose. Resistiremos». Mis opiniones y sugerencias no lograban calmarla. De regreso a casa solo, la incertidumbre se apoderaba otra vez de mí.

Al comienzo de su marcha, su padre, terco, la conminaba a que volviera de inmediato, pero ella hacía caso omiso. Ni siquiera las súplicas continuas de su madre, «vuelve a casa, me estás rompiendo el corazón», le causaban el efecto deseado. Así fuimos sorteando aquellos inconvenientes alternando periodos de calma con otros de zozobra.

Al cabo de unos meses, al verla una mañana en la universidad., me dirigí hacia ella eufórico, pero me respondió apática, seria. A Rita le fascinaba ir maquillada. Yo le comentaba que el uso de pinturas y productos faciales estaba ampliamente extendido en Roma. Ovidio celebraba el maquillaje moderado en «Sobre la cosmética en el rostro femenino». A mí me gustaba también. Aquella mañana se presentó sin aquel leve toque que tanto la embellecía, aunque en realidad no lo necesitaba. Cuando se acercó más, el brillo de sus ojos aparecía matizado por una ligera niebla. Se la veía distante.

—¿Qué ha pasado?

—No he dormido bien, he tenido una pesadilla esta noche.

No quise insistir, aunque me extrañó su contestación.

Durante los días que siguieron, su estado no mejoraba. Rechazaba todas mis iniciativas y propuestas. Una tarde, después de muchas negativas, me dijo:

—Hoy tengo que marcharme pronto para una visita médica, voy al dentista, nos vemos mañana.

—Te acompaño.

—No, prefiero ir sola.

Intuí que no me decía la verdad, como comprobé más tarde. Sin poder evitarlo, mi cabeza no paraba de rumiar, inundada de pensamientos sombríos; imaginaba un horizonte ennegrecido barruntando la descarga de alguna tormenta. Al menor contratiempo, me inquietaba, pensaba lo peor. Aunque conocía su determinación, temía que la tensión que sufría fuera haciendo mella en ella y que terminara cediendo a los deseos paternos. Era lo único sensato que se me ocurría pensar lo que me desestabilizaba. Yo bebía los vientos por ella. La sola idea de su pérdida me atormentaba. Me había acostumbrado a su presencia, a su alegría y a su gran sentido del humor.

No compartía mis cavilaciones con ella, porque quizás fueran solo fruto de mi carácter pesimista, de mi fértil imaginación. La aguardé inútilmente durante toda la mañana siguiente. Raramente dejaba de ir por la facultad. Exasperado y nervioso me consumía en la incomprensible demora.

Terminé por llamarla. Su voz sonó distante, apagada, esquiva. Es difícil esconder un estado de ánimo a través del teléfono:

—No puedo salir hoy, nos vemos mañana —me dijo sin más explicaciones.

—Bueno, ¡ojalá te recuperes pronto! —le deseé sin atreverme a preguntar más y colgué desconsolado.

Ansiaba un encuentro que me calmara y que, en mi perjuicio, no tenía lugar. Pasaba las horas en ascuas sumido en mis negros pensamientos. La preocupación no me permitía concentrarme. ¿Qué estaba ocurriendo? Me fui al cine con mi amigo y compañero de piso Alberto. Conseguí evadirme durante la tarde, mientras esperaba impaciente nuevos acontecimientos.

En los días sucesivos ella seguía sin aparecer por la universidad. La llamaba, ella dilatava nuestras citas, «hoy no voy por la facultad, he dormido mal». Para mí todo eran dudas, sus palabras me parecían solo un pretexto. Andaba sin sosiego. Faltaba a clase, iba a la biblioteca sin conseguir estudiar, de allí regresaba al piso y de ahí a la calle. Vagaba sin rumbo. Para mi tranquilidad me repetía que todo terminaría por volver a la normalidad. El alba me sorprendía con un pellizco en el estómago.

Sin embargo, las cosas aún podían complicarse más, y así fue. Algo nuevo vino a sumar aún más presión a los momentos que atravesábamos. Apuntaba el mes de abril de 1971 y Sevilla se vestía con colores y aromas dorados.

Por fin, Rita apareció una mañana por los pasillos, sin esperarla. Tan pronto como vislumbré su presencia, percibí ya en la distancia cierto abatimiento. Sus andares discurrían lentamente y denotaban cansancio, habían perdido de forma repentina su brío y su gracia. No me saludó con la mano, como hacía habitualmente. A medida que se acercaba, observaba su cara demacrada, sus grandes ojeras, su semblante serio; venía sin apenas arreglarse y el pelo desordenado, nada habitual en ella. Nunca la había visto así. Me precipité hacia ella. Estaba claro, las cosas no iban bien.

—¿Qué ha ocurrido?

—Necesito hablar urgentemente contigo —me dijo.

La notaba preocupada. Buscamos un bar cercano, nos sentamos y me soltó a bocajarro el motivo de su retraimiento:

—No me ha bajado la regla.

Me quedé perplejo, mi presentimiento se confirmaba. Permanecí callado durante algunos segundos.

—¿Cómo es posible? No puede ser —exclamé al final

—¡Dios mío!

Era lo único que ella conseguía decir. La realidad nos abofeteaba brutalmente.

—Será un simple retraso. No te preocupes, todo irá bien —añadí yo.

Era inútil, ofuscada hacía oídos sordos a mis sugerencias. Yo no sabía a qué atenerme con miedo a que mis palabras la irritaran más. Intentaba ayudarla. Ella no me dejaba. Después de tomar un café, me dijo tajante al despedirnos:

—Tú no me llames, lo haré yo cuando decida algo concreto.

No me dio la oportunidad de replicar. Sin pretender eludir mi responsabilidad, dije lo que se suponía que había que decir en esos momentos:

—Pase lo que pase, cuenta conmigo, no quiero que te sientas sola.

Solo me desvivía por estar a su lado. Ella se marchó. No quiso que la acompañara. Mientras se alejaba, me senté abatido en un banco. No conseguía sobreponerme. De repente, me invadía un sentimiento nuevo, una cierta compasión hacia ella, hacia nosotros. Ante un auténtico dilema me encontraba. Me dirigí a casa cabizbajo y absorto.

En los días siguientes ella no me telefoneaba. Yo me consumía en la espera. Pero sabía que ella era una mujer resolutiva y no me daría la oportunidad de defender una posición contraria a la suya; cualquier decisión que tomara la acataría sin más y la apoyaría en lo que estuviera en mi mano. Todo se trastocaba.

¡Qué tarde tan rara! ¡Qué extraña sensación! El peso cortante de un fragmento de vida impactaba la levedad de nuestros cuerpos jóvenes.



## La carcoma del miedo pulveriza el frágil andamio del cuerpo

Rita

Yo había vivido alegremente hasta que fui realmente consciente del marrón que tenía por delante. Era una chica atrevida y desinhibida. Desnudarme delante de Luis era una tarea fácil. No necesitaba que él me lo pidiera. La primera vez que hicimos el amor yo, que ya no era virgen, llevaba la iniciativa y él se cuidaba de tomar todas las precauciones. Deposité en él desde el principio toda mi confianza, pero algo falló. Nada me hizo presagiar lo que ocurrió.

Al principio no me preocupé demasiado, esperanzada en que se trataba de un simple retraso de la regla, sin embargo, al pasar los días sin novedad, empecé a temerme lo peor, porque tenía síntomas desconocidos, cierto cansancio, ausencia de apetito, somnolencia. Las náuseas, que habían hecho su aparición, aumentaban cada día. Las ojeras ensombrecían mi rostro. A las tres semanas, empecé a asumir que podía estar embarazada. «¡Dios santo, qué lío!».

Yo no me asustaba con facilidad, pero ante esta eventualidad faltaba a la universidad y pasaba las horas inactiva y recostada en el sofá. Mi tía me recriminaba mi actitud apática, «no puedes dejar de ir a clase a clase, es poco responsable por tu parte. Vas a ponerte enferma». Aunque presentía que algo no iba bien, se encontraba lejos de sospechar el motivo de mi estado, con seguridad creía que estaba relacionado con Luis y tenía razón en parte.

Cuando nos encontrábamos, a pesar de mis esfuerzos, no conseguía disimular mi preocupación, me mostraba menos locuaz de lo habitual, lo que no le pasó inadvertido:

—Te veo rara, ¿qué te ocurre?

—Estoy bien, me siento simplemente cansada.

Él, aunque no muy convencido, no insistía más. Por lo pronto, preferí no comentarle nada. Tenía que comprobar antes si lo que me ocurría era lo que imaginaba, corroborar lo que intuía como temida certeza.

Y poco a poco, aumentaba mi irritabilidad. Nunca había estado tan asustada. La carcoma del miedo por un posible embarazo hacía mella en mi natural seguridad. No sabía adónde acudir. Y decidí terminar con aquella incertidumbre. Me hice una analítica y el resultado fue positivo. Mis temores se confirmaron; el mundo se me vino encima.

Como carecía de un hombro donde buscar consuelo, un mediodía se lo conté a Luis. Asombrado me abrazó y tomó mi rostro entre sus manos fuertes y cálidas. Yo me dejaba acariciar, arropada por sus muestras de ternura y más aliviada al haber descargado parte del peso soportado. Dejamos el café a medias, pagamos nuestra cuenta y nos marchamos. Aquel encuentro frío, rezumaba bastante preocupación por ambas partes. Al final, me preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé, necesito pensar, tenemos que encontrar una solución y no podemos tardar mucho.

Mientras tanto, mi cabeza no paraba de girar y prefería estar sola hasta aclarar un poco mis ideas. Luis se mostraba desconcertado por mi actitud y me rogaba que nos viéramos y discutiéramos lo que nos estaba ocurriendo, sin embargo, sin ánimo de pensar conjuntamente, yo preferí dejar pasar unos días hasta vernos nuevamente. No quería verlo, no me servía lo que me decía, no encontraba alivio. Yo frente al desenfado y la despreocupación habituales, estaba atrapada. Mi madre se moriría del susto si lo supiera y a mi tía no la involucraría, el asunto desbordaba los límites de nuestra complicidad. Temía que su reacción no fuera la deseada, a

pesar de que ella era bastante más avanzada que muchas de las mujeres de su edad conocidas entonces por mí.

Con la analítica ya en mis manos, finalmente contacté con mi amiga Marta, «necesito hablar contigo». Era mi confidente desde el colegio. Sin ser buena estudiante, era arrojada, constante en lo que le interesaba y generosa y no había en ella lugar para el desánimo. Amante de salir y divertirse como yo, era capaz de remover Roma con Santiago cuando se lo proponía. «Dame una mesa y un teléfono y moveré el mundo», decía. Y así era. No había asunto que se le resistiera. Y lo fundamental, confiaba ciegamente en ella. Enseguida se ofreció a ayudarme. Tras realizar algunas gestiones, Marta me confirmó la información que se rumoreaba por entonces, que muchas chicas marchaban al extranjero a abortar, a Londres, sobre todo. En el Reino Unido, la ley del aborto de 1967 autorizaba la interrupción del embarazo hasta 28 semanas de gestación en Inglaterra y Gales. Ella conocía la existencia de vuelos chárteres con jóvenes como yo, desconcertadas ante lo imprevisto o simplemente incapaces de contar lo sucedido y seguir adelante con un proyecto no planificado, abrupto, inasumible. Ella me proporcionó lo relativo a la organización. Desde el principio vi claro lo que tenía que hacer.

Y por fin, quedé de nuevo con Luis. No cesaba de llamarme. Una vez que estuvimos juntos, le dije sin reservas: «No puedo seguir con esto. Somos demasiado jóvenes». Permaneció en silencio. Era de sobra consciente de nuestra situación. No discutió ni puso ninguna objeción. Los dos estábamos tristes y los dos sabíamos que no teníamos escapatoria.

Me sobreponía a los rumores sobre los posibles efectos secundarios de la intervención que circulaban por entonces como la septicemia o la esterilidad. ¿Miedo? ¡Pues, naturalmente! Tenía miedo, solo esta emoción dictaba mis actos. Sería una locura seguir adelante con el embarazo. Yo tenía proyectos para el futuro que no contemplaban este imprevisto y cuando todas las puertas se me cerraban no me quedaba otra salida.

En aquel momento, lo más problemático y urgente era conseguir el dinero para el viaje, sin duda. No sabíamos a quién acudir:

—Puedes contar con los ahorros de mis clases particulares —me dijo Luis.

Como no era suficiente, convencí a mi tía para el resto con el pretexto de una excursión de la facultad:

—Me voy de viaje con mis compañeras, no quiero pedirles el dinero a mis padres por el motivo que tú conoces, ellos no deben saber nada. Si te preguntan les dices que he ido a pasar el puente a Granada —le advertí.

Ella accedió con gusto. Pánico me daba que se enteraran de mi ausencia. El primer escollo estaba salvado. Con suerte, en dos semanas todo habría acabado.

Mientras llegaba el día de mi partida, estuve muy intranquila, un estado nuevo en mí, como si arrastrara un enorme fardo. No podía pensar con claridad sobre nada que no fuera terminar cuanto antes con aquel embrollo. Aspiraba a recordarlo como se recuerda un mal sueño.

A principios de marzo de 1971, estaba preparada para mi marcha. Empecé el viaje con otras muchas españolas que se desplazaban a Londres con el mismo fin. En la sala del aeropuerto reinaba un silencio cómplice, nuestras miradas se cruzaban conscientes de nuestro secreto, sin atrevernos a hablar. Todas sabíamos lo que nos unía. Experimentaba un sentimiento entre vergüenza y culpabilidad que adivinaba también en algunos rostros, que bajaban levemente la mirada. Durante el vuelo conseguí dormir un buen rato. Me desperté sobresaltada, cuando nos disponíamos a aterrizar. Ya había caído la noche.

Salimos del aeropuerto en autobús. En el trayecto, el silencio era interrumpido solo por las

indicaciones de nuestra acompañante, «cuando lleguemos al hotel subimos a nuestras habitaciones y después al comedor». Una vez allí, la atmósfera comenzó a distenderse. Después de cenar bajamos al hall y, ya más relajadas, abandonamos nuestro aislamiento, «¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres? ¿Qué estudias?». Compartimos tímidamente nuestros miedos, el anhelo de que todo terminara de una vez y el deseo de recuperar una libertad que percibíamos amenazada. A continuación, salimos a dar un paseo por las calles casi desiertas de Londres. Todo estaba iluminado con grandes escaparates que se nos antojaban golosos. Deseé volver otra vez a aquella ciudad que yo imaginaba liberadora y no me equivocaba.

A la mañana siguiente, madrugamos para acudir a la clínica. El día había amanecido frío y brumoso. Casi no se veía nada, una típica mañana londinense. Cuando llegamos a un chalé en un barrio residencial, otras personas esperaban ya dentro. Algunas chicas venían acompañadas por sus parejas, las españolas estábamos solas. Me intimidaba el silencio instalado en la sala de espera. Me recordaba el que reinaba en el aeropuerto, antes de embarcar. No veía la hora de salir de allí. ¡Dios mío!, ¡qué sequedad de boca, qué opresión en el pecho! Cuando llegó nuestro turno, pasamos al interior de una sala grande, gris, sin apenas muebles, nada acogedora. Las paredes estaban vacías, las ventanas enormes sin cortinas dejaban pasar una luz tenue. El médico que nos atendió era una persona afable. Una vez que me reconoció, quedamos en volver al día siguiente.

Aquella noche me revolvía en la cama, a pesar de mis esfuerzos inútiles por ahuyentar mis fantasmas, oía el murmullo continuo de mi mente sin parar de girar, de imaginar. El tiempo obstinado se demoraba frente a mi urgencia de salir de aquel enredo y volver de nuevo a casa. Echaba de menos la seguridad de mi hogar y la presencia tranquilizadora de mi madre. Un sentimiento de piedad se apoderaba de mí en aquellos momentos.

Por la mañana en la clínica, entré en la sala del quirófano asustada. La intervención fue breve. Al despertar encontré a otra compañera a mi lado que me tenía cogida de la mano, «ya ha pasado todo», me susurraba. Me sentí calmada y ligera. Permanecí allí aún durante un par horas y volví al hotel en compañía de otras españolas. ¡Por fin! Lo peor había pasado, despertaba de aquella pesadilla

Aquella misma tarde cogimos nuestro vuelo de regreso. A la llegada a casa de mi tía, después de un viaje agotador, fingí ante ella que había disfrutado con mis amigas en Granada, «¡un viaje precioso!» Por la noche, sintiéndome segura en mi habitación, me dormí enseguida.

Después de unos días, me incorporé a la vida académica con normalidad. Mi estado general era de euforia, y ningún sentimiento de culpa lo ensombrecía. La primavera recién estrenada me ayudaba a gozar de aquellas jornadas liberadoras. Mi primera sensación de optimismo se prolongó aún durante algunas semanas.

## Un ave migratoria, anhelante de otros cielos

Camila

Aquel curso me había incorporado tardíamente a las clases debido a una visita médica. Había sido desde pequeña una niña con buena salud, pero con poco apetito; mi madre, a menudo preocupada por mi bienestar, me llevaba al menos una vez al año a revisión, la mayoría visitas rutinarias, debido a mis cefaleas que se repetían cada vez con más frecuencia y enturbiaban mis días. Habían comenzado en torno a los dieciséis años y a veces me dejaban postrada durante jornadas enteras, convirtiéndose en una molesta compañía; al parecer se trataba de un trastorno hereditario. El especialista siempre me diagnosticaba lo mismo, me recetaba algunos calmantes y me aconsejaba el descanso, los paseos al aire libre, un sueño reparador, «eso te sentará muy bien, ya lo comprobarás». Disciplinada por carácter y por la rigidez padecida en el internado, trataba de seguir aquellos sencillos consejos.

El haber permanecido un poco más en casa me permitió aquel otoño participar en la vendimia, como lo había hecho en tantas ocasiones desde los doce o trece años. Ayudaba con un grupo de mujeres a seleccionar a mano las mejores uvas y a separar los frutos dañados. Tenía grabada la emoción de aquellos momentos. Paseando entre los viñedos, disfrutaba del contacto con aquel otro mar de esmeralda, por el que deslizaba mi mirada fascinada por los cuidados primorosos que mi familia le dedicaba. Me costaba estar alejada de aquellas tierras e ignoraba por entonces el papel que jugarían en mi futuro; por entonces mis aspiraciones eran incompatibles con ellas.

Ya instalada en la residencia, algunos días iba a la biblioteca del Rectorado, el paseo de ida y vuelta me ayudaba a despejarme, lo que me facilitaba luego el descanso; estaba acostumbrada a estudiar en compañía desde el internado donde durante años permanecimos a diario en un estudio tedioso, estricto y vigilado por una monja. En abril del 1971, en una de esas tardes claras de primavera, acudí a la universidad. A veces me motivaba ver a gente estudiando alrededor, otras no. Dependía del día. En aquella ocasión, por iniciativa de una compañera de Filología, cambiamos de biblioteca por la de su facultad. A pesar de mis buenos propósitos, un suceso exterior me alteró el curso de la tarde. Rara vez hacía las cosas con calma. Siempre iba corriendo de un lado para otro, era bastante atolondrada. Escuchaba la voz de mi madre que me advertía con frecuencia:

—No corras, ve despacio o algún día te romperás la cabeza.

—Sí, mamá.

Pero no conseguía evitarlo. Y con frecuencia me hacía un rasguño, me topaba con algún mueble, con alguien o terminaba de un batacazo en el suelo. Ese día, al entrar en la biblioteca, tropecé con un chico que salía. Mis libros terminaron desparramados por el suelo.

—Lo siento.

—Tranquila —dijo él y me ayudó a recogerlos.

—Gracias.

Nuestras miradas se cruzaron al incorporarnos y experimenté cierta turbación.

Tuve la impresión de que ya lo conocía, quizás de que ya había vivido antes ese momento o lo había soñado. Algo semejante a un *dejá vu*. Recordé luego que me lo había cruzado por los pasillos o en el bar, acompañado de una chica morena muy atractiva. Yo lo veía, en cambio él a mí no. Su cabello oscuro le llegaba casi hasta los hombros, era blanco de tez y con unos bonitos

ojos negros. Llevaba un pantalón vaquero con una camisa azul celeste por fuera. Me pareció atractivo. Ya no pude concentrarme en los libros en toda la tarde, «lo que necesitaba para distraerme», pensé. Durante el trayecto de vuelta a la residencia, apenas prestaba atención a lo que me decía mi compañera, no lo apartaba de mi pensamiento. Luego lo olvidé. En general, me resultaba fácil olvidar a la gente. No volvimos a coincidir el resto del curso. Mientras tanto, llegaba la época de los exámenes finales y soñaba con las vacaciones.

Había dos cosas que me entusiasmaban por encima del estudio: una, la lectura. Me aficioné a la poesía partiendo de los poetas sevillanos. Primero fue Bécquer seguido de A. Machado, J. R. Jiménez y luego los poetas del 27. Incluso me aventuré a componer algunos versos que enseñaba a mis íntimas compañeras de residencia que me animaban a seguir.

Experimentaba una gran atracción por la musicalidad de las palabras, por los ecos y resonancias que un poema desencadenaba en tu interior, por el goce estético que me generaban las imágenes. Y admiraba la pericia de aquellos hombres y mujeres que vertían con exactitud los sentimientos más variados en sus versos. «Sí, sin duda los poetas son seres privilegiados, dotados para expresar de forma inigualable lo que los demás sentimos en ocasiones, pero que somos incapaces de cifrar», pensaba. La novela me atraía aún más por entonces.

Para mí un libro, junto al goce por la comunión permanente con otros a través de la palabra, era el cálido hombro sobre el que te recuestas cuando la soledad atenaza tus horas, el cayado en el que te apoyas cuando el camino se vuelve pedregoso, el abrigo que evita mostrar tu desnudez vulnerable, el refugio en el que te cobijas si amenaza una tormenta, la tabla de salvación cuando el insomnio enseña las noches sin fin, en suma, el puerto firme que, en ocasiones, te salva del naufragio seguro. Siempre así, buscando libros para satisfacer esa pasión lectora casi como un vicio; como cita Unamuno, «el vicio impune y suave de la lectura», contraído ya en mi infancia. Pocas cosas hay comparables al goce de una lectura deseada. Momentos de recogimiento en los que solo existes tú y la cascada de palabras que brillan como piedras preciosas. Si la añoras, te queda la posibilidad del retorno a ese territorio fértil para recoger frutos ya maduros sembrados por manos generosas.

Otra cosa que adoraba eran los viajes familiares, dos placeres esenciales de mi infancia y juventud. No importaba adónde. No experimentaba como otros «escalofrío, miedo a lo nuevo, náusea», sino una íntima alegría. Acogía con gusto cualquier iniciativa surgida en casa para pasar unos días fuera. Si eran al extranjero, tenían un encanto añadido. Los viajes empezaban ya desde el instante que conocía el destino. En los días previos, consultaba todo lo que de interesante ofrecía el lugar. Soñaba aquellas ciudades, hojeaba en los libros, luego raramente me defraudaban. Después de hacer la maleta el día anterior a la partida, por la noche ya anhelaba dormirme pronto, aunque nunca lo conseguía por mi nerviosismo. Al alba, emprendíamos la marcha y miraba con nostálgicos ojos por el cristal trasero del coche el hogar abandonado. A la vez, imaginaba eufórica nuestro destino. Durante aquellas estancias, olvidaba mis ocupaciones diarias y descansaba de mis deberes, de la rutina.

«Todas nuestras desgracias provienen de no saber quedarnos en nuestra habitación», había dicho Pascal. Sin embargo, no me cansaba ¿Qué me impulsaba? ¿El cambio, la curiosidad, el afán de conocimiento? Todo un poco. Me desvivía por explorar *in situ* los lugares entrevistados en mis fantasías desde niña, recordaba las historias narradas a la vista de los monumentos, de los objetos o constataba lo aprendido. Ansiaba deambular por escenarios desconocidos, probar platos nuevos, conocer cómo vivían otros, saberme anónima en medio de tanta gente. Me inspiraba el tránsito de personas contempladas desde la terraza de un café, imaginaba sus vidas,

mientras sonaba una melodía con un fondo de bandoneón, y probaba cierta sensación de independencia y libertad. Sabía de antemano que no vería todo lo planeado y me confortaba pensar que volvería allí en alguna otra ocasión. Mi alma era la de un ave migratoria, siempre anhelante, suspiraba por otros cielos y otros mares.

El viaje le daba perspectiva a mi vida, ocasión para corregirla y despertaba en mí ideas nuevas, agudizaba mi percepción del mundo y aumentaba mi creatividad. ¿Quién me aficionó a ellos? Mi padre sin duda. Aprovechaba sus negocios para llevarnos con él. Auténtico entusiasta albergaba un sueño, «enseñarnos el mundo», decía.

Aquel año, nos dirigíamos hacia la región francesa de Languedoc-Roussillon, donde nuestra empresa familiar tenía intereses comerciales y numerosos contactos. Hicimos el recorrido en varias etapas y nos alojamos en Narbona, nuestro destino, la cuna del vino francés y la de Charles Trenet. La vid se cultivaba allí desde la época romana. Era una ciudad pequeña y agradable, atravesada por el canal de Robine, antiguo paso del río Aude por cuyos bordes paseábamos por las tardes, después de ir de tiendas y merendar.

Hicimos algunas excursiones obligadas: la abadía de Fontfroide, con una hermosa rosaleda. Famosa por sus vinos, fue fundada por benedictinos y después ocupada por monjes cistercienses. Los monjes ponían en práctica el conocimiento y magia vinícola que con posterioridad desarrollaron durante siglos y proyectaron por toda Europa. De camino, nos deteníamos en algunas bodegas, nuestro objetivo principal, con la cata de vinos locales. El paisaje de viñedos, tan familiar para nosotros, lo circundaba todo. No era precisamente la parte más atractiva para mis hermanas y para mí, pero estábamos habituadas y disfrutábamos con ello. Mi padre, gran innovador, conocía muy bien lo que se hacía en Francia y se enriquecía en aquellos viajes. Al retorno, no paraba de hacer mezclas y buscaba el equilibrio, su palabra preferida, entre acidez, fruta y madera.

De entre los lugares visitados (la ciudad de Carcassone con su ciudadela medieval, Montpellier, con la plaza de la Comedie y la catedral gótica de San Pedro), me gustó en especial Sète, la Venecia de Francia. Una bella localidad con canales, patria de Paul Valéry y de Brassens, referente para muchos de nosotros. Por aquellos años de universidad, tarareábamos sus canciones, auténtica poesía hecha música.

Realizamos una parada inexcusable en Les Halles; me encantaban esos mercados, el bullicio de la gente tan diversa, los aromas, la compra de productos típicos, el foie, los quesos. Al degustarlos a nuestro regreso, prolongábamos el placer de esas visitas.

Con estas experiencias, volvía renovada. Si, luego de estar unos días en casa haciendo una breve pausa, alguien me hubiera propuesto salir de nuevo, con gusto habría comenzado a preparar otra vez mis maletas.

## Una ola basta para tirarnos de bruces en el mar de la vida

Luis

El fin de semana que duró el viaje de Rita me pareció eterno. A su llegada a Londres, me telefoneó desde una cabina, porque desde el hotel era demasiado caro, y me informó someramente del trascurso del viaje. Hablamos solo durante unos minutos:

—Estoy bien, pronto todo habrá acabado.

—Por favor, mantenme informado —le rogaba inquieto.

Estaba realmente preocupado por ella. Me prometió llamarme a la noche siguiente. Ávido de conocer más sobre lo que estaba ocurriendo, esperaba ansioso sus noticias. Sin clases el sábado, las horas se me antojaban interminables. En casa, iba y venía de un lado para otro, como sonámbulo, como un autómatas. Me sentaba intentando estudiar, era imposible concentrarme, me levantaba enseguida, iba a la cocina, me hacía un café, comía algo, me daba una ducha. Me pesaba la soledad y me faltaba el aire. Al final, desembocaba en la calle. Paseaba sin dirección fija, me paraba en una librería ojeando algún libro, compraba el periódico en un quiosco, me sentaba a leer en una plaza, tomaba una cerveza y volvía; quedé con unos amigos, confiado en que el tiempo pasara más rápido. Y en este ir y venir, como un barco a la deriva, pasé aquellos tres días.

Solo soñaba con tenerla de nuevo a mi lado. Me prometía que nada de aquello volvería a ocurrir y me consolaba pensando en nuestro espléndido futuro e imaginando proyectos para los dos una vez que termináramos la carrera.

A su regreso, Rita había recuperado su brillo habitual. Contenta y relajada, exhibía un aspecto espléndido.

—Me hubiera gustado acompañarte, la espera ha sido eterna.

—Lo sé, pero no era posible, ¿de dónde íbamos a sacar el dinero para el viaje? Todas íbamos solas —me tranquilizaba ella.

Me relató por encima cómo se había desarrollado la estancia, y me rogó que no siguiéramos hablando del asunto.

No insistí, compartía su interés. Aquello pertenecía al pasado y agua pasada no mueve molino. Y los dos, después del susto inicial, nos mostrábamos más animosos. «Este fin de semana lo festejaremos con algo especial». Paladeaba de antemano aquella celebración. Pensé ingenuamente que todo continuaría como antes; para mi perjuicio no fue así.

A medida que el tiempo transcurría, la notaba más distante y esquiva. Permanecía durante rato en silencio y manifestaba cada vez con más frecuencia su empeño en volver pronto a casa. Intuía que las cosas no iban bien:

—Te noto extraña.

—No me ocurre nada, de verdad.

Y así una y otra vez. Comenzó a dilatar nuestras citas, y me veía cada vez más lejos de ella; mientras, aumentaba mi desconcierto. Se iniciaron nuestros primeros desencuentros, y lentamente el rescoldo de nuestro amor se apagaba, hasta que una tarde, sin esperarlo, me comunicó:

—Lo siento, no puedo continuar saliendo contigo.

Perplejo no daba crédito a sus palabras:

—¿Qué dices? ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? Te creía más fuerte, Rita, te pliegas a la voluntad de tu padre.

Era lo único que se me ocurría en aquel momento. Mis preguntas no hallaban la respuesta esperada.

—No se trata de eso. A medida que pasan los días, me noto cambiada, he perdido el optimismo, necesito ordenar mis ideas, reflexionar.

Decidí no presionarla, confiaba en que aquello sería pasajero.

—Está bien, nos daremos un respiro.

Nos despedimos cariñosamente. La noticia cayó sobre mí golpeándome como un latigazo, pero guardé la compostura y controlé el impulso de rogarle, de suplicarle que no cometiera lo que consideraba un tremendo error. No salía de mi desconcierto, con miedo de que todo se fuera al traste. Ella había demostrado tener una cierta frialdad y gran sentido práctico, una condición opuesta a la mía, apasionada y romántica. Solo me quedaba esperar. Aquella noche me costó dormir. Cuando desperté a la mañana siguiente, advertí con mayor desgarramiento su abandono; como Ariadna, quería morirme.

Aquello que vivimos no volvió. La llamaba, no se ponía al teléfono. Cuando lo hacía todo eran excusas varias, «mañana no iré a clase, tengo cosas que hacer, me quedaré estudiando» o «mi tía no se encuentra bien». Estaba claro, no le apetecía verme.

Recorría los pasillos en su búsqueda. Cuando casualmente nos encontrábamos, me esquivaba, «lo siento, no puedo detenerme, tengo prisa», era su excusa habitual. Más adelante, si ella advertía mi presencia, cesaba de reír y me dirigía un tímido saludo; otras veces bajaba levemente la cabeza evitándome. No tardó en pasear en compañía de los amigos de sus hermanos, que, como guardianes fieles, se encargaban de que las órdenes de su padre se cumplieran a rajatabla. Lo que más me dolía era que ella aparentaba no estar afectada. Yo, sin embargo, tenía roto el corazón. Era esta la primera vez que me había enamorado de verdad y no vivía sino para amarla. Su rechazo me partía el alma.

Me negaba a aceptar aquella derrota. El tiempo pasaba irremediablemente sin que nada se arreglase. Mi tristeza se fue trastocando en desesperación. Mi voluntad flaqueaba, el contento se ausentó de mi vida envuelta de pronto en una niebla permanente. Los días eran cada vez más largos y las noches más oscuras. Me costaba descansar, mis estudios se resentían, lujo que no me podía permitir. Me había acostumbrado a su presencia tan rápido, que su ausencia me infligía el mayor de los castigos. Rita, como una ola inmensa que no ves venir, me había arrastrado con una fuerza intempestiva, con un fiero ímpetu y me había arrojado contra las piedras de la orilla. Solo una ola y había sido suficiente para tirarme de bruces en el mar de la vida. Me había arañado el cuerpo y el alma.

Yo no era persona de muchos amigos. Como los epicúreos, creía en la amistad de unos pocos, aquellos en los que de verdad puedes confiar; así que de pronto la soledad me lastimaba, aunque hasta entonces me había resultado amable y necesaria. Intenté diversos remedios para mitigar mi dolor, ninguno con éxito, y me mortificaba repitiéndome una y otra vez que no debí dejar mi corazón tan al descubierto. Me prometí que nunca más me abandonaría de tal suerte al amor. Probaba por primera vez el amargo sabor del desamparo. Rita me había helado el corazón.

Su pérdida me atraparía durante meses robándome la alegría y el bienestar. Desencantado, vagaba de un lado a otro, no vivía ya, remolcaba mi existencia por la superficie de los días. Busqué ayuda en la participación política, necesitaba acción, no me perdía ni una de las asambleas que se celebraban en la universidad, dispuesto a formar parte en todas las reuniones y



manifestaciones que se organizaban. Aunque no estudiaba, leía de forma absorbente y a escondidas toda la literatura considerada subversiva por entonces que algunos de mis compañeros me prestaban, desde el *Libro rojo* de Mao Tse-tung, el gran superventas de los setenta hasta la *Antología rota* de León Felipe. Con nuestro compromiso, queríamos contribuir a la modernización de España como proceso histórico, político, además de económico y social. Canalizaba así mi malestar.

A veces, para romper con aquel círculo vicioso, frecuentaba la biblioteca; sentirme acompañado me ayudaba a olvidar, a soportar mejor aquella etapa. En uno de los descansos para fumar un cigarro en el pasillo, choqué al salir con una chica que entraba apresurada, «lo siento, no te había visto», me dijo. Tan solo la miré y le sonreí; las palabras no salieron de mi boca, habitada entonces por el silencio; ella me correspondió con una sonrisa. Creo que fue este rasgo suyo lo que me atrajo. Por lo demás era la típica mujer española media, de pelo largo castaño claro, de ojos pardos, que se correspondía con los colores del otoño. Aquella coincidencia cambiaría el curso de mi vida.

Durante aquella primera tarde, su amplia y clara sonrisa alumbraba mis oscuros pensamientos. En los días siguientes, acudí a la biblioteca, impulsado por el deseo y la esperanza inconsciente de volver a verla, pero ella no acudió. Parecía que se la había tragado la tierra. Pronto comenzó a desdibujarse, como si se tratara de un espejismo. En su lugar, surgía nítida y fuerte la imagen de Rita. No conseguía arrancarla de mi mente. Me enojaba conmigo mismo por mi incapacidad para olvidarla. Sin embargo, me daba ánimos pensar que sería solo cuestión de tiempo. Aunque me esforcé para los exámenes finales, el curso no terminó con buenos resultados, tenía que recuperar dos asignaturas.

Afronté las vacaciones de verano trabajando duro desde el principio, no podía arriesgarme a suspender en septiembre. Me levantaba muy de mañana y estudiaba antes de bajar a darme un baño en el río. Por la tarde, me reunía con mis amigos en el centro del pueblo. Paseábamos por la calle principal de un lado para otro, pendientes, entre otras cosas, de la cartelera y de los fotogramas que se colgaban en las puertas del cine de verano al aire libre, adonde acudíamos con frecuencia, una de nuestras más escasas y placenteras distracciones. A la salida del cine permanecíamos en la plaza durante horas. En aquellas noches de relente, cuando el único peso sobre tu cabeza era el de las estrellas y la única luz la de la luna, encontré el sosiego que tanto ansiaba.

La estancia en Galeona, si bien en ocasiones me aburría, resultó un alivio para mi corazón dolorido. Los baños, los paseos, el contacto con el mar de pinos, siempre con un efecto beneficioso sobre mí, fue entonces mayor. Terminaba el verano transformado, no había mejor cura para el cansancio del curso y para mi espíritu enfermo.

Bastante repuesto de mi dolencia amorosa, superada ya la rebeldía y la rabia inicial, sentimientos con los que me sentía más vivo, se fue abriendo paso la conformidad. Me resignaba a regañadientes, aunque albergaba la esperanza de volver con ella. En el horizonte se alejaba la tormenta, pero quedaban restos de mi tormento.

## Un buen partido

Rita

Sí, había roto con Luis. Fue un cúmulo de acontecimientos desafortunados los que me empujaron a aquel final inesperado, doloroso, pero inevitable.

Pasado un tiempo del retorno de Londres, no era la misma. A las primeras sensaciones placenteras de desprendimiento y liviandad las reemplazaron otras bastante más desestabilizadoras. Una apatía desacostumbrada se había apoderado de mí y socavaba mi ánimo. Nada me interesaba. Desconocía lo que me estaba ocurriendo, ¿Por qué me creía tan desdichada?, pensaba. Trataba de buscar una explicación, una respuesta que lograra calmarme. Con toda probabilidad, era el resultado de las tensiones acumuladas y sufridas en los últimos meses.

¿Dudaba de la decisión tomada para la interrupción de mi embarazo? No. Sin embargo, cuando por la calle observaba paseando a algún niño pequeño, al que su madre le hablaba o besaba, me asaltaba una gran frustración, un profundo malestar, malhumor incluso. Desconocía que era tan vulnerable, no le había dado nunca tanto valor a los sentimientos. Lo peor era que este pesar venía acompañado de un resentimiento contra Luis, como si, en cierto modo, lo considerara responsable de lo que había ocurrido. Perdí el interés por él, me costaba estar a su lado:

—Te noto distraída, seria, ¿va todo bien? ¿te encuentras mal?

—No he dormido bien, me duele la cabeza —le contestaba con evasivas.

El rencor, anidado en mi interior contra mi represor, se fue extendiendo como una mancha de aceite alcanzándolo también a él, y aunque sabía que era injusto, desconocía cómo superarlo. No estaba hecha para la lucha, no servía para tener la pelota en mi tejado, en cuanto algo me fastidiaba tenía que quitármelo de encima. Lo sucedido había menguado bastante mis fuerzas. Y quería aún más libertad, reconducir mi vida, sin saber exactamente cómo.

Mi tía también se preocupaba por mí. Faltaba a clase y pasaba las mañanas en la cama:

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

No me quedaba otra alternativa que mentir:

—No, ¡qué va!, me quedo estudiando por las noches hasta muy tarde, tengo exámenes en breve.

A pesar de mis intentos, mi estado anímico no mejoraba, y aquella postración se coronó con nuestra ruptura. Hubiera podido resistir si otras circunstancias no se hubieran confabulado en mi contra, minando mi voluntad ya debilitada. No veía otra salida. Por fin, salí una mañana resuelta a terminar con aquello y, aunque Luis no creía que hablara en serio, estaba decidida.

En los días sucesivos, se me desgarraba el corazón cuando lo veía por los pasillos de la universidad y fingía indiferencia dirigiéndole tan solo un breve saludo, no podía volver atrás, había dado ya un paso definitivo. Pensé que con suerte lo olvidaría pronto, quizás no lo amaba tanto. Me equivocaba, como pude comprobar con sorpresa, cuando ya era demasiado tarde. Mi escaso interés por los estudios se hacía entonces mayor.

Antes de finalizar el curso había regresado a casa, mi ausencia había durado más de lo previsto. Mi padre no había cesado de telefonar a mi tía e insistir en mi vuelta entre ruegos y amenazas, y temía arriesgar mis pequeños logros. Su triunfo, aunque solo aparente, fue mi perdición. Resistí aquel asedio, pero al final cedí a sus requerimientos, porque entonces no tenía necesidad de

luchar. En mí influyeron especialmente los ruegos incesantes de mi madre, «hazlo por mí, te echo mucho de menos.

Mi retorno había calmado nuestro hogar. Todos se mostraban amables conmigo. Me molestaba que mi padre creyera que había conseguido su propósito al enterarse de nuestra ruptura, que me había doblegado a su voluntad, porque no era así. Mis hermanos estaban también satisfechos por su contribución, «los débiles se nutren de victorias inmediatas», pensaba. En realidad, pensándolo bien, tampoco me incomodaba demasiado. Solo mi madre, a quien le importaba de verdad, estaba atenta a mi estado anímico y trataba de ayudarme. Era mi único refugio, «¡qué contenta estoy de tenerte en casa!». Tampoco imaginaba que lo ocurrido después habría de cambiar el curso de los acontecimientos como lo hizo.

El resultado de las notas ese año fue un tremendo fracaso; el «militar» con ánimo previsor ya me había preparado un programa, «este verano pasarás gran parte en el extranjero». Accedí encantada; era un proyecto con el que soñaba. Me alojé durante tres semanas con una familia escocesa en una pequeña localidad cerca de Edimburgo, en un bonito *cottage*. El salón estaba presidido por un cuadro con un *haggis* enorme que conmemoraba la cena del veinticinco de enero. Era el guiso tradicional de los pobres en tiempos del poeta escocés Robert Burns cuyos versos se declamaban en esa noche. Cuando probé aquel plato me pareció horrible. Por lo demás, fue una magnífica experiencia, salí con un chico escocés que olvidé en cuanto regresé y progresé algo con el idioma. En octubre, me incorporé a la universidad sin superar las asignaturas pendientes.

Desorientada fue otro mal año en lo académico, pero con novedades en lo personal. Seguía teniendo admiradores, algunos de ellos amigos de mis hermanos que frecuentaban mi casa para estudiar juntos. Ya avanzado el curso, conocí una tarde de marzo a Pablo, un estudiante del último curso de economía que había cursado dos años en la Complutense. Había ido a ver un partido de tenis que jugaba con mi hermano mayor. En la puerta del club me lo presentó, «este es Pablo, mi hermana Rita». Nos saludamos. Ganó mi hermano en dos sets, a pesar de que Pablo tenía un saque tremendo y un revés cortado aún mejor. Pero aquel día «estaba descentrado», me aseguró él más tarde. Y también contrariado, no le gustaba perder.

Con el paso del tiempo, notaba su atracción hacia mí. Me rendía una devoción extrema que al principio me provocaba algún rechazo. Y, aunque no le correspondía y permanecía inexpugnable en apariencia, lo cierto era que me había convertido en un blanco vulnerable.

Como la paciencia era una de sus grandes virtudes, poco a poco se fue desmoronando el cerco que había levantado en torno a mí y se coló en mi vida. Después de mucha insistencia por su parte y sin gran entusiasmo por la mía, comenzamos a salir. Él, siempre amable, me ayudaba en mi estado general de indiferencia, aprobaba lo que hacía, me hacía regalos, me llevaba a restaurantes, me apoyaba en todo y me resolvía la vida. No resultaba difícil cogerle afecto. Aquella relación, por la que no apostaba nada en un principio, se formalizó. Confiaba en que podría llegar a amarlo con el tiempo.

En la universidad, los acontecimientos no nos ayudaban a centrarnos en los estudios. Desde febrero, permaneció cerrada por la represión franquista que no se detenía en aquellos años. Fue un desconcierto total. Mi padre montaba en cólera al vernos sin clases e inactivos. Nuestra paz era interrumpida a menudo por sus exabruptos, «¡menuda caterva de vagos, progres de mierda, únicos responsables de este desorden!» Esto no hacía más que alimentar su animadversión y odio hacia los que habían provocado aquella situación, sin nada mejor que hacer que no fuera desestabilizar el orden y perturbar la cómoda tranquilidad. Mi madre había aprendido a quitarse

de en medio en cuanto barruntaba alguna bronca, evitando verse arrastrada por la tolvanera de reproches que levantaba a su paso. El curso resultó un desastre. Y repetí casi completo.

Cuando le comuniqué a mi madre mi nuevo romance, se mostró entusiasmada, «cuánto me alegre, seguro que serás feliz. Por fin disfrutamos de un poco de tranquilidad». Era cierto, la paz, al menos aparente, había vuelto a nuestro hogar. Solo aparente, porque yo seguía en guerra interior con el enemigo, en una guerra fría. Me escapaba de su control y él no lo toleraba, lo percibía como una amenaza. No le perdonaba el acoso al que me había sometido en el pasado. Ella lo informó y él aprobó mi nuevo noviazgo:

—Es un buen chico, trabajador, de buenas costumbres y con un magnífico futuro como economista.

En eso no se equivocaba. Él valoraba en particular la conveniencia de la relación, aquella maldita palabra que a mis veintidós años carecía para mí de significado y me provocaba una rabia enorme. Su familia, muy conservadora, era conocida en la ciudad y desde el punto de vista ideológico no había nada que reprocharle, ninguna sombra enturbiaba su trayectoria política. Lo que mi padre desconocía era que yo no lo amaba, cuestión que a él ni le interesaba ni le preocupaba; habíamos firmado una tregua. A él le espantaba la posible partida de aquel buen partido

Lo colmaba con todo tipo de atenciones y me animaba por el futuro que me deparaba. «Ese chico te conviene». La seguridad económica era muy importante y el matrimonio la ocasión propicia para que, en su opinión, madurara de una vez. Me exasperaba. Mi desconfianza sobre sus augurios era inversamente proporcional a su interés. «Si piensa que me conviene, debe ser lo contrario», pensaba. Y además se correspondía con su ideología de que la misión principal de una mujer en la vida era la de ser madre de familia. Lo demás representaba un enorme peligro. Mi madre se plegaba a sus opiniones, al menos en apariencia.

Durante los meses que siguieron, ya formalizada mi noviazgo con Pablo, me decía con frecuencia: «Nos casaremos en cuanto termine la carrera, no tendrás que sufrir más la convivencia con tu padre». Sabía que me moría por librarme de su agobiante presencia que cada vez soportaba menos y detestaba más. Me acuciaba la necesidad imperiosa de salir de mi casa, así que me mostraba solícita ante la posibilidad del matrimonio que imaginaba espléndida, mi única escapatoria. No confiaba en mi independencia de otra manera, ya que no me esforzaba en mis estudios. No tenía visos de terminar la carrera.

Pablo, hijo único del que sus padres estaban orgullosos, tenía interés en presentármelos. Vivían en un piso céntrico de la capital sevillana, con una vida social activa rodeados de amigos, muy diferente a la de los míos, con numerosos y buenos contactos dentro y fuera de la ciudad. A su hijo le aguardaba un futuro prometedor. Era trabajador, concienzudo y muy bien orientado en su futuro profesional.

Quedamos para comer con ellos un domingo plomizo de noviembre, con el cielo cubierto de nubes que amenazaban lluvia. Hacía frío y viento. Cuando nos acercábamos al restaurante, Pablo intentó cogerme la mano. Lo rechacé. Yo vestía de manera informal, un pantalón azul marino acampanado con flores blancas y un jersey beige de hilo de manga larga. Me dejé el pelo suelto. Pablo hizo las oportunas presentaciones:

—¡Qué guapa eres! —exclamaron al unísono.

—¡Encantada!

Su madre iba impecable con un elegante traje de chaqueta gris perla y un bonito pañuelo de seda de Hermès al cuello del que colgaba un collar de perlas blancas cultivadas. Había recibido

una esmerada educación, exhibía modales refinados, extrovertida, pero habladora en exceso, no paró de preguntar durante la comida:

—¿Qué piensas hacer cuando termines la carrera? ¿Te gustan los niños? ¿Cuáles son tus aficiones?

Era como una muñeca mecánica con toda la cuerda dada. Sin esperar la respuesta, ya había disparado la pregunta siguiente. De vez en cuando, Pablo intervenía para relajar el ambiente, «eso ya lo veremos en el futuro». Su padre era un hombre circunspecto y afable. Vestía un elegante traje de chaqueta oscuro y corbata de punto. Excepto por el traje, era su viva estampa, el mismo pelo negro, los mismos ojos pequeños, un afeitado perfecto, la misma nariz respingona y un tanto regordete. Cada vez que intentaba hablar, su mujer lo interrumpía. Salpicó su camisa de salsa de rabo de toro. Él se disculpaba. Ella le reprendía como si fuera un niño pequeño:

—Eres un desastre, no hay una vez que no te manches, por eso te digo que te pongas al cuello la servilleta.

Pablo trataba de mediar:

—No tiene importancia.

Aunque cohibida, observada y analizada al principio, enseguida me relajé y me mostré más abierta y simpática, sin realizar demasiadas concesiones dado mi carácter rebelde. Y por fin, mostré mis aficiones:

—A mí me gusta el dibujo, la decoración, el diseño, pero sobre todo la moda.

No comentaron nada, ninguna observación, parecían extrañados. La comida me pareció eterna.

## La ansiada mayoría de edad

Camila

Había sido mi penúltimo curso y fue atípico por dos motivos, por los movimientos estudiantiles de protesta y por los resultados académicos. Era difícil concentrarse entonces, por más que lo intentábamos. Y con los suspensos, llegó mi estación favorita. Me preparaba para disfrutarla, llena de expectativas. Mi estado de ánimo sufría un cambio profundo. Entraba en ella como quien lo hace en un recinto sagrado, dispuesta a gozar de los baños en la alberca de la finca, del silencio divino de la siesta, de la lectura del libro que espera, de los paseos hacia el pueblo cuando el sol declinaba, de la despreocupación. Los días se prolongaban, las tardes ancladas en un tiempo lento, lentísimo, infinito casi; todo se ralentizaba, la época ideal para las charlas bajo un cielo estrellado, acariciada por el roce suave de la brisa vespertina, después de una jornada de bochorno, sin prisas porque al día siguiente no madrugabas.

En julio de aquel año de 1972, me levanté una mañana y exclamé al disponerme a desayunar:

—Ya soy mayor de edad.

Sí, había llegado mi ansiada mayoría de edad.

—¡Qué bien, lo que tanto anhelas! —exclamó mi madre.

Mi padre me miró en silencio, me sonrió y pasó su mano por mi cabeza acariciando mi pelo, en una de sus habituales muestras de cariño. Se habían derogado las limitaciones del Código Civil para las mujeres menores de 25 años, y la mayoría de edad pasaba a los 21 como los varones. Una buena noticia. ¡Qué gran conquista para nosotras! Aunque no significara la equiparación con los hombres al cien por cien, necesitábamos mantener esa aspiración, luchar por ello era para muchas de nosotras una tarea imprescindible. Habría que esperar hasta la Constitución de 1978 para la transformación en el tratamiento legal de los derechos de la mujer.

¿Yo era feminista? Así lo creía. En esa condición habían influido mi formación académica, mis numerosas discusiones y lecturas (mi amiga Daniela, feminista convencida, me prestaba abundantes libros y me animaba a acudir a sus frecuentes reuniones) y el contacto con mujeres fuertes. Mi abuela, mi madre, mis tías toleraban cierto machismo en aras de la armonía, pero no todos los comportamientos de ese tipo. Entre todas ellas, descollaba mi tía abuela Catalina; de recio carácter había permanecido soltera, algo considerado en aquella época una maldición.

¿Qué era para mí el feminismo? Sobre todo, una cuestión de justicia social, aquel movimiento que exigía la igualdad de derechos de ciudadanía entre hombres y mujeres; no éramos ciudadanas de segunda, aspirábamos a disfrutar de los mismos privilegios que ellos. ¿Todos deberíamos ser feministas? Sí, pensaba que la lucha no se debía hacer en contra de los hombres, sino despertando sus conciencias para recorrer juntos ese camino. No me identificaba con aquella minoría que defendía la masculinización de las mujeres. Consciente de que existían grandes desequilibrios y desigualdades entre los dos sexos, carecía de espíritu militante, no estaba a gusto dentro de grupos. Aspiraba a superar las injusticias de forma individual y no renunciaba a luchar día a día en lo que me concernía, en un viaje constante, en una carrera de fondo, hasta ir descubriendo mi lugar en el mundo. Sabía que el feminismo suponía una militancia activa, asociarse y entrar en contacto con otras mujeres para desarrollar dinámicas nuevas, pero no había llegado aún para mí esa hora.

Y con mi mayoría de edad, llegó el tiempo del viaje. A comienzos del verano, toda la familia nos marchamos a Francia. En esta ocasión aterrizamos en el aeropuerto de Saint Exupéry, con el recuerdo de aquel librito que nuestra profesora de francés adoraba tanto, *Le petit prince*, y aquella frase que nunca olvidé: «Solo se ve con el corazón, lo esencial es invisible para los ojos». Mi padre, siempre acompañado de sus vinos, mantenía contactos comerciales con la región vinícola de Beaujolais, cercana a Lyon. Nos instalamos en el atractivo pueblecito de Bois d'Oingt, en una vivienda cercana al bosque a unos treinta kilómetros de la capital. Algunos días, mientras él se reunía con alguno de sus clientes y distribuidores, nosotras bajábamos a la ciudad que nos sorprendió gratamente.

Nos adentramos en los misteriosos *traboules*, pasadizos que comunicaban las calles a través de los edificios; desde sus viviendas en el barrio de la Croix-Rousse, los tejedores de seda los usaban para llegar a la zona baja de la ciudad, donde se hallaban los comerciantes de telas. Admiramos la técnica del trampantojo en algunos inmuebles, conocida por mí desde la visita a la sacristía del Hospital de los Venerables, en el pintoresco barrio de Santa Cruz de la capital sevillana. Subimos a la basílica Notre Dame de Fourvière. En el viejo Lyon visitamos el Museo de Bellas Artes, La Catedral de Saint Jean y paseamos por sus alegres y bulliciosas calles. Degustamos los *coussins*, bombones de chocolate y almendras que me encantaban, los *coulands*, mi postre preferido; mis padres probaron los vinos de la región y por primera vez el Petrus, uno de los más famosos del mundo, con su cápsula de sobre taponado de estaño puro.

En los talleres donde trabajaban la seda, los operarios nos mostraban la técnica utilizada y nos invitaban a adquirir algunas de sus prendas, entre ellas coloridos y preciosos pañuelos. Afloraba por instantes a mi memoria el recuerdo de alguna lectura en la que se hablaba de las lamentables condiciones higiénicas que las mujeres soportaban en los lejanos días del siglo XIX. Condenadas a trabajar en talleres de pasamanería donde jamás penetraba un rayo de sol, se veían obligadas a hacerlo suspendidas de correas, sirviéndose a la vez de las manos y los pies durante jornadas laborales interminables de dieciocho horas diarias hasta caer exhaustas. La congoja inundaba mi pecho, ¡Lástima que la belleza esconda a veces tanto sufrimiento!», me decía en voz baja.

De los lugares de los alrededores, vimos en Saint Étienne las construcciones de Le Corbussier, la iglesia, el gimnasio y los bloques de viviendas multicolores, que le recordaban a mi madre la de un constructor de nuestro pueblo, y la ruta de las casas doradas. No faltaban la entrada en algunas bodegas con la cata de vinos de mis padres.

Visitamos la abadía de Cluny que nos decepcionó por su deterioro; quedaba solo una pequeña parte del conjunto arquitectónico original debido a un saqueo en 1790. Al retorno nos paramos en Beaune, zona de Borgoña con los mejores viñedos del planeta, donde se encontraba la tonelería artesanal de Tremeaux, famosa por sus barricas, responsables de las exquisitas esencias de los vinos. Mi padre consideraba que el vino se hacía en la viña, no en la bodega, pero allí decían, «los aromas del vino tienen que ver con la viña y también con el bosque del que viene la barrica», en este caso de la madera de roble procedente del bosque de Darney situado a dos horas al este de Beaune. Mientras, mi madre y nosotras nos adentramos en el hospicio, un bellissimo hospital de pobres de arquitectura gótica con tejas policromadas. Para su mantenimiento económico había acumulado desde el siglo XV hectáreas de viñedos de alta calidad, en especial de *pinot noir* y *chardonnay*. Y desde el siglo XIX, se celebraba cada año una subasta de Vino de Beaune con fines caritativos. A todas nos gustó, especialmente a mi madre. Nunca la había visto tan atenta y disfrutar tanto con una visita.

El último día lo reservamos para comprar productos típicos en Les Halles Paul Bocuse.

Adoraba estos sitios. Ya por entonces me hallaba tan bien en los viajes que, si alguien me hubiera preguntado como a Diógenes el Cínico, ¿de dónde vienes?, le habría respondido igualmente: «Soy ciudadana del mundo».

Al cabo de una semana, se imponía el regreso para poner todo a punto para la próxima vendimia. El verano terminó como siempre, más pronto de lo deseado, y ya estaban esperándonos las clases, los relatos de las vacaciones y los proyectos incumplidos. Me marché un poco antes en septiembre para examinarme de las asignaturas pendientes. No logré superar todas.

Todavía con un tiempo espléndido en Sevilla, confiaba en que aquel fuera mi último año. En una tarde amplia de octubre, junto a algunas compañeras nos arreglábamos con entusiasmo para asistir a la representación de una obra de Sartre. Cuando llegamos al teatro, todo estaba muy animado, repleto de gente que se arremolinaba en la entrada.

Durante el desarrollo, sucedió algo inesperado. En el silencio, se oyó de pronto un ruido ensordecedor. Mi amiga Elena, sentada junto al pasillo, se desmayó. Por unos segundos todo quedó en silencio. Muchos se volvieron hacia nosotras, algunos intentaban ayudarnos. ¡Menudo susto! «No os preocupéis, no es la primera vez que le pasa». Sabíamos que no era grave, pero llamamos la atención sin proponérselo. La ayudamos a levantarse, recobró el conocimiento rápido, aunque estaba aún aturrida. Salimos al vestíbulo para que tomara un poco el aire y luego pasamos al bar para que ingiriera algún líquido. Se repuso tras tomar una limonada. Cuando nos disponíamos a entrar de nuevo, tuvo lugar el descanso, y enseguida el vestíbulo se vio inundado de gente. Algunos nos miraban, otros preguntaban:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias —contestaba ella.

Ya más relajadas, mientras charlábamos animadamente, divisé al otro lado entre la multitud al muchacho con el que tropecé una tarde en la biblioteca. Se me aceleró el corazón y no pude evitar alterarme al comprobar que él también tenía sus ojos fijos en mí. «Tonta de mí», me decía. Era la segunda vez que me topaba con él. En otras ocasiones, cuando me cruzaba con él por los pasillos de la universidad, solo tenía ojos para su acompañante, la chica morena, guapa y estilosa. Estaba segura de que no veía nada ni a nadie más a su alrededor. El mundo era invisible para él. Aquel día estaba sin ella, con otros chicos. No paraba de mirarme, hasta el punto de ruborizarme y obligarme a desviar la vista. Solo el «tenemos que entrar» de una de mis amigas me hizo reaccionar. Instalada ya en mi asiento después del descanso, miré hacia atrás y allí estaba él, con la vista clavada en mí. Turbada, me volví rápidamente. Estuve abstraída el resto de la obra, no me concentraba, no dejaba de pensar en él. Sentía sus ojos en mi nuca, su aliento en mi cuello. La representación terminó. Al salir lo busqué insistentemente con la mirada, pero se había esfumado entre la multitud. Ya en la puerta, distinguí entre el bullicio cómo se alejaba en compañía de sus amigos.

Los acontecimientos de aquella noche me impidieron conciliar el sueño pronto. No se me caía del pensamiento. No me sucedía esto a menudo.



## **SEGUNDA PARTE**

## **El fracaso, la crecida del río cuyo ímpetu hay que domeñar.**

Luis seguía recostado, rendido, esperando un rescate que no llegaba, recordando lo sucedido en aquellos años ya lejanos desde esta primavera de 1985. Se levantó y se sirvió otro café.

Ahora en 1972, aún seguía convaleciente de la ruptura con Rita. ¿Acaso era él singular en esto? No, el fracaso estaba presente en toda experiencia humana. ¿A quién no han vencido al situar sus expectativas por encima de la realidad? ¿Quién no se ha aventurado a lanzar sus tristes redes en el sorpresivo e intempestivo mar de la existencia y no ha capturado más que sombra y humo? En cualquier caso, ¡qué duro se nos hace topar bruscamente con el muro de la cruda realidad!, ¡qué arduo aceptar que hemos fallado!, ¡qué desidia recoger los despojos de un descalabro!

La sensación de naufragio es doble si la derrota se hace pública, porque esta no ama la publicidad ni la exhibición, no quiere testigos. Por su causa nos volvemos vulnerables, inseguros y demasiado cautelosos. Aborrecemos que nos vean inermes, tememos por nuestra integridad y sufrimos mucho más cuando traspasa el umbral de nuestra intimidad. Porque minimizamos o simplemente ocultamos ante los otros lo que nos sale mal. Pero no nos queda otra opción que aceptarlo, tal vez compartirlo, reconsiderar lo que de verdad queríamos o necesitábamos y seguir avanzando. Quizás así lleguemos más lejos que negándolo.

Lo había dicho Lacan: «Todo acto fallido esconde un discurso exitoso». Aunque Luis no lo supiera por entonces, tal vez Rita no fuera la mujer adecuada para él, la mujer que necesitaba para compartir el resto de su vida. ¿Sería aquel acto fallido de Luis una victoria inconsciente desde un punto de vista psicoanalítico? En cualquier caso, no era esto lo que él experimentaba en aquellos dramáticos momentos de orfandad de Rita. Su primer desengaño amoroso tenía para él unas proporciones gigantescas. Estaba desolado, porque había pensado que formalizada una relación, como era habitual por entonces, ya sería para siempre. Y todavía le quedaban otras decepciones para ir acercándose a la verdad.

## Reparando los estragos de una crecida

Luis

Iniciaba el año académico con buenos propósitos. Para ello trataba de normalizar mi vida, intentando olvidar y dispuesto a recobrar el equilibrio. Sin embargo, después de los primeros días en la ciudad, era incapaz de quitarme a Rita de la cabeza, y meditaba en cómo recobrar su amor, pero nada sucedía. Su recuerdo obstinado no me abandonaba y me perdía en pensamientos inútiles. Mi primer impulso fue ponerme en contacto con ella. Enseguida rechacé la idea. En el fondo no confiaba en que lo nuestro tuviera ningún futuro. Aquella realidad de la que dudaba a veces tenía solo la consistencia de un sueño. A Marta le pregunté:

—¿Sabes algo de Rita?

—Olvídala, está saliendo con un amigo de su hermano, un estudiante de economía, un chico muy brillante. En su casa están ahora todos contentos.

Este revés añadido complicaba más nuestro reencuentro. Una nueva y despiadada punzada de dolor agujoneó mi corazón, claro síntoma de que aún no había superado por completo su pérdida. Mi relación con ella perdía toda posibilidad de reanudarse. En estas cavilaciones me hallaba dispuesto a restañar aquellas heridas causadas por los quebrantos de mi primer amor. Lo superaría, pero era joven y tenía prisa. Aunque la paciencia fuera, en opinión de algunos, la madre de la sabiduría, yo aún no era lo bastante sabio.

Me sentía solo, con una necesidad imperiosa de establecer contacto, de confundirme en el grupo, pero tenía miedo de que se me notara y pudiera generar un rechazo en los demás. Y, aunque un hombre solo puede resultar incluso atractivo, en contra de una mujer sola sospechosa de que ha fracasado, nadie mejor que yo sabía que mis ilusiones se habían malogrado de forma estrepitosa.

¿Cuál fue mi asidero en aquella etapa? La enorme actividad desarrollada en una época marcada por la clandestinidad y la censura. Con el eco de mayo del 71, celebrábamos frecuentes, encendidas y concurridas asambleas en el aula magna de la universidad a modo de anfiteatro Richelieu, verdadera alma mater de la Sorbona, deseosos de romper con lo que había, de que se produjeran cambios, de deshacernos de la opresión que sentíamos sobre nosotros. El dinamismo era constante, la represión siempre presente. Cuando los grises furiosos irrumpían dentro para disolver nuestras concentraciones, volcábamos las mesas y salíamos en estampida por miedo a que nos alcanzaran y aporrearan. Íbamos de una facultad a otra. La policía disolvía las agrupaciones callejeras, nos impedía formar grupos de más de tres, y corríamos en desbandada delante de los grises a caballo, huyendo a través de las calles o los mercados. Se sucedían las detenciones, algunas de nuestros compañeros más próximos. Luego, algunos padres, personas influyentes en la ciudad, intervenían para sacarlos de las comisarías. Era todo un movimiento subterráneo para desarrollar iniciativas y debilitar la dictadura.

Como aquellos movimientos de protesta no cesaban, las autoridades cerraron la universidad en el mes de febrero hasta junio. Se abrió solo para los exámenes finales a los que acudimos exhibiendo nuestros carnés de identidad. Mi desorientación, como la de tantos otros, fue completa. La expulsión repentina de las aulas no hizo más que aumentar mi desazón. Perdía la oportunidad de ver a Rita, en el fondo atisbaba ingenuamente la remota posibilidad de que reconsiderara su decisión y volviera conmigo.

Durante aquellos meses, a pesar de que me reunía con otros compañeros para estudiar, era lo que menos hacíamos. Terminábamos discutiendo de política y saliendo a tomar unos vinos. Los fines de semana íbamos de excursión al campo y pasábamos el día alrededor de nuestras guitarras, entonando canciones protesta de Paco Ibáñez, poemas de Blas de Otero, Alberti; *La poesía es un arma cargada de futuro*, de Gabriel Celaya, *Palabras para Julia*, de José Agustín Goytisolo, y adaptaciones de Brassens, el cantautor de la pipa y el bigote, uno de nuestros ídolos entonces.

Tuve la oportunidad de salir con alguna chica, ninguna conseguía curar la herida abierta por Rita. En las charlas con Alberto a quien le abría mi corazón sin reservas o en la lectura hallaba un bálsamo para mi mal. Durante horas y días, arrastraba mi melancolía por cualquier rincón de la casa, por las tabernas o bares, por calles silenciosas o concurridas, daba igual; si bien el ruido de estas últimas no amortiguaba mi dolor, al menos lo silenciaba. Ni siquiera la habitual primavera radiante y cálida invitando al optimismo, conseguía arrancarme de mi estado.

Aquel año mis previsiones fallaron, el curso se saldó con dos suspensos. En casa, acostumbrados a mis buenas notas, estaban sorprendidos, pero confiaban en mí, «no os preocupéis, aprobaré en septiembre».

Tras otro verano huérfano de Rita, el otoño de 1972 se había vestido de colores. Hojas cobrizas, púrpuras y anaranjadas desprendidas de los árboles alfombraban con elegancia regia el suelo, formando un hermoso manto que a mi paso crujían y se hundían suavemente. Otros árboles conservaban aún pobladas sus ramas, abocadas en breve al mismo destino. En una mañana cálida recorría el pequeño parque que conducía al río. No había nadie alrededor, solo yo y la belleza de aquel otoño marchito, un otoño de *Feuilles mortes*. Me detuve un rato. Abría mi pecho a los aromas, a los colores fragantes, al silencio. No tenía prisa. Me senté en un banco, cerré los ojos y la vi dirigirse a mí sin sonreír, y escuchaba su voz, «no puedo seguir contigo, lo siento, esto no tiene que ver con mi padre, él no tiene la culpa, sabes de sobra que no es por disculparlo, es lo último que haría, la iniciativa es mía, tengo una sensación rara en los últimos días que me angustia y no puedo continuar así, de veras lo siento», me dice. Y sin salir de mi estupor, sin saber qué decir, qué hacer para disuadirla, «no es posible, creía que me querías, y ella que sí, que me sigue queriendo, dice, pero que no puede continuar conmigo, que tienen que dejarlo por ahora, y le ruego que no lo haga y ella se mantiene firme y me dice adiós y la veo alejarse y quiero pronunciar su nombre, llamarla, y no me salen las palabras, he perdido la voz, la capacidad de hablar, hasta ese punto estoy consternado, afligido, y cuando ella desaparece de mi vista, me siento en un banco y permanezco allí un buen rato y no sé qué pensar, qué hacer, adónde ir, hasta que al final me levanto, empiezo a caminar cabizbajo hasta mi casa, llego, me tiro en la cama y me quedo dormido hasta el día siguiente». Y de repente, abrí los ojos y también estaba sentado en un banco como entonces. Aún aturrido, seguí hacia la universidad con paso lento. Atravesé el puente de san Telmo que me hacía sentir con mayor desgarró mi soledad, mi abandono, mi nostalgia. Apenas había gente, llegué a la facultad y me dirigí al tablón de anuncios donde estaban publicadas las notas de los exámenes de septiembre. Tardé en encontrar mi nombre, allí estaba, al fin. Las había superado con creces, ¡qué alivio! Volví a casa con paso ligero, enérgico, seguro.

Y comenzaron las clases de mi último año académico. Una mañana, mientras desayunaba en el bar de la facultad que frecuentaba a menudo, vislumbré a aquella chica con la que tropecé un día en la biblioteca en una fría mañana de enero. La había visto otra vez en el teatro, adonde había asistido con mis amigos sin nada mejor que hacer. Entonces no tuve ocasión de saludarla.

Aparecía nerviosa y sonriente con un café en las manos entre un grupo de amigos. No dejaba de hablar y moverse atrayendo la atención de todos y convirtiéndose en el centro del grupo. Ella pasó a mi lado, sin embargo, no pareció percatarse de mi presencia; poco después se colocó cercana a mí. Yo estaba turbado por lo inesperado del encuentro, ella se quedó mirándome:

—¡Hola!

—¡Hola! —le respondí.

Me había reconocido. Aunque tenía temor a perderla de vista de nuevo, mi timidez me impidió abordarla, así que dejé pasar esa oportunidad.

Tras otros tantos momentos viéndola en el bar y saludándome como si ya fuéramos viejos amigos, le pregunté al borde de la barra:

—¿Estudias en la Facultad de Filología? —Ella extrañada me contestó:

—No, ¿por qué?

—Te he visto en la biblioteca otras veces, y me ha picado la curiosidad.

—Estudio en la Facultad de Derecho y vengo aquí a desayunar con algunos compañeros —me respondió ella.

—Mi nombre es Luis, soy onubense.

—Yo, Camila, soy extremeña.

—¿Tomamos un café algún día? —le pregunté.

—Vale.

Nos despedimos con un «hasta pronto».

En lo sucesivo, la imagen de Camila no se apartaba de mi mente. Me quedé prendado de su sonrisa. Y volvía en ocasiones al bar con ánimo de encontrarla. Resultó más fácil que en la biblioteca. Así, entre un café y otro, dio comienzo aquella nueva y entrañable amistad.

—Te acompaño a la residencia —le dije una tarde.

—Genial —aceptó complacida.

Y se iniciaron también nuestros paseos. Al cabo de algunas semanas nos veíamos fuera de la facultad. Ella era una chica alegre, de trato fácil, de carácter sencillo y extrovertido, en cuya compañía me sentía confortado. Aquella amistad pronto se fue trocando en algo más, en un verdadero y afectuoso cariño. Lejos estaba de pensar que sería la mujer que amortiguaría mi dolor. Su simpatía había conquistado mi corazón desprotegido para el amor, a pesar de mis propósitos, un amor que distaría del arrebato y la pasión con la que había amado a Rita.

Nuestro noviazgo se desenvolvía sin sobresaltos. Ella había sabido curar por lo pronto mi herida. Los sentimientos anteriores de rabia habían desaparecido y daban paso a la ternura. Mis estudios habían tomado su ritmo habitual. Camila me proporcionaba la tranquilidad y el cariño que me infundían seguridad y energía. Nos apoyábamos y ella, aunque menos estudiosa, se esforzaba para que me sintiera bien, pues conocía la necesidad que tenía de terminar la carrera lo antes posible, debido a la economía familiar. Encauzado el río de mi vida, reparaba los estragos de aquella otra crecida; con una serenidad aparente, seguía mi senda.

## Sueñas como libertad lo que no es sino cárcel

Rita

Pablo comenzó a trabajar en cuanto terminó la carrera. Me sorprendió un día con una sortija de oro blanco, con un zafiro en rosa rojizo y un diamante de un quilate.

—¡Es preciosa!, gracias.

—Me alegro de que te guste.

Una joya, en mi opinión, era un adorno que llegaba a formar parte de tu cuerpo, un talismán que habla también de quien lo lleva. Siempre había sentido debilidad por la joyería, quizá por mi corta formación como historiadora de arte.

Y decidimos casarnos. Su objetivo último era instalarnos en Madrid, pero nos quedaríamos por lo pronto en la capital andaluza. Todos se mostraron satisfechos con nuestra decisión. El matrimonio no tenía para mí gran aliciente, pero en mis circunstancias era un estímulo. Aunque a ratos me veía enredada en un noviazgo con alguien que ni me seducía ni amaba, a punto de aceptar una boda que en mi fuero interno rechazaba, no sabía dar marcha atrás. No tenía mucha elección, aquello o el abismo. Me había propuesto no pensar demasiado en ello, no me lo podía permitir. La posibilidad de perder de vista a mi padre y, especialmente, a mi hermano mayor y hallarme libre del asedio y el acoso que había padecido, me parecía una fantasía.

Alquilamos un piso en la calle Fortaleza, en Triana, a orillas del Guadalquivir. Y comenzamos los preparativos. Anhelaba una casa para vivir, donde me encontrara a gusto. «¡Me encantaría ayudarte!», me decía la madre de Pablo con entusiasmo. No la necesitaba, ¡lo que me faltaba! Ocupada durante unos meses con un entretenimiento placentero puse en práctica mi creatividad y mis preferencias. Me divertía ir de tiendas, elegir los muebles, la ropa, los enseres de la casa. Para decorarla, opté por un estilo funcional y sencillo con maderas claras. Detestaba atiborrarla de cosas innecesarias, interesada solo en lo que tuviera utilidad. El apartamento, una planta baja, era espacioso y confortable; lo que más admiraba de él era la enorme cristalera que daba al patio interior que llenaría de plantas. Sería mi rincón favorito con una mesa para dibujar y colocar las revistas de moda y decoración. La claridad lo inundaba todo. Por la tarde era fresco, fundamental para el clima de Sevilla. Para finales de marzo ya estaba listo con el aspecto de un verdadero hogar.

La boda se celebró en 1974, un mediodía de abril luminoso y tibio con algunos rayos de luz que se colaban entre las ramas de los árboles. Fue una sencilla e íntima ceremonia en la capilla de la universidad. Yo había elegido un elegante vestido blanco que acompañaba con un ramo de rosas rojas. Entre los asistentes contemplaba a mi madre orgullosa y feliz, desconocedora de mis verdaderos sentimientos. Me alegraba por ella. Al final de la ceremonia, me besó emocionada con el rostro húmedo por las lágrimas.

—¡Soy muy feliz!

—¡Yo también!

Tras ella, vi aproximarse a mi padre.

—Confío en que ahora sientes la cabeza —me vomitó al oído.

Se me cogió un pellizco en el estómago, traté de disimular:

—Tú eres el único responsable. Desconfío de que encuentres tu sitio.

Ante aquella respuesta, me fulminó con la mirada. No había podido contenerme.

Hicimos un prosaico viaje de novios a Canarias como hacían tantos otros en aquella época. Conocí los frutos tropicales que aún no disfrutábamos en la península, mangos, aguacates y papayas. Ya entonces me di cuenta enseguida del grave error que había cometido. Lo único que me sostenía era la novedad.

¿Cómo transcurrieron mis dos primeros años de casada? ¿Era feliz? En absoluto. Al principio, había seguido en la universidad, pero como siempre hacía poco más que pasear los libros y no conseguí terminar la carrera. Me dedicaba a reunirme con mis amigas, ir de compras, o atender los compromisos de Pablo.

Tampoco la casa me atraía. Había dos cosas que aborrecía. Una de ellas era ir a los supermercados. Prefería adquirir en la tienda cercana lo que necesitaba. Pablo estaba siempre dispuesto a acompañarme; no hubiera soportado ir sin él. Cuando me observaba a mí misma o a la gente alrededor con el carro repleto de alimentos, me deprimía. Las colas, el sacar la compra y llenar de nuevo, llegar a casa, ponerte a colocar todo. ¡Qué aburrido! Recordaba la primera vez que vi los pollos de oferta; me causó un malestar horrible. «¡No puedo creerlo, parece una broma, la comida de oferta! ¡Qué asco!», pensé. Cuando no podía eludir las compras, para compensar el desagrado que me producían, me compraba flores, especialmente orquídeas; cambiaban mi estado de ánimo y alegraban la atmósfera de mi casa. Las fotografiaba antes de que se marchitaran.

Lo otro que odiaba era la cocina. Había sufrido al ver a mi madre pasar horas y horas elaborando platos sin ningún reconocimiento por parte de su marido o mis hermanos. Me prometí que no me ocurriría lo mismo. Detestaba el olor a comida, a pescado frito, en particular. Como Pablo no venía casi nunca a comer, yo también lo hacía fuera. Para la cena, si no le había dicho a la asistenta que cocinara algo, lo que olvidaba con frecuencia, nos preparábamos cada uno lo que nos apetecía. Otras veces, cuando él llegaba, ya había comido:

—¿Por qué no me has esperado? —me preguntaba.

—Tenía hambre —le contestaba.

Él era diferente, lleno de rutinas y normas.

No tuve tiempo de aclimatarme por completo. Cuando Pablo, cumpliendo su objetivo, me propuso trasladarnos a Madrid donde había conseguido trabajo, no opuse resistencia. Me parecía estupendo vivir en una ciudad que ofrecía desde las salidas en las noches de la movida madrileña a bares, al cine o al teatro, a la oportunidad de conocer sitios y gente. Los cambios me gustaban y la acción era imprescindible para no detenerme a pensar. Si eso ocurría me veía de pronto con un vacío inmenso, con un tiempo que no sabía cómo cubrir, a qué dedicarlo, sinónimo de muerte.

Mientras permanecí en Sevilla, me mantenía eufórica, pero alejada de aquel paraíso sentía cierto desarraigo. Sin amigos, rodeada de seres extraños y lugares despojados del calor de mi ciudad lejana y rosa, me dedicaba a pasear las calles céntricas y las zonas comerciales. Carecía de deberes serios, hijos, trabajo. Lo único que me ilusionaba era ir de tiendas a menudo. Me permitía gastar sin pensar y me gustaba exhibir vestidos nuevos, alguna joya que me hacía sentir más fuerte o algún objeto de prestigio.

A veces para matar el aburrimiento, me dedicaba durante jornadas enteras a visitar los museos y galerías de arte, una de las aficiones que me habían quedado de mi paso por la universidad. ¿Por qué me fascinaban los museos? Entablaba algo parecido a una conversación silenciosa con los pintores; en el Prado, la *Venus y Adonis* de Tiziano, *El jardín del amor* o *Las tres gracias* de Rubens, cargadas de sensualismo, me contaban historias interminables de amor y me invitaban a gozar de los sentidos; Velázquez, preocupado por la matización de la luz, relataba en *La fragua*

de *Vulcano* una historia de traición; en *La boda*, Goya hablaba de un matrimonio de conveniencia y me hacía reflexionar sobre la mía, también interesada, y en *La lechera* de Burdeos, llena de luz y color, exhibía los primeros rasgos del impresionismo. Contemplaba extasiada aquellos rostros que ansiaban balbucear algo a nuestros oídos, rostros con almas iluminadas. «Uno no pinta almas, pinta cuerpos; y cuando los cuerpos están bien pintados, el alma —si es que tienen una— resplandece inundándolo todo», recordaba yo de Cezanne. Otros eran relatos de infortunios, y en especial me entusiasmaban los paisajes infinitos. Y valoraba a aquellos artistas que lograban con el pincel tantos matices, dominadores del color y la luz sobre las sombras. Al final de estas visitas, como un ritual, terminaba en la tienda del museo adquiriendo algún recuerdo o tomando algo en sus cafeterías, regalándome los últimos momentos de placer.

¿Y lo peor de todo? Mi vida conyugal, sin duda. Si Pablo no trabajaba fuera, permanecía durante horas encerrado en su despacho. Nunca se abandonaba a la inacción, al descanso o al placer de no hacer nada útil. Era cierto que con ello gozábamos de gran desahogo, sin privaciones, pero eso no era suficiente para mí. Si me detenía a pensar, me horrorizaba comprobar mi absoluta dependencia económica de él, como tantas otras mujeres, como mi madre. ¡De nuevo me miraba en el espejo materno! Cuando desasosegada, se lo planteaba, él intentaba calmarme y me animaba:

—No tienes necesidad de trabajar, ya lo hago por los dos.

—No se trata de eso, sino de mí.

Pero no se enteraba. Su respuesta me irritaba aún más. Solo disfrutaba de verdad cuando él se ausentaba, entonces todo recobraba de repente un gran atractivo. Libre sin su presencia, sin testigos, gastaba las horas a mi antojo.

Sin sueños, sin amigos, la euforia primera duró poco, el hastío se apoderaba de mí. Con el tiempo, mi matrimonio me pesaba cada vez más. Había dado un paso de cuyo alcance tomé conciencia cuando ya era demasiado tarde. Y lo más desesperante, no conseguía quedarme embarazada. Una esperanza frustrada un mes tras otro.

A veces, me sentaba a descansar después de comer y cerraba a ratos los ojos; veo a Luis en la puerta de la facultad, me espera al final de la mañana. Sonreímos al vernos. Aceleramos el paso y vamos al encuentro uno del otro. Nos besamos, me coge por la cintura y me atrae hacia él. ¡Qué a gusto me encuentro a tu lado, qué bien lo pasamos juntos! Sin embargo, algo ha ocurrido que enturbia lo nuestro, estoy rara, no sé explicar lo que siento, está al margen de la sombra de mi padre. Y no puedo continuar con él. Y no sé cómo decírselo. Hasta que pronuncio lo que tanto me cuesta, «no puedo continuar contigo». Y entonces, abría los ojos y estaba en mi piso y miraba sobrecogida alrededor y me preguntaba, ¿Es esto con lo que soñaba?

Mi vida carecía de atractivo, no sentía su palpito, me veía ajena a ella. De repente, la realidad se me imponía con toda su crudeza. ¡Cuánto me pesaba aquella monotonía! Me había rendido ante la evidencia de que Pablo no poseía ningún atractivo; demasiado meticuloso y programado las veinticuatro horas del día; la misma hora para levantarse (incluso los fines de semana), para la ducha, la lectura del periódico, las comidas y para irse a la cama. Rara vez variaba su rutina. Se ponía nervioso si por cualquier motivo no cumplía con el estricto orden y se desconcertaba ante cualquier imprevisto. No tenía capacidad para la improvisación. ¡Cómo no me lo has dicho antes, qué voy a hacer ahora!, era su reacción en cuanto surgía algo que no controlaba. Entraba en un estado de pánico. Se encogía y se estiraba como un bandoneón. Yo le daba simplemente la espalda, o le decía: «Pues muy fácil, haciéndolo». ¡Menudo castigo! ¿Cómo había podido



someterme a esto, yo que era indomable? Todo había sido una huida hacia adelante. Nunca le había amado, me refugié en él para poder salir del asfixiante ambiente que me rodeaba y poco a poco desaparecía la escasa ilusión que me había llevado al matrimonio, alejándome de Luis, mi único amor, ¡Cómo había cometido semejante desatino!

¿Lo abandonaría? Me lo planteaba en ocasiones, pero ¿qué futuro me aguardaba si decidía romper con él, adónde iría? No tenía absolutamente nada. Mi bienestar económico se lo debía a él. No finalicé mis estudios; retomarlos lo veía poco probable, carecía de voluntad y motivación y me dejaba arrastrar por una vida confortable. La mera idea de volver a la casa paterna me aterrorizaba. Y no era capaz de avanzar en ningún sentido. Necesitaba con urgencia hacer algo, no podía seguir así. Me atormentaba sin remedio. Aunque Pablo nunca me hacía un reproche y me hacía creer que era libre, no me sentía así. ¡Qué ingenua había sido! No sospechaba yo que solo había cambiado de dueño, de la tiranía paterna a las cadenas del confort. Había confundido la libertad con una celda cuyas paredes se estrechaban y me aprisionaban, porque en eso se convertiría mi vida con los años, en una cárcel de la que no sabía cómo escapar, cómo liberarme de ella.

## Inflamada, como una «farfalla» de luz

Camila

Mi último año académico fue decisivo, cambiaría el curso de mis días para siempre. Mi rutina se vio interrumpida en una mañana fría y limpia a principios de enero del año anterior. No había pensado más en Luis desde que lo vi en el teatro Álvarez Quintero. De aspecto desaliñado y bohemio, sus grandes ojos negros y su largo pelo castaño le conferían un aire entre misterioso y lejano. Mi tercer encuentro absolutamente fortuito con él fue en el bar de la facultad. De no haber notado sus ojos detenidos en mí, probablemente no me habría percatado de su presencia. Se me aceleró el corazón como la vez anterior. Intercambiamos las primeras impresiones, sin más.

En lo sucesivo, me sorprendía pensando en aquel momento con demasiada frecuencia y algo tiraba de mí hacia él de forma ineludible. Volvimos a coincidir en el mismo sitio, saludos, sonrisas, planes:

—¿Quedamos para estudiar juntos en la biblioteca? —me preguntó.

—De acuerdo, nos vemos allí a las cinco.

Se había colado en mi vida. La cálida primavera puso su parte.

Nuestro amor brotó de forma natural, como brota el agua de un manantial. Al principio, fue la sorpresa, luego las miradas y finalmente la caída en la dulce trampa que se había ido tejiendo de forma invisible entre nosotros. Y a partir de ahí, aquel germen fue creciendo y afianzándose como el árbol a la tierra. Solo tenía pensamientos para él, me desvivía por estar a su lado. Luis se volvió imprescindible, se convirtió en mi razón de ser, lo demás ya no contaba, éramos ya dos en uno. Y nos comprometimos. ¿Qué fue lo que me conquistó? Solícito, caballeroso, con una personalidad agradable, mejoraba con el trato. Era una persona cariñosa, parco en palabras y de carácter algo grave. Caí presa en sus ojos soñadores; su mirada directa, limpia y serena albergaba la profundidad apacible de un lago. Mis padres me habían inculcado que un hombre tenía que ser sobre todo amable y él lo era.

Y comenzó mi primera relación estable. Experimentaba una sensación nueva, me notaba más ligera, etérea, la gravedad desaparecía bajo mis pies, pisaba levemente el suelo, el cielo era mi territorio. Hinchida de luz mi frente, me parecía volar y ondeaba como si una llama alumbrara mi pecho, incendiada por una hoguera íntima; me sentía como una «farfalla» con alas desplegadas. Anhelaba llegar a la universidad para estar a su lado. Saboreábamos los minutos, gozábamos las horas, consumíamos los días juntos. Sufríamos al separarnos.

Si cerraba los ojos veía cualquiera de aquellas excursiones con las que soñaba durante la semana. Se acerca el verano, el calor en Sevilla se hace insoportable, y nos vamos a la playa más cercana. El mar está en calma, el calor sofocante se adhiere pegajoso a tu piel. «Voy a bañarme». Luego veo que Luis va llegando hacia mí, se sumerge en el agua y salimos renovados. Caminamos a lo largo de la playa casi virgen, acompañados por el movimiento continuo y armónico de olas humeantes de espumas que rompen suavemente en la orilla y acarician nuestros pies ávidos y sedientos. ¡Qué delicia de baños luminosos y frescos, qué riqueza voy acumulando! En ocasiones, se generaba una confluencia entre la temperatura del agua y el exterior haciendo que el baño rutinario adquiriera dimensiones extraordinarias, casi cósmicas. En aquellas horas dejar la playa era casi heroico. Nada, que no fuera la caída del manto de la noche, te hacía alejarte de un lugar al que añorabas volver. Yo padecería desde mi primer encuentro con el mar

la dolencia imperiosa por su visión y el deseo irrefrenable de hundirme en sus aguas. El rumor acompasado de las olas penetraba en los rincones más recónditos de la mente, como gusanos auditivos para no abandonarla jamás.

En el futuro, soñaba con nuestras placenteras vacaciones en la playa. Repetía como un rito aquel paseo matutino por la orilla, la caricia de la brisa, la visión celeste y el perfume salado. Cerca de la orilla, cogía lirios blancos silvestres entre las doradas dunas que perfumaban mi casa. Al bajar las escaleras cada mañana, su aroma cálido me daba los buenos días con una caricia.

¿Había algo que ensombrecía aquella dicha? Quizás el recuerdo del anterior amor de Luis del que me había hecho partícipe a la caída de una tarde larga y fría, cuando comenzamos a salir, sin ser demasiado explícito, sin abundar en los detalles, «me dejó bastante tocado aquella relación». Cuando nos cruzábamos alguna vez con Rita por los pasillos, ellos se saludaban. Yo procuraba no inmiscuirme demasiado en aquella historia, ni necesitaba pormenores ni que él ahondara en su llaga. Lo quise tanto desde el comienzo que estaba segura de arrancarle aquella zozobra de su alma, hacerle olvidar aquella desdicha.

Por lo demás, aquel último curso, Luis terminó con éxito la carrera que tanto representaba para él. En octubre de ese mismo año ya impartía clases en un centro de su provincia. ¡Qué novedoso todo!, ¡cuántas relaciones interesantes y enriquecedoras con compañeros inquietos, estimulantes!, pensaba. Por fin gozaba de independencia económica y liberaba a su familia de gastos. A mí me faltaban algunas asignaturas para licenciarme, y permanecí en Sevilla un año más. Todos los fines de semana, él acudía a verme. Lo recibía impaciente y jubilosa, como el campo recibe las primeras lluvias del otoño.

Formalizado ya nuestro noviazgo, yo insistía para que conociera a mis padres, pero él se resistía, la anterior experiencia con Rita le pesaba demasiado. Lo tranquilizaba, «congeniaréis, lo presiento». Tras muchas dilaciones, quedamos el día que acudían a Sevilla para visitarme a finales de octubre en una cafetería del centro. Todo se desenvolvió con mucha naturalidad, aunque Luis estaba algo nervioso por sentirse observado. Hablamos en especial de lo que pensábamos hacer una vez acabados los estudios:

—Me presentaré en cuanto convoquen las oposiciones para la enseñanza —declaró Luis.

No soñaba con otra profesión que no fuera la docencia, al menos eso creía por entonces.

—Yo pondré un bufete y me dedicaré a la defensa de los derechos de las mujeres.

Con los ahorros de los primeros meses, me regaló unos pendientes de oro con un zafiro azul y una bonita sortija de prometida, haciendo juego. La perdí más tarde, como antesala de otra pérdida mucho mayor. La guardé en un monedero que extravié en un crudo día de invierno a la salida de casa.

No deseábamos estar separados, así que decidimos casarnos en unos meses. Mis padres, no demasiado entusiasmados con la idea, dieron su consentimiento con mi compromiso de acabar las asignaturas que me quedaban para mi licenciatura. También mi aspiración, no era un impedimento para nosotros. Celebramos una boda sencilla con amigos y familiares en la iglesia de Santa Eulalia y en el parador de Mérida en la primavera de 1974. A él le fascinaba la ciudad y soñaba con vivir allí en el futuro:

—La visión del acueducto o el puente romano, tomar un café frente al templo de Diana, asistir a una representación en el teatro romano, pasear por sus calles me parece un auténtico privilegio —decía.

¿Cómo fue nuestro primer año de casados? Muy feliz junto al hombre que amaba. Estudiaba durante las mañanas, mientras Luis trabajaba, y después pasábamos juntos las tardes, hacíamos el

amor, proyectábamos todo tipo de cosas. Y conseguí mi licenciatura sin grandes esfuerzos. En casa estaban muy orgullosos, era la primera en mi familia con estudios superiores.

Nuestra juventud no nos llevó a plantearnos si queríamos tener hijos o no, más bien parecía la consecuencia natural del matrimonio. En mi época nuestro camino estaba marcado, la presión social era muy fuerte y nuestra esencia era ser madres. «Y el niño, ¿para cuándo?». Estas preguntas no dejaban de sorprenderme, porque por lo pronto no lo necesitábamos para nada. Pero me quedé embarazada antes de lo esperado y en el otoño de 1975 nació nuestro primer hijo, sin duda, el día más feliz de mi vida. Luis vino a recogerme al hospital y me trajo un ramo de delicados jacintos.

Estábamos encantados. Me ocupaba por entero del bebé y gozaba con intensidad de aquellas horas de delicias. Todos los quehaceres eran placenteros, darle el pecho, el baño, vigilar su sueño. Mi dedicación era absoluta. Como estaba en casa, no me importó dedicar más tiempo a las tareas domésticas, así Luis se entregaba a sus clases que le apasionaban, liberado de todas aquellas otras ocupaciones. Cuando él llegaba, había hecho ya la comida y tenía puesta la mesa.

Pero a medida que los meses se sucedían, me cansaba de estar recluida, aislada, únicamente centrada en la familia, y lo peor, depender económicamente de otra persona. Mi realidad no se correspondía con mis deseos. Por la noche, dormido ya el niño, rendida, me trasladaba a mi casa paterna y me veía en la camilla estudiando junto a mis hermanas, en aquellas vacaciones de Navidad en las que no salimos a la calle ni un solo día. Había llovido a diario. Mi madre está planchando en la misma sala junto a la ventana. Está contenta y se siente acompañada, porque ella apenas tiene amigas, sin distracción, solo nos tiene a nosotras, y está satisfecha y tranquila porque estamos todas juntas, ningún peligro nos acecha. Escucho su voz repetitiva, «tenéis que estudiar, porque en el futuro debéis ser independientes, lo más bonito que hay es la libertad de no depender de nadie». Me miraba entonces. ¡Qué lejos me hallaba del sueño materno! Así que me cuestionaba mi futuro profesional. En una de aquellas noches, tomé una determinación, «a partir de mañana, buscaré trabajo, no renunciaré a mi profesión, no me resigno a colgar el título».

Después de realizar numerosas indagaciones, empecé a trabajar a media jornada en un bufete de abogados. El sueldo era irrisorio, menor que el de mis compañeros realizando la misma tarea, pero era lo único que había encontrado. Tenía prisa, así que estaba contenta. Todavía carecía de contactos que eran sustanciales en el mundo del derecho que seguía siendo muy tradicional. Hacerme con una clientela sería lento. «Con la experiencia que adquiera aquí, abriré mi propio despacho», me consolaba. Era perseverante y no dejaría caer a la menor contrariedad mi ilusión primera, como lo hacían las hojas de aquel otoño que había hecho su aparición.

## Primeros síntomas de la dolencia

Luis

El año del nacimiento de nuestro primer hijo en 1975 fue uno de los más represivos del régimen franquista desde 1979. Se ejecutaron a cinco jóvenes el sábado 27 de septiembre y se garantizaba así el cierre de filas del sistema. Le siguió la muerte del dictador el 20 de noviembre. En aquella mañana fría, yo me disponía a tomar un autobús para ir a trabajar y conocí aliviado la noticia como muchos otros. La capilla ardiente, instalada en el Salón de Columnas del palacio de Oriente, recibió la visita de cientos de miles de españoles en los días previos al funeral; entre ellos desfiló mi primo Manuel que, sin tener nada más importante que hacer, viajó expresamente a Madrid, claro que no para rendirle homenaje a aquel hombre, sino por curiosidad, para «realizar la comprobación», decía él.

En julio del año siguiente aprobé las oposiciones tras poca diversión y mucho estudio. Conseguí una plaza fija de latín en mi ciudad. ¿Cómo eran aquellos días? Mi vida se reducía al instituto y a mi hogar. Yo disponía de tiempo para leer y dar grandes paseos. En esto era heredero de los seguidores de Aristóteles, los peripatéticos. Con las primeras luces del alba, en el recorrido a pie hacia el instituto, imaginaba que iba caminando una y otra vez con mis hermanos y mi padre hacia nuestra finca, un pequeño paraíso, a pocos kilómetros de Galeona; atravesamos un bosque de inmensos pinares, salpicados de elegantes mimosas florecidas que colorean el paisaje. El aire tiene perfume silvestre a romero, jara y almoradux; solo se escucha el rumor inquieto de los pájaros. Vamos cantando, brincando y jugando casi todo el trayecto. Mi padre está en lo suyo, nos deja hacer y guarda silencio. Voy recogiendo piñones que le doy para que me los parta. Y entre risas y alboroto llegamos a nuestra finca. ¡Qué duro fue para él cuando tuvo que venderla!, recordaba. Se estaba haciendo mayor y no podía atenderla; no volvió a pasar por allí, le dolía contemplar la que había sido su casa durante tantos años. Y, absorto en aquellas rememoraciones, llegaba a mi destino y me sumergía de lleno en las clases.

Comprobaba con desagrado que algunos de mis alumnos no mostraban empeño en aprender, el centro carecía del ambiente que reinaba en mis años de bachiller. Aquel escaso interés me desmotivaba y hacía que algunas jornadas se me hicieran lentas, tediosas, insufribles, con la necesidad urgente de salir de entre aquellas paredes. Temía lo que ya Petronio diagnosticaba en el siglo I d. C: «La juventud en las escuelas se vuelve tonta de remate por no ver ni oír en las aulas nada de lo que es realmente la vida». Como yo era partidario de superar el aula como único lugar de aprendizaje, a veces me las arreglaba para llevar a los alumnos a exposiciones, museos o a alguna galería, aunque nuestra ciudad no ofrecía mucho. Simpatizaba con el concepto de ciudad educadora, con la conveniencia de utilizar los actos culturales celebrados en ella para que los alumnos intervinieran, se adaptaran a nuevas situaciones y desarrollaran habilidades sociales. Intuía que la mayoría no lo haría en el futuro y lo consideraba imprescindible para su desarrollo, además de la enseñanza del latín, de las matemáticas o la geografía. Las tardes las empleaba en preparar las clases.

Entretanto, como Camila renegaba del trabajo encontrado en el bufete, la convencí para que preparara oposiciones a Formación profesional. Ella no lo veía del todo claro, pero yo insistía:

—La seguridad compensa y el sueldo que ganas ahora es insignificante, y lo más importante, no estás contenta. El niño puede ir a la guardería que está cerca.

—Vale, lo intentaré —me decía no muy convencida.

Así que, tras mucho sacrificio durante meses, consiguió aprobar. Fue así como de pronto nos encontramos instalados en una estabilidad deseada y atractiva.

A pesar del quehacer que teníamos con el niño, yo había retomado mis actividades políticas influido por mi amigo Alberto al que veía de vez en cuando. Siempre me insistía: «Acércate por el partido, necesitamos a gente como tú». Así que frecuentaba la sede con regularidad asistiendo a las reuniones de manera cada vez más activa. Nuestra familia había disfrutado de una situación bastante cómoda, y consideraba que había llegado la hora de sacrificar nuestro bienestar y dar algo a los demás. Me atraía la idea de hacer cosas nuevas, introducir cambios en mi vida personal, seguir la actualidad, en fin, algo más que mis clases y la familia. Eran los primeros síntomas de la dolencia que padecería. Me costaba perder el paso, no seguir el ritmo que llevaban otros, sin responsabilidades familiares era cierto, pero eso no quería verlo; el partido me brindaba una magnífica plataforma para canalizar mis inquietudes. Trabajaba en el área cultural y educativa que era lo que mejor conocía. Y acabé cada vez más integrado y comprometido con el equipo para las siguientes elecciones municipales. Era estimulante pensar en nuevos proyectos, con la ilusión de llevarlos a cabo si ganábamos las próximas elecciones. Vivíamos un momento histórico único y quería contribuir a profundizar en el régimen democrático que la sociedad española había conquistado tras la muerte del dictador. Eran muchos los cambios a los que asistíamos ilusionados.

¿Lo peor? Planteárselo a Camila, «seguro que no lo aprobará», pensaba. Yo regresaba temprano a casa una tarde desapacible de finales de noviembre de 1978 con el cielo plagado de nubes densas y sombrías y un viento cortante que presagiaba lluvia. En aquellos días, Camila se resentía de su jaqueca. Mientras recogíamos la cocina y ella se preparaba su cotidiana tisana, le dije:

—Alberto me ha pedido que me presente por la candidatura de su partido a las próximas elecciones.

—¿Las próximas elecciones...? Y tú, ¿qué le has respondido?

—Bueno, le he dicho que lo pensaría.

—No creo que sea lo más acertado. Con el niño tan pequeño estamos desbordados. Si te implicas más, ya te conoces, procurarás hacerlo lo mejor posible, te exigirá mucha dedicación, y necesito tu ayuda.

—Isabel puede venir al menos tres días a la semana o incluso más.

—De todos modos, no me parece buena idea.

—Bueno, podemos probar —le sugerí.

A partir de entonces, compatibilizaba la docencia con mi inquietud política y, como Camila intuyó, me fui alejando de la familia, de la casa, del niño.

A medida que pasaban las semanas, la actividad iba en aumento, un no parar de acá para allá. Había que confeccionar las listas y elaborar el programa municipal. Nos pasábamos las horas con puestas en común y debates hasta tarde. Conseguimos ultimarlos tras un invierno de intensas jornadas. Todo aquello me ayudaba a acallar voces interiores que no quería oír.

## Una bocanada de aire fresco

Rita

Habíamos celebrado el cuarto aniversario de nuestra boda. Para aquella ocasión, Pablo me había regalado una bonita pulsera. Habíamos vuelto de uno de nuestros viajes a la capital andaluza. Mientras deshacíamos las maletas, le conté la conversación que había mantenido con la mujer de un compañero suyo antes de nuestro viaje:

—He hablado con Sofía. Hemos pensado en abrir juntas una tienda de ropa. No es la primera vez que ha compartido conmigo esta idea.

—¡Me parece estupendo! Es lo que siempre has querido, ¿no?, estar en contacto con ese mundo. Puedes contar conmigo —Reaccionó complacido.

Sí, conocía mi predilección y, al margen de agradarme, aspiraba a que me encontrara a gusto en una ciudad que significaba mucho para él. Tenía amigos de su paso por la Complutense y en el trabajo todo le iba bien. Por otra parte, podría dedicarse a lo único que le interesaba, ganar dinero sin necesidad de preocuparse por mí. Y hallé la salida momentánea que buscaba, una puerta se abrió en mi auxilio.

Nunca imaginé que de la noche a la mañana me convertiría en una pequeña empresaria. Así que, sin dilación, Sofía y yo nos pusimos manos a la obra, alquilamos un local en la calle Fuencarral y llamamos a la tienda «*La nouvelle vague*». Había visto ese nombre no recordaba dónde. Trabajamos intensamente durante algunas semanas. Esta iniciativa era ideal por dos razones. La primera porque la moda era una forma de arte viva con la que me identificaba y me relacionaba con facilidad; adoraba arreglarme, expresar lo que sentía. De forma consciente o no, usaba la ropa para definirme, como tantas otras. Me cambiaba el estado de ánimo cuando me maquillaba con un rojo en las mejillas y una máscara en las pestañas. Y cuando me encontraba abatida, me iba de compras, me subía la autoestima. Coincidió con lo que diría Karl Lagerfeld: «La moda no es moral ni amoral. Solo te sube la moral». Desde jovencitas, muchas de nosotras disfrutábamos vistiéndonos con ropas de nuestras abuelas que yo hallaba en casa de mi tía. Algunos familiares se horrorizaban al verme con aquel *allure* por los recuerdos que le traían de aquella época dramática de la posguerra de crisis y escasez.

La segunda razón era que me ayudaba a escapar del control de los demás. Desde muy pronto, fue el acicate para burlar a mi padre al que era incapaz de enfrentarme de otro modo. Quería experimentar y por qué no, provocar; formaba parte de mi carácter. Me gustaba desafiar con un sombrero, las gafas de sol o con los labios pintados de rojo; acostumbrada a llevar el *rouge couture* en mi bolso, otro signo de libertad y rebelión. Compartía la opinión de Gabrielle Chanel al pensar que teníamos tanta sangre dentro que era justo mostrar un poco por fuera. Me fascinaba aquella intuitiva y poderosa mujer, la diseñadora anticipada a su tiempo que nos liberó del corsé y nos ayudó a emanciparnos. Provocó un cambio radical de estilo y de apariencia en la mujer, nos invitó a broncearnos y a vestir de negro.

Con los preparativos para la tienda, me sentía como una auténtica emprendedora. Elegí la pintura de las paredes, las estanterías, las luces; entraba y salía exultante. Mis estudios de arte no estaban tan alejados de este mundo, así que me divertía, vertiendo mi creatividad sin cortapisas. «La elegancia y la belleza deben impregnarlo todo», pensaba. Me preocupé personalmente de la decoración y cuidé cada detalle con esmero, con predominio de tonos amarillos, malvas y grises

aterciopelados. No quería nada que no tuviera una utilidad, nada que no fuera un perfume o unas flores, cuyos colores mejoraban mi estado de ánimo, aumentaban mi optimismo y convertían cualquier rincón en algo hermoso. Me prodigaba en aromas con sensaciones adoradas de libertad y sensualidad que me trasladaban a lugares remotos, como el de las rosas o el dulce de los jazmines con recuerdos de la infancia; mi madre los cogía del jazminero que teníamos en el patio, los colocaba sobre platos de cerámica y los distribuía por el interior de la casa. Así trasladaba yo aquellas sensaciones a aquel espacio único que se convertía en una proyección del hogar y despertaba en las clientas evocaciones positivas.

Me obsesionaba que nuestra imagen y apariencia física fueran impecables. Y así comenzamos un negocio moderno, con ropa del momento, muy informal. Además, vendíamos complementos, fulares, bolsos, sombreros; respondíamos al gusto de la revuelta de los años sesenta y setenta. Yo, de vez en cuando, me arriesgaba con algún borsalino o fedora. «El sombrero es la culminación de la imagen, no hay otra manera mejor para expresar tu personalidad junto a la indumentaria», le decía a Sofía.

¿Qué pensaba Pablo de aquellas preferencias mías? Desde que me había casado, su mundo de relaciones las alentaba. Teníamos una vida social activa que me incitaba a estar pendiente de la ropa. Acudía con frecuencia a comidas con amigos o con sus socios y esposas. Otras veces venían a cenar a casa. A él le entusiasmaba que destacara entre todas, era como si a través de mi persona manifestara su estatus a los otros. Mi elegancia o mi glamur eran los signos exteriores de su fortuna. Yo lo representaba.

Cada mañana me levantaba animada con mi nueva ocupación. Pablo salía antes. Yo tomaba una ducha, desayunaba, me arreglaba sin prisas, con desvelo. Muchos días iba caminando hasta la tienda. Si estaba lloviendo, me encantaba pasear bajo la lluvia. Cuando llegaba, Sofía, madrugadora y puntual, ya estaba allí.

Después entraban las primeras clientas. Mi experiencia en lo referente al aspecto exterior (la indumentaria, los accesorios, la expresión de su rostro, el corte y el color de pelo) me servía para hacerme una idea de la persona que tenía delante; en función de eso les aconsejaba una prenda u otra, tratando de descubrir algún detalle personal para ayudarlas a elegir y en definitiva a comprar. «A usted. le sienta muy bien el color verde por su color de piel o el rojo por la expresión de su cara y sus ojos oscuros», «el amarillo le va como anillo al dedo, le resalta aún más su sonrisa», «a usted. este corte la hace más delgada». Nuestros cuerpos hablan demasiado de nosotros, y yo estaba dotada de una gran habilidad para leerlos; poseía intuición para adivinar la inclinación, el carácter de mis clientas, cuando ellas abiertamente no me lo decían.

Desde el principio, sabíamos si comprarían o solo querían mirar.

—Buenos días, ¿puedo ayudarla?

—Desearía algo arreglado, pero informal.

Le mostraba lo que acabábamos de recibir. Pasaba al probador, salía con el vestido:

—Le queda perfecto.

—¿Tú crees? —me interrogaba.

Acudía a la fórmula que teníamos bien aprendida. Si la cliente era joven:

—Yo lo tengo igual en rojo, es cómodo, ponible y perfecto de precio.

Si era mayor, en ese caso:

—Mi madre tiene uno igual y está encantada con él.

Sonreía entusiasmada. No era necesario insistir más.

—Me lo quedo.



Pagaba y se marchaba. Y así durante toda la jornada, desarrollando mi don de gente, mi extroversión. Quizás el haberme encontrado inactiva durante algunos años, influía en mi entusiasmo sobre todo al principio. La tienda fue para mí una bocanada de aire fresco.

Al cabo de algunos meses, todo marchaba sobre ruedas, teníamos bastante aceptación. Me gustaba el contacto con la clientela. Empezábamos dándoles algún consejo sobre el vestido que habían elegido y terminábamos hablando de la familia y de sus aficiones favoritas. Pasados algunos minutos de conversación, cada una dejaba entrever lo que realmente le inquietaba: el marido que trabaja demasiado, el cuidado solitario de los hijos y la casa, lo difícil del servicio en una ciudad como Madrid, el tiempo para los desplazamientos y para cualquier gestión. No faltaban algunas cosas positivas: las ventajas de las compras, las oportunidades para el estudio de los hijos, los sitios que puedes visitar, los museos, el anonimato de la ciudad.

Me hacía a la idea de que ahora era una persona independiente, pero me equivocaba, solo era una falsa ilusión, porque en el fondo dependía completamente de mi marido. Lo importante estaba en sus manos. Había puesto el dinero, llevaba las cuentas, opinaba sobre su rentabilidad, sobre la manera de gestionarlo, en fin, lo controlaba todo. Yo se lo permitía porque los asuntos económicos no tenían ningún interés para mí, ni me ocupaban ni me preocupaban; y me dejaba engañar pensando que todo era por iniciativa mía y que yo manejaba las riendas de aquel negocio.

¿Qué era lo mejor? Pues que todo aquello me ayudaba a no pensar en otras cosas que me impedían disfrutar plenamente. No conseguía quedarme embarazada, aunque lo deseaba desesperadamente. Parecía que una maldición pesaba sobre mí. Habíamos visitado a varios especialistas que coincidían en el diagnóstico:

—No hay ninguna causa objetiva, ningún problema orgánico que les impida tener un hijo, simplemente se hace esperar.

## El vuelo cambia de rumbo

Camila

¿Cómo llegué hasta aquí? Había dado un golpe de timón a mi vida profesional. Después de algunos meses trabajando en el despacho, lo abandoné y resignada desistí del propósito de ejercer la abogacía. Y dejé caer mi primer sueño. Aquello no era lo que quería ni lo que imaginaba; estaba insatisfecha con mi exigua remuneración y discriminada. Se me antojaba insufrible que mis superiores me asignaran los asuntos de menor alcance, con los clientes menos importantes. Sí, gozaba de cierta independencia económica, pero al final estaba obligada a pedir incómoda a Luis el dinero necesario para algunos gastos, «me parece estar pidiendo una limosna, necesito ganar más, no podré aguantar esto por mucho tiempo», pensaba. En mi cabeza resuena cada vez con más fuerza el eco de las palabras que mi madre nos repetía:

—Tu padre es un buen hombre, pero me siento humillada cuando tengo que pedirle dinero, si lo necesito para cualquier cosa. Es raro que él me lo ofrezca.

—¿Ya has gastado el que te di? —me pregunta.

—Él lo dice de una forma natural, sin malicia, pero a mí me molesta. Me conoce, sabe que soy austera, que no hago gastos innecesarios. No quiero que os ocurra lo mismo. Por eso, vosotras tenéis que ser independientes. No lo olvidéis.

«Luis también era un buen hombre», pensaba yo

Llegaron las vacaciones. Aunque hacíamos casi siempre lo mismo, no nos cansábamos. Y entre una actividad y otra, ya sean los baños en el mar con nuestro hijo, los paseos o las comidas en algún chiringuito, el verano se había esfumado. Así ocurre a menudo con lo que se disfruta, el tiempo se colaba por las rendijas de las paredes. Y hemos dejado la playa con gran pesar. Los cambios de temperatura y la algarabía de colores nos anunciaban que el otoño había hecho su aparición.

Y desde octubre puse alas a otro sueño, a preparar unas oposiciones sin mucho convencimiento, nunca había pensado dedicarme a la enseñanza. Luis me insistía. Y yo, en voz baja tratando de convencerme, «saber que vas a cobrar cada mes, que no tienes que volver a pedir, sí, que es verdad que tienes que robar horas al descanso, al niño, al ocio con lo agradable que es, a hacer lo que te da la gana. Eso es lo que tiene cuando quieres conseguir algo, que nadie regala nada, que ya lo dice mi padre, que nadie da duros por pesetas, así que se acabó el sosiego, adiós a la tranquilidad, a estudiar sin tregua a partir del nuevo curso, a dejar las clases de solfeo empezadas, a inscribir al niño en la guardería durante las mañanas; en realidad tiene ya dos añitos, confío que no extrañe demasiado, lo haré de forma gradual, es mejor, me da penita desprenderme de él tan pequeño, es la única solución», me repetía. Seguí su consejo. Había que exprimir cada minuto, sacar algunas horas libres, esperar que Luis se ocupara algún rato del niño que no era frecuente, casi todo el cuidado recaía sobre mí, «tengo que preparar mis clases, he quedado para correr, hoy no puedo», pretextaba. Se ofrecía para cocinar de vez en cuando, para alguna ocasión especial, cuando nos visitaban algunos amigos. Su madre lo hacía muy bien y él había aprendido algunos trucos con ella, «el arroz mal cocido y bien reposado», «el culantro añade un sabor especial», «el uso de especias es fundamental». Yo no apreciaba mucho la comida, me conformaba con cualquier cosa. Además, si me disgustaba, dejaba de comer lo que a Luis le inquietaba.

Pasados los meses, llegó junio, entonces los dejé a los dos y me marché el mes entero a Sevilla para el impulso final. Y todos mis esfuerzos se vieron recompensados, había merecido la pena. Habían sido muchas las privaciones, pero en julio de 1978 aprobé las oposiciones. Después, tras pasar unas jornadas en la playa orgullosa y contenta, ya estaba restablecida.

Y al comienzo del nuevo curso académico, conseguí una vacante más pronto de lo esperado en un centro de Formación profesional. Impartía clases en todas las ramas del metal y en la de administrativo. ¡Qué ilusión! ¡Por fin, salía y me relacionaba con gente! Era como si de pronto me hiciera visible, formando parte de la superficie del mundo. Libre, volaba con las alas de mis sueños. No servía para estar confinada entre cuatro paredes, me ahogaba en el espacio cerrado del hogar.

La oportunidad que me brindaba la enseñanza al estar en contacto con gente joven, la vivía como un privilegio. Era todo un reto, aunque me exigiera mucha energía, porque algunos grupos eran difíciles de llevar. Las mañanas discurrían rápidamente. Iba de una clase a otra sin parar, con un descanso de cinco minutos para cambiar los libros. No coincidíamos a menudo para charlar con los compañeros, salvo la pausa del café, en una guardia o en alguna hora libre de nuestro horario:

—¿Qué habéis hecho el último fin de semana?

—Yo he ido al cine y he aprovechado para leer — decía Pilar.

—Me he pasado todo el tiempo corrigiendo —añadía Carmen.

—Nada en especial, descansar un poco y poner todo a punto, a mí no me da para más —añadía yo.

Nunca faltaban en nuestras conversaciones las dificultades para compatibilizar todo con la familia, alguna que otra discusión familiar, derivadas del reparto de tareas, sobre todo, la asistenta que no había aparecido aquella mañana; esto último se había convertido en un asunto habitual de conversación: lo informal que era, las ocasiones en que no llega, las excusas poco creíbles y el desconcierto final de enfrentarme a toda la tarea doméstica en soledad. Yo había asumido de forma inconsciente el mando en la casa. Sabía que una mayor implicación en las tareas domésticas suponría para Luis una cesión en su parcela de poder; ¿acaso un coste para su masculinidad? Aquello se me antojaba ridículo. Al final del día me iba a la cama exhausta. ¿Qué podía hacer para llevar adelante toda la carga diaria?, me preguntaba.

Y siempre en nuestras charlas, vuelta a nuestros alumnos. Aprovechaba el tiempo en el instituto y dejaba el trabajo mínimo para casa, porque allí me esperaban otras tareas, el cuidado de mi hijo y la preparación de las clases. Al final del día, el balance era positivo.

Pero yo había recobrado mi verdadera identidad, casi mi dignidad. Comprobar mi independencia económica, no pedir más, pagar mis propios gastos me hacía sentir mejor. No podía ser de otra manera, era la consecuencia natural de mi esfuerzo. Así lo había soñado.

## La acción, cortafuego para sortear la trampa de la melancolía

Luis

Las elecciones se celebraron el tres de abril de 1979. Aunque había triunfado nuestra lista, me quedé a las puertas; era lo previsible. No me sentía especialmente defraudado. En cierto modo, me alegraba. ¿Por qué? No me atraía demasiado la política local, estar tan cerca de los ciudadanos no iba con mi carácter. No disponía de cualidades muy rentables en aquel ámbito. Mi introversión no era mi mejor aliado. La gente quiere políticos más cercanos, los populistas nos llevaban mucha ventaja en esto, y mi timidez podía confundirse con el empeño en marcar una distancia hacia ellos que distaba mucho de la realidad. Además, una cualidad esencial en un político era la habilidad para conseguir votos y yo carecía de ella. Al regresar por la noche, Camila no me ocultó su alivio:

—Es lo mejor que ha podido pasar, a ti lo que te gusta es la enseñanza.

Quizás no estaba falta de razón.

Los meses pasaban iguales unos a otros. Yo padecía un ligero malestar cuyo origen desconocía con exactitud. Me embargaba una desazón que disimulaba ante Camila por el cariño que ambos nos profesábamos. Por más actividades que emprendía no conseguía acallar aquel desasosiego, aquella insatisfacción. Me acompañaba un sentimiento parecido al «inconsolable anhelo del corazón humano de no sabemos qué», como lo definió C.S. Lewis. Y esa nostalgia, esa «añoranza de algo, de alguien», no se colmaba con nada y me inclinaba de forma irremediable a la melancolía.

Yo intuía con qué aplacarla, pero no quería verlo. Lo había dicho Spinoza, «nada es tan conveniente como apagar la melancolía, al igual que la sed y el hambre». Rita seguía aferrada a mí, atrapada en las redes de mis pensamientos. Mis sentimientos hacia ella, en contra de lo que erróneamente creía, no habían desaparecido. No conseguía olvidarla por completo. «Rita se ha casado», me dijeron un día, y comprobé extrañado cómo todavía aquella noticia me había impresionado. Sentí otra vez una grave punzada en mi estómago.

Yo seguía con mi rutina. Mientras corregía exámenes, me detenía a ratos, levantaba los ojos y miraba a través de la ventana y veía a Rita con el cabello suelto que viene hacia mí sonriendo, con paso acelerado, alza su mano y me saluda, le correspondo, me atrae la gracia de sus movimientos, llega hasta mí y nos fundimos en un abrazo. Esta visión reiterada me arrastraba a cavilaciones inútiles que no me hacían bien. Inconscientemente soñaba con regresar a aquellos días en los que vivía poseído por ella, por su amor, por aquel delirio. Esto me impedía gozar el presente con plenitud. Solo recordaba los momentos felices junto a ella y había olvidado los menos gratos, su desamor, su abandono, su pérdida. Como ella no estaba a mi alcance, intentaba reprimir su recuerdo con la acción, cortafuego para sortear la trampa de la melancolía, ya fuera a través de la política o la investigación luego. El dinamismo me ayudaba a no detenerme y pensaba, «decididamente corregir es lo peor de nuestra profesión. A las dos semanas del comienzo de curso, podríamos poner las notas finales con un mínimo margen de error».

Entonces, ¿qué debería hacer el profesor durante el curso? En mi opinión, una vez detectado el nivel de la clase, centrar los esfuerzos en el diseño de actividades que corrigieran el desequilibrio entre los alumnos y avanzar en el progreso de todos. Quizás deberían suprimirse los exámenes, dudaba de su utilidad.

Llegó un lunes y salía hacia el instituto. Era una clara mañana de junio con el cielo despejado. Había llegado más temprano de lo habitual y vi un folleto sobre la mesa en la sala de profesores. Tenía la curiosidad de leer lo que hallaba por medio. Ojeé su contenido. En el mes de noviembre próximo se celebraba un simposio en Madrid relacionado con mi asignatura. A mí, que me agradaba estar al día y reciclarme, me pareció una estupenda oportunidad para acudir como en otras ocasiones. Estar alejado por unos días de las aulas me ayudaba a remontar el trimestre; romper con la rutinaria vida docente, me infundía fuerzas que vencían mi natural desgana y luego estaba mucho más motivado en mis clases. No me sustraía al atractivo de hacer cosas diferentes. Fui madurando la idea en los días sucesivos y decidí inscribirme. ¿Sobre qué voy a trabajar? Ya vería, ya se me ocurriría algo.

Lo que más me costaba era comunicarle mis proyectos a Camila. No le gustaba que me ausentara. Un mediodía al llegar, turbado e inseguro por su respuesta, le dije con naturalidad:

—Tengo la intención de ir a Madrid en otoño para asistir a un simposio.

—No sabía que estabas trabajando en algo nuevo.

—En realidad no es nuevo, tengo un estudio inacabado de mis años de universidad sobre la presencia en la literatura española de los poetas clásicos. Le haré algunos retoques, creo que quedará bastante bien.

—Necesitarás el informe favorable del director para la Delegación —me apuntó.

—Sí, aunque no se mostrará complacido, tampoco se opondrá. No suelo encontrar dificultad para realizar estas tareas. En el fondo, valora que nos actualicemos, y sabe que esto repercute favorablemente en los alumnos y en el centro.

—¡Vaya! Acabas de terminar con una cosa y ya empiezas con otra. A este paso, ¿qué tiempo te quedará para nosotros. Yo había pensado que podíamos ir a pasar un fin de semana a Portugal en esa época que los precios aún son bajos.

—Sí, claro, podemos ir en otro momento.

Había salvado el primer escollo, ella cada vez se mostraba menos entusiasta con algunas de mis ideas. Y yo no lograba centrarme en la familia y las tareas domésticas me aburrían. El cuidado del niño me abrumaba. Aunque disfrutaba con él, simplemente no se avenía a mis propósitos, disponía de menos tiempo libre del que necesitaba. Y, para ser sincero, trataba de eludirlo cuanto podía. Esto provocaba alguna que otra contrariedad en nuestras relaciones. Siempre el choque entre la realidad y el deseo.

## Como cristal fino, era quebradizo el asombro

Rita

A finales de febrero del año 1979, cuando ya casi había perdido toda certidumbre de concebir un hijo, sucedió algo imprevisto que me rescataba compasivo de mi desesperanza. La regla se me retrasaba desde hacía una quincena, y comenzaba a experimentar náuseas y somnolencia, me costaba mucho levantarme por las mañanas. Eran exactamente los mismos síntomas de la otra vez. ¿Estaré embarazada? Rechazaba de inmediato la idea, temía entusiasarme.

Mi socia y yo habíamos programado viajar a París para hacer algunas compras y traer ideas para nuestra tienda, así que me mantuve firme en aquellos planes. Me prometí permanecer tan tranquila como pudiera. «Aún no se lo comunicaré a nadie, ni a Sofía, ni siquiera a Pablo. Unos días fuera me ayudarán a recobrar la calma que me falta», pensaba. Temía que el solo hecho de verbalizarlo, me trajera consecuencias negativas. Eran muchas las emociones que brotaban en mi interior, entre contenta y celosa de mi secreto. Alejaba algunos recuerdos que afloraban en mi mente y me impedían gozar aquel momento. Trataba de controlarme. No veía que llegara la fecha de nuestra partida.

Nos marchamos en una desapacible mañana de marzo con un cielo grisáceo, enmarañado de nubes, un típico cielo velazqueño que preludiaba lluvia. El viento aumentaba la sensación de frío. Al rato de despegar el avión, cerré los ojos y me vi en aquel otro viaje en dirección a Londres. No hablo con nadie, estoy muerta de miedo, insegura de lo que me espera, impaciente, deseosa de que aquello pase rápido. Todo se revuelve en mi interior. Miro el reloj, el tiempo se detiene. Llego a la clínica, entro en una sala vacía con grandes ventanales, apenas hay claridad, solo la luz mortecina de una lámpara en un rincón. Miro aturdida alrededor. Al rato llega el médico. Estoy asustada, desasosegada. Me gustaría salir corriendo, pero no puedo. De pronto, noté una mano suave y cálida en mi brazo, «hemos llegado». Abrí los ojos, Sofía estaba a mi lado. ¡Qué gran alivio!

Cuando aterrizamos en París, la lluvia nos dio la bienvenida. El frío era aún más intenso que el de Madrid. Nos instalamos en un hotel en Trocadero. Sin deshacer las maletas, salimos a comer a una *brasserie* cercana. Durante unos días recorrimos París, alguna exposición, *boutiques* y los mercadillos de pulgas que adorábamos. En aquella época no valorábamos lo que veíamos en las *boutiques* y enloquecíamos con las tiendas de segunda mano. La visita a los mercadillos de distintas ciudades era una constante en nuestros viajes. En ellos comprábamos ropa que más tarde cosíamos, lavábamos y preparábamos para la venta. ¡Qué maravilla volver! París siempre era una fiesta. Me atraía aquella ciudad politizada que con los ecos de mayo del 68 bullía por transformarse en una más igualitaria, más justa, donde se hablaba de revolución, de acabar con la cultura burguesa para instaurar otra en la que toda la sociedad se sintiera representada. Me acordaba de Luis, «seguro que él estaría encantado aquí». Me distraía pasear a orillas del Sena, sus aguas surcadas por el paso sereno de los *bateaux mouche*, el único río del mundo cuyo caudal transcurre entre libros, los eternos *bouquinistes*.

Durante nuestra estancia, cualquier esfuerzo que tenía que hacer se me antojaba insalvable. A la hora de la comida apenas lograba tragar bocado. Tenía náuseas y me cansaba más de lo normal. A veces, Sofía se desesperaba conmigo porque no me daba suficiente prisa, especialmente cuando teníamos que coger el metro o un autobús.

—Andas como sonámbula, a este paso no llegaremos nunca.

A sus frecuentes quejas, le contestaba contrariada por el silencio que yo misma me había impuesto:

—¡Lo siento, no puedo caminar más deprisa!

¿Disfruté de la ciudad de la luz? No tanto como en otras ocasiones, no estaba en plena forma, aunque feliz. Regresamos a Madrid cargadas de prendas hermosas.

Al día siguiente de mi regreso, sin comunicarle nada a Pablo, me fui a visitar al médico, «tiene que hacerse una analítica. Vuelva cuando tenga el resultado». Impaciente fui a recogerlo pasados unos días, entre esperanzada y temerosa. Ya con el sobre en la mano, no pude resistirme a abrirlo; confirmado, resultados positivos. ¡Estaba embarazada! «Nada me impedía tener hijos», pensé. No podía contener mi alegría, No sabía adónde dirigirme.

Ya no podía esconder más mi secreto. Al entrar en la tienda, Sofía exclamó:

—¡Qué buen aspecto tienes hoy!

—Estoy embarazada.

—¿De verdad? ¡Enhorabuena!

Ya no dejé de pensar en ello durante toda la mañana. Ardía en deseos de compartirlo. Las horas se me hicieron muy pesadas. Tan pronto como llegué esa misma noche, se lo dije a Pablo que me besó cariñoso:

—¡Qué alegría! Ya ves que el médico tenía razón.

—Lo sé, pero tenía miedo de que esto no ocurriera nunca.

Hacía mucho que no lo veía tan contento. La primavera trajo cielos luminosos y días cálidos repletos de una atmósfera radiante que hacían que me hallara espléndida. Era una persona renovada. De repente me volví más habladora, compartía con Pablo todas mis sensaciones, mis ideas relativas al bebé:

—¿Crees que la habitación que está junto a la nuestra no es pequeña? Tendremos que pintarla, llamaré a la modista para poner cortinas nuevas, compraremos algunos muebles además de la cuna.

Lo más insignificante me llenaba de satisfacción, todo giraba en torno a él, aun sin haber nacido. Por la calle caminaba como una loca, embriagada de alegría y me detenía a mirar escaparates con las ropas y los enseres relacionados con los bebés. ¿A quién se parecerá? ¿Herederá mi carácter o el de su padre? ¿Será niño o niña? ¡Qué más da! Hacía acopio de nombres y fabulaba con ellos, «todavía es demasiado pronto para las compras», pensaba.

Mi visión de la realidad había cambiado. Cuando paseaba, veía a mujeres embarazadas y madres con sus hijos en carritos que antes me pasaban desapercibidas, de forma diferente a la experimentada en mi anterior experiencia, sin miedo, sin turbación, sin sentimiento de culpa. Por fin, las miraba orgullosa de frente; pronto mi realidad sería la misma que la de ellas. Me complacía aquella idea, esperanzada por el futuro que me aguardaba.

Mientras, yo iba aumentando de tamaño y peso. Me compraba ropa nueva. Paseaba cada día y me tomaba un pequeño descanso después de comer, cuidaba escrupulosamente la comida.

Sin embargo, al cabo de algunas semanas, mi dicha se vio perturbada. Una sombra planeaba sobre mí. Había comenzado a manchar, me asusté. Inmediatamente acudimos al médico. Después de reconocermelo me dijo:

—Tiene que evitar preocupaciones que pueden provocar espasmos y contracciones del útero y amenazar la vida del bebé, si la sangre no fluye bien hacia la placenta. Deberá guardar reposo durante unos meses.

Mi asombro primero era tan frágil como un cristal fino.



## La soledad, una intrusa que entra sin llamar a la puerta

Camila

Después de un año en mi nuevo trabajo, ¿cuál era mi mayor preocupación? Pues que Luis no paraba de acaparar otras tareas, lo que hacía que se ausentara a menudo con reuniones en el partido que se prolongaban durante horas y regresaba tarde y cansado. Menos mal que no salió elegido en las municipales. ¡Qué respiro! Sin embargo, entonces le surgió la necesidad de la investigación, y a empezar otra vez, a escaparse de todo lo referente a la casa y a nosotros. Carecía de tiempo para aquellas sobremesas en las que compartíamos ideas y yo participaba con propuestas para llevar a cabo en el ámbito de la mujer. Me sentía más cerca de él y veía por momentos ausentarse el fantasma de su melancolía. Aunque me contrariaban sus ausencias, a su vuelta me bastaba su presencia para olvidarlo. Tenía sentimientos contradictorios.

¿Podían complicarse más las cosas? Pues sí, me quedé embarazada de nuevo en agosto, lo que me sumió en un estado de absoluto desánimo, de cierto abatimiento, incluso depresión. Ya era difícil dedicarme al pequeño, a la casa, a mí misma y desenvolver mis clases con solvencia. ¿Cómo voy a poder con todo en el futuro?, me decía:

—Acabo de terminar con las oposiciones, no me he recuperado del nacimiento de nuestro primer hijo, me siento incapaz de criar a otro tan rápido— no me cansaba de repetir.

Toda mi familia me animaba al conocer la noticia. Luis intentaba tranquilizarme:

—Esa actitud no te favorece, no es positiva, solo vas a conseguir ponerte peor. Lo resolveremos bien, ya lo verás.

Yo tenía mis dudas, sus palabras no me calmaban. En los meses siguientes, el poco tiempo que me quedaba lo pasaba ociosa, tendida en el sofá, sin voluntad para nada, desalentada. Y cerraba los ojos y me veía con el niño, aguardando que Luis volviera, y él no volvía y lo esperaba y me desesperaba, porque, harta de estar sin su compañía, tenía miedo de tener otro hijo y hallarme doblemente sola, porque aborrecía esa sensación que tan bien conocía, no me gustaba acostarme sin él, y al final, después de mucho esperar, me rendía, y me iba a la cama, y no conseguía dormir, mi mente no paraba de girar; yo no lo comprendía, sabía que me molestaba que se quedara tarde, siempre lo mismo, y las mismas excusas, «es que me encontré con un amigo y no era capaz de dejarlo con la palabra en la boca» o «me entretuve charlando» o «estamos ultimando las listas, elaborando el programa»; y yo aburrida de que los otros estuvieran siempre por delante de nosotros, de ser los últimos en todo; me rebelaba; antes no era así, o es posible que al tener menos obligaciones no me diera cuenta. De pronto abrí los ojos, ¡Dios mío!, ¡qué tarde es! Di un salto, cogí las llaves, el bolso y salí corriendo; era la hora de recoger a Daniel en la guardería.

Poco a poco, me sobreponía, no me quedaba otra solución, «el hecho de que los niños crezcan juntos es positivo», pensaba. Ya veríamos cómo solventar esa etapa. Después resultó más complicado de lo que yo presentía. Procuraba estar activa, salir a pasear me ayudaba mucho. El embarazo transcurría con bastante normalidad, sin apenas sobresaltos, excepto por una mastitis que, aunque poco frecuente, remitió con el tratamiento.

El curso había sido largo. Las correcciones de exámenes y las evaluaciones del segundo trimestre agotador. Era una de las cosas que peor llevaba de la enseñanza, «el periodo de exámenes es abominable y abrumador», decía Machado. En otros países los periodos de clases y

vacaciones son más racionales que en España. Después de las vacaciones de Semana Santa, disfruté de la licencia maternal, un respiro.

En mayo de 1981 ya éramos cuatro en la familia. Lo peor, al principio. Nadie te prepara para esto, nadie me habló de la depresión postparto. Estaba demasiado sensible y no conocía la causa. Los pequeños absorbían toda nuestra energía. Apenas te permitían detenerte a pensar.

Pasamos parte del verano con mi familia. Mi madre especialmente me ayudaba. Durante esa época maravillosa, conseguías descansar y disfrutar realmente de los niños. La estancia en el campo me devolvía la vitalidad y la sonrisa.

Y comenzamos un nuevo curso con fuerzas renovadas. Pero tras unas semanas, estábamos sobrepasados, aun contando con ayuda externa. Cada día corriendo de la ceca a la meca, intentando alcanzar a todo, apagando fuegos en distintos sitios, sin apenas tiempo para nosotros. Luis no participaba en las tareas domésticas como yo había imaginado, se encerraba en su despacho. Solo prestaba atención a lo suyo y salía para el baño y la cena. Los hijos me gratificaban mucho, sin embargo, tantísimos quehaceres cotidianos me impedían centrarme en otras cosas. A duras penas conseguía un respiro para preparar las clases una vez que los acostaba.

¿Con quién podía compartir esto? No tenía a nadie. Tan solo con mis compañeras con las que desayunaba cada mañana en el recreo, intentaban animarme y me daban recetas para combatir un mal que ellas venían sufriendo durante años. No me resignaba a la inacción en la que las veía sumergirse. «No he nacido para esto. Ni mi carácter, ni mi educación, ni mis muchas lecturas sobre igualdad de derechos me permiten ese conformismo. Necesito escapar a este desaliento; esperaré, pero no demasiado», me decía. La paciencia no era una de mis virtudes, aún era demasiado joven. Me rebelaba ante lo que consideraba injusto.

La actitud de los alumnos tampoco ayudaba. Sentada después de comer en aquella tarde, había mirado el reloj, aún era temprano para recoger a los niños. Había cerrado los ojos. Estoy en una clase con alumnos difíciles. El profesor tutor se asoma a la puerta:

—¿Puedes dejarme al final de la clase unos minutos?

—Sí, claro.

Ellos lo utilizan para alborotar. Una vez que se marcha, me resulta imposible poner orden; miro el reloj y aún faltan quince minutos para que suene el timbre, demasiado para esperar, así que en medio del barullo trato de corregir unos ejercicios. Es una tarea imposible, no hay forma de hacerme con ellos. Me siento impotente, como una hoja seca a la que el viento zarandea y arrastra a su capricho de aquí para allá. Me desperté con un sobresalto. Ni siquiera en aquellos sueños recurrentes me liberaba de los contratiempos del día.

Había cometido errores, lo sabía. Cuando nos casamos, como no trabajaba fuera, fui asumiendo las tareas del hogar, casi de forma exclusiva. Cuando él llegaba a casa al mediodía, ya la mesa estaba puesta y preparada la comida. Admiraba su energía para hacer cosas diferentes, el amor hacia una vocación que todavía no compartía, pero no que todo fuera a mi costa. Nuestra vida había cambiado mucho, las clases, los niños, la casa, era demasiado, y él era todo propósitos incumplidos:

—Te prometo que desde hoy será diferente, atenderé más a los pequeños —me decía.

Eran solo palabras y más palabras. A veces yo me hacía ilusiones. ¡Cuán equivocaba estaba! Lo comprobé relativamente pronto. La soledad entró en mi casa sin llamar a la puerta y allí se quedó como visitante incómodo.

## **TERCERA PARTE**

## **La herida del primer amor nunca deja de sangrar**

Luis se había levantado del sofá impaciente. Miraba a través de los cristales de la ventana de la cocina, el sol empezaba a declinar y el cielo y las escasas nubes se cubrían de fuego y cobre. En el jardín de su memoria brotaban los recuerdos de aquellos años, mientras seguía en su apartamento esperando agitado y angustiado a Rita en una tarde sombría de la primavera de 1985.

Hasta entonces, los hijos habían contribuido a devolverle mucha ilusión perdida y la acción lo salvaba a ratos del abatimiento. Incluso había sentido ilusamente que el cariño de Camila lo curaría de forma definitiva de la llaga causada por el dardo de su primer amor, y esta cicatrizaría por completo. Pero se equivocaba. La tierna llaga de amor volvió a abrirse a la primera ocasión con necesidad de cuidado, de mimo, de ternura. Porque él estaba enfermo, muy enfermo de nostalgia, padecía el mal acuñado por Johannes Hofer en el siglo XVII, un sentir contradictorio de felicidad con vivencias plenas, placenteras y gozosas junto a Rita y la pena por carecer ya de ellas. De nuevo volvía a paladear aquella dulce locura, a experimentar las sensaciones precedentes, los síntomas de aquella dolencia incurable bien conocida por él. Aún estaba cautivo de ella, aunque en aquel momento, los sentimientos hacia Rita no eran de cristal puro; la culpa lo acompañaba como huésped incómodo y destructivo. Todo se enturbiaba y oscurecía.

## Algo más que cenizas enamoradas

Luis

Sí, mi realidad y mis deseos seguían enfrentados. En el verano de 1980, en la finca de Camila me distraía bastante, aunque me cansaba la presencia de tanta gente y trataba de explicarle la necesidad que tenía de aislarme, me apremiaba el escaso tiempo disponible para preparar la ponencia para el congreso en Madrid del próximo otoño. Ella no lo entendía y no paraba de insistir, «estamos de vacaciones». Logré ultimar mi trabajo. Estaba bastante satisfecho con el resultado.

Poco a poco, me iba ausentando del mundo circundante. Me quedaba despierto hasta altas horas de la noche, cuando ya todos dormían y daba rienda suelta a mis pensamientos, a mis fantasías, sin ser importunado por las preguntas inquisitivas de Camila sobre el motivo de mi retraimiento. Yo me justificaba con ligeras molestias estomacales que me producían a su vez frecuentes cefaleas, lo que no estaba demasiado lejos de la verdad. Cada vez que me reprochaba mi falta de entrega a los niños y a ella, sabía que tenía razón. No me faltaba sensibilidad para darme cuenta de ello, pero me resistía al cambio. Tenía miedo de no poder colmar otras inquietudes.

¿Yo había sido siempre así? Durante mi estancia en la universidad me las arreglaba bastante bien. Cuando tenía oportunidad traía la ropa sucia para que mi madre la lavara. Ella nunca nos conminó a realizar ninguna tarea doméstica, se encargaba de todo, cocinaba, fregaba, lavaba, planchaba y limpiaba. Nunca se planteó nada distinto relativo a nuestra educación, no sabía, o al menos nunca lo manifestó. Y yo en cuanto una mujer estaba por medio, enseguida hacia dejación de aquellas obligaciones. Cuando no estudiaba o en vacaciones ayudaba en el campo junto con mis hermanos, no hacíamos nada relativo a la casa, así que para mí era lo más natural. Lo contrario me parecía un mundo. Lo había dicho, al parecer Tito Livio: «Cualquier esfuerzo resulta ligero con el hábito». Y eso era de lo que yo carecía, de hábito. Afloraba a propósito en mi memoria la confesión de mi amigo Alfonso, «no me separé antes de mi mujer por temor a tener que ocuparme de todo lo doméstico, a pesar de que hacía tiempo que no había nada entre nosotros». En aquella ocasión, me extrañaron sus palabras, más adelante en cierto modo lo entendí.

El comienzo del curso era un alivio. Las clases me hacían olvidarme de mí mismo y de los fantasmas que me habitaban. La enseñanza me atraía mucho, pese al desinterés de algunos estudiantes, siempre había otros por los que merecía la pena nuestro empeño. Con el tiempo, mis clases me resultaban más llevaderas, y apenas me costaba prepararlas. Los alumnos que escogían latín o griego eran en general buenos y la ratio por clase era reducida. Enseñar esas materias, al igual que cuando las estudiaba, representaba para mí un juego.

Saboreaba de antemano aquel fin de semana del congreso que vislumbraba estupendo, casi de vacaciones porque además de las sesiones académicas, ponencias y comunicaciones, se desarrollaban paralelamente gratas actividades culturales. Hacíamos también turismo. Tenía la oportunidad de encontrarme con antiguos compañeros y algunos amigos que no veía desde hacía años. Para evitar roces con Camila y compensar mi ausencia, me afanaba colaborando más.

El otoño iba pasando lento pero prometedor. A finales de noviembre, llegó el día de mi partida. Liberado de todas mis ataduras, vivía aquello como un regalo. Madrid, a medida que la visitaba,

me atraía más. Allí Rita se había trasladado a vivir con su marido. Durante algunos años, no había tenido conocimiento de ella. Yo fantaseaba con un romántico reencuentro, quizás un día cruzando un paso de cebra, subiendo a un autobús, en un museo o en un teatro. Otras veces la soñaba en una cruda mañana de invierno, mientras permanecía de pie en la puerta de cualquier librería de la Gran Vía madrileña, sin saber qué dirección tomar, esperando a que la lluvia amainara; por la acera de enfrente la vería pasar cubriéndose con su paraguas y dudaría si sería ella o alguien que se le parecía. El corazón me latiría con fuerza e instintivamente saldría corriendo. Atravesaría la calle introduciéndome entre los coches y lograría ponerme a su altura, haciéndome el encontradizo:

—Rita —diría

No era ella, me equivocaba.

—Perdone me he confundido —añadiría decepcionado

Sin embargo, no fue de este modo como ocurrió.

Tras instalarme en el hotel, había salido a comer algo ligero. Volvería pronto para repasar mi comunicación antes de acostarme. No conseguí dormir bien esa noche. En el desayuno tomé solo un café bebido. Salí a la calle. Miré al cielo nublado por completo. Hacía un poco de humedad. Cogí un taxi y me dirigí hacia el instituto. Recogí la documentación y saludé a los conocidos. Ojeé el programa y vi que intervención estaba prevista para el primer día a última hora. Era mejor así. De esa forma estaba ya relajado el tiempo restante para gozar de mi estancia en la ciudad.

La mañana pasó con ponencias interesantes. La sesión de la tarde comenzó sin demasiado interés por mi parte. Finalmente, llegó mi turno. Al principio estaba un poco nervioso, pero me fui relajando. De pronto sucedió algo imprevisto; la puerta del fondo se abrió y un rayo de luz penetró en la sala, Rita acababa de entrar. Llevaba un vestido verde con un pañuelo amarillo anudado al cuello. Se detuvo por unos segundos, justo lo suficiente para permitirme vislumbrar con claridad su presencia. Era ella sin duda, la acompañaba Marta. Me quedé perplejo. Se sentó en la parte trasera de la sala. La seguí con la mirada, sin apenas prestar interés a lo que iba diciendo. El corazón comenzó a latirme con fuerza, me costaba articular las palabras y controlar el nerviosismo. Después experimenté una honda alegría. ¿Qué hacía allí? ¿Qué conexión tenía con aquello? De inmediato, me sentí atraído por ella, como si tan solo hubiera transcurrido entre nosotros una breve y ligera pausa. Lejos estaba esto de mi imaginación. ¿Parecía mayor?, quizás, pero más interesante, más madura.

Cuando terminé mi intervención, todos los asistentes dejaron la sala y se concentraron en el vestíbulo. Yo, que me disponía también a salir, fui hacia ella. Sus labios rojos me besaron en la mejilla y su perfume de almizcle me devolvió a aquellos momentos de nuestras primeras citas, cuando su olor me envolvía en una atmósfera de misterio y sensualidad. No nos habíamos visto desde los días de la universidad.

—¡Hola, Rita! ¡Qué inesperada y grata sorpresa!

—He venido con Marta, que como sabes participa en este congreso, hemos comido juntas y la he acompañado hasta aquí.

Su cara se iluminó con una amplia sonrisa y sus ojos se clavaron en los míos. Traía recogido el pelo negro azabache que tanto le favorecía, le daba más seguridad y distinción, si eso era posible, y me hacía desfallecer de deseo. En otras ocasiones, cuando alababa su cabello, ya fuera esparcido, acariciando sus hombros o recogido con aquella gracia singular casi divertida, me decía: ¡No sabes el cuidado que le dedico!

Como si conociera lo que Apuleyo ya apuntaba en el siglo II: «Ninguna gema, oro o aderezo luce tanto en una mujer como un cabello lustroso, ni la hace sentirse elegante, si no va peinada de forma conveniente». Y ella estaba radiante.

—También me alegro de verte. No sé si he hecho bien al venir

—Por supuesto que sí, aunque no te esperaba.

Mientras tomamos un café, mis ojos se perdían entre los suyos y mi débil rostro dejaba traslucir mis sentimientos, sin ningún control por mi parte. Era como si todo se hubiera detenido hacía ya algunos años. Apenas escuchaba lo que me decía. ¡Hasta tal punto estaba absorto! Ella alargó su mano y cogió la mía que reposaba sobre la mesa, las estrechamos y nos miramos fijamente, después soltó la suya. Decidimos entrar a la sala, al cabo de un rato nos miramos:

—¿Salimos?

—Sí, claro.

Daba la impresión de que estaba esperando mi pregunta. Nos levantamos. En la calle, caminábamos en silencio. Sin querer mi mano rozó la suya. Nos miramos. Me hubiera lanzado a sus labios. Paseamos durante un buen rato, me explicó lo que hacía últimamente en Madrid:

—Mi amiga Sofía y yo hemos empezado una aventura poniendo una tienda de ropa, estamos ilusionadas.

No me sorprendió. Ya desde la facultad se distinguía del resto de las compañeras en su forma de vestir cuidada y moderna. Nos pusimos al corriente sobre nuestras respectivas vidas. Nos sinceramos como viejos amigos. Sentí compasión ante su relato. Ella tenía que marcharse, así que intercambiamos nuestros teléfonos:

—Lláname —me rogó al despedirse.

—Lo haré, te lo prometo.

El tiempo había pasado de forma vertiginosa y me encontraba de regreso. Cuando llegué los niños acababan de dormirse:

—Por fin estás aquí.

Me sonó a reproche.

—Sí, estaba deseando llegar. Estoy cansado.

Ella se preparaba para la ducha:

—Enseguida estoy contigo.

Desde la cocina escuché cómo apagaba la ducha. Tenía la costumbre de dejar abierta la puerta del baño. Bajó y cenamos unas verduras rehogadas que había cocinado. Me interesé por lo que habían hecho en mi ausencia. Me contó la conversación entablada en el parque con una compañera de seminario:

—La vislumbré en los columpios con sus hijos. Se la veía contenta. Y nos pusimos a hablar, mientras los niños jugaban. Me preguntó si me había enterado de que Ana se había separado del marido. Le dije que no sabía que tenía problemas. Y entonces me relató que él la engañaba con otra desde hacía tiempo; aunque ella lo intuía, no quería saberlo. Al final él la ha abandonado. ¡Pobre chica! Sola con dos hijos pequeños, con lo buena persona que es! Yo pensé, «esas cosas les ocurren en especial a las buenas», pero me limité a decirle que sí, que era mala suerte.

Me inquietó su relato. A su vez le conté cómo había ido todo en Madrid, ciñéndome a mi exposición:

—Ha gustado mucho, algunos compañeros me han felicitado.

—¡Me alegro!

Todo había transcurrido con normalidad ante sus ojos. Le oculté mi encuentro con Rita. Nunca

hablábamos de mi relación anterior. Ella cariñosa y solícita, me aguardaba como agua de mayo, deseando que me ocupara de los niños. La realidad se me imponía y empezaría a pesarme aún más desde entonces.

En los días que siguieron, me sentí habitante de un mundo nebuloso y extraño en el que caminaba aligerado de peso. No lograba apartar la imagen de Rita de mi mente. Su recuerdo, sepultado en lo más profundo de mi corazón, ya no me hacía daño; sin embargo, mis sentimientos anteriores afloraron de repente con solo verla. ¿El fuego de su amor se había extinguido ya? Eso creía, pero el rescoldo de aquella pasión desenfrenada que había padecido había vuelto a avivarse con solo el soplo suave de su presencia, su aliento, su olor que me envolvían en una atmósfera profunda, cálida, sensual.

Vivía con júbilo lo que había ocurrido. Y a partir de ahí, se convirtió de nuevo en una obsesión. Paseaba mentalmente por los lugares que habíamos recorrido con la esperanza de que su imagen no se desvaneciera y pensaba solo en reencontrarme con ella. Su recuerdo me mortificaba nuevamente. Era difícil sustraerme a sus encantos. Y mi herida de amor no había dejado de sangrar. En mí quedaba algo más que cenizas enamoradas.



## El amor, talismán de luz que desvanece las sombras

Rita

Hasta el día que me encontré con Luis, había pasado por varios inviernos y solo alguna primavera rota. Mi negocio no me proporcionaba grandes ingresos, pero me permitía estar ocupada con lo que me gustaba en aquellos difíciles momentos. No obstante, soportaba estoicamente mi vida hasta aquella tarde extraña.

Sí, el médico lo aseveró de forma tajante, la vida del bebé estaba amenazada. ¡Menuda contrariedad! Recluida en casa por el reposo obligado, los días se me hacían interminables. Me costaba mantener el descanso durante horas. Me compraba revistas de moda para matar el tiempo o me distraía leyendo alguna otra cosa. Pero no terminaba de calmarme. Pablo me reprendía, «así no lograrás superar el embarazo, debes tener paciencia».

Toda la lucha que mantuve fue inútil. ¿Qué sucedió? Lo peor imaginable, perdí el bebé. Recordaba con absoluta nitidez aquel fatídico momento. Estaba ya de tres meses. Me había despertado temprano. Desde la cama había mirado al exterior. ¡Vaya, un día feo de mayo! El cielo estaba cubierto de nubes atravesadas por furtivos y delicados haces de luz. Se oía el silbido amenazador del viento en los cristales y se notaba la humedad en la habitación. Me había levantado y dirigido hacia la ventana. Al asomarme, vi que la carretera estaba mojada. Había llovido no hacía mucho. De pronto, de vuelta a la cama, noté una gran frialdad entre mis piernas. Comprobé que estaba toda manchada. La sangre era mucho más abundante de lo normal. Me asusté mucho. Con alguna dificultad, me precipité hacia el teléfono, llamé a Pablo, «estoy sangrando». «Tranquila, salgo enseguida». Vino a buscarme y nos dirigimos hacia el hospital.

Me atendieron rápidamente. Después de reconocermelo, el médico fue lacónico, «lo siento, ha perdido usted al bebé». La noticia me sobrecogió. Tenía que ser un error. No lograba creerlo. El médico se confundía. Por desgracia no fue así. Conseguí refrenar el llanto. Un amargo y punzante dolor recorrió mi cuerpo. Oculté el rostro entre mis manos:

—No te pongas así —me decía Pablo tratando de tranquilizarme.

—Déjame, por favor —Rechacé su ayuda.

Aunque las lágrimas no acudían a mi rostro, lloraba interiormente. Nunca entendería mi desesperación. No ha podido resistir. ¡Qué desesperanza, qué profunda frustración, qué mierda de vida!

Nada me salía bien, no conseguía levantar cabeza. Todo se oscureció alrededor. Definitivamente, me veía incapaz de llevar a buen término la concepción de un hijo. Sacudida por la calamidad, sobre mí se cernía la sombra de mi anterior experiencia; era ineludible no regresar al pasado, a aquella decisión que tomé sin dudar y que me marcó un rumbo desastroso que sigue imparable. Experimentaba como en otras ocasiones impotencia y un profundo desgarró. ¿Qué habría ocurrido si en aquella ocasión hubiera continuado con el embarazo? Me inquietaba la posibilidad de si aquello tenía que ver con lo que me sucedía. «No tendrá problemas en el futuro», había dicho el médico en Londres. Intentaba no atormentarme, pero sucumbía al desaliento. No hallaba consuelo. «No podré tener hijos», me repetía.

En adelante no volví a mencionar al bebé. Pablo no se atrevía a nombrarlo, si no quería desatar mi cólera. No entraba en la habitación que le había destinado, no tocaba nada que me lo recordara y era incapaz de encargarme a alguien que lo realizara por mí. Hasta una mañana que me

levanté decidida, con un propósito fijo, saqué fuerzas de flaqueza y me deshice de las ropas de embarazada que me había comprado. Detestaba entonces aquellas blusas anchas, aborrecía aquellos pantalones con elásticos que se acortaban y se ensanchaban en la cintura y odiaba aquellos vestidos enormes que emocionada había adquirido y que con posterioridad me resultaban horribles; hice un enorme hato con lo que me quedaba y lo arrojé a la basura. Entonces estuve más cerca de mí misma.

Durante meses, me sentí atrapada en la oscuridad de un largo y tenebroso túnel. Me volví tan irritable que cualquier contrariedad del orden que fuera desencadenaba sin remedio mi enojo. Estaba realmente insoportable. El desinterés por lo que me rodeaba capitaneaba el barco sin rumbo de mi vida. Levantarme de la cama era una auténtica heroicidad. Solo me apetecía estar echada en la cama. «Vas a ponerte enferma», me reprendía Pablo. Él no lo sabía, pero ya lo estaba, enferma de apatía. No podía permanecer en casa. Cuando estaba allí, iba de un sitio a otro, desorientada, sin atisbar ninguna salida. Deambulaba por las calles. La fortaleza, que me había insuflado los primeros meses de embarazo, desapareció de repente y desinfló el globo de mi cuerpo con un simple pinchazo. Nada suscitaba mi interés. La tienda que antes me divertía, me aburría. Sin ganas de arreglarme, algo impensable antes, mi ánimo empeoraba. Incapaz de sobreponerme, arrastré mi estado depresivo durante meses.

¿Cómo afectaba esto a mi matrimonio? Era incapaz de desligar a Pablo de todo, sabiendo de antemano que no era responsabilidad suya. Me parecía injusto, pero era incapaz de controlarme, de disimular. No conseguía ocultar mi pesar, nunca había sabido fingir. Tenía la tendencia a depositar en otros la carga de los males que sufría. Lo que hacía o decía me molestaba, no hallaba en él el consuelo que necesitaba, era como un extraño, «no tienes idea de cómo me siento». Comencé a evitarlo, dormíamos separados. «No volveré a someterme a otro trance semejante», me decía. Para ello, usaba diferentes excusas, «hoy me duele la cabeza» o «aún no tengo sueño, voy a ver una película», y casi siempre «me iré a la cama cuando termine el cigarrillo». Así comenzaron a distanciarse nuestros encuentros amorosos. Pablo no me apremiaba, «deberías salir más, distraerte un poco». Él se encerraba en su despacho y se refugiaba en su trabajo.

Cuando volvimos al sur, lo hice sin el más mínimo entusiasmo, como quien cumple con una inevitable rutina. La presencia de mis sobrinos aliviaba mi pesar. Mi malestar desaparecía por momentos, pero no conseguía enderezar el cauce del río de mi existencia, demasiada corriente en contra. Una voz gritaba desde mi interior, «tengo que reaccionar, de lo contrario me volveré loca». «Tendrías que visitar a algún especialista», me sugería Sofía. ¿Confiaba en los psicólogos? No mucho, la verdad; pero, como no lograba salir de mi postración, pedí ayuda siguiendo su consejo. Aquellas sesiones me resultaron muy útiles, ya que apenas contaba con nadie para sincerarme. Con sus indicaciones, buscaba y rebuscaba intentando encontrar algo que me ayudara a canalizar aquella frustración que me embargaba, pero no distinguía nada más que sombras. Era rehén de mis propios actos.

Y a base de trompicones, llegué a aquel otoño frío que derivó en instantes cálidos. Había regresado una vez cerrada la tienda. Sofía y su marido venían a cenar para celebrar que les habían dado un sustancioso complemento en la empresa. Cuando llegué, Pablo ya estaba esperándome. Dejé mi bolso en el salón y subí a darme una ducha y arreglarme, «enseguida bajo». En cierto modo estaba contrariada por aquella cena. Tendría que sufrirlos toda la noche. Sofía era inteligente, bien dotada para el negocio, pero como amiga tenía sus limitaciones. A mí me irritaba la actitud con su marido. Parecía más su madre que su mujer. Casi hubiera preferido

comer cualquier cosa en la cocina, como hacía habitualmente. La asistenta nos había preparado unos entremeses, una sopa de rape y cordero al horno. Y de postre una tarta de crema y almendra que Pablo adoraba. Me había dejado la mesa puesta. Al bajar, él me esperaba con una copa de vino en la mano. Justo entonces sonó el teléfono. Dejé mi copa sobre la mesa. Era mi amiga Marta:

—¡Hola, qué alegría escucharte!

—Estoy aquí en Madrid, he venido para un congreso. Por cierto, he visto que Luis está en el programa —me comentó ella.

—¡Qué bien! —contesté sorprendida.

—¿Podemos comer juntas mañana?

—Perfecto —asentí.

Seguía siendo mi confidente desde la universidad. Aunque hacía tiempo que no hablábamos, no perdía el contacto con ella. Cuando iba a Sevilla siempre nos veíamos. Era vaga como yo, pero inteligente. Consiguió terminar la licenciatura de Filología clásica y obtener una plaza de funcionaria:

—Era Marta, la veré mañana —le comenté a Pablo.

Después sonó el timbre. Habían llegado nuestros amigos. Durante la cena, no conseguía centrarme. Casi ausente trataba de mantener con dificultad el hilo de la conversación con Sofía:

—¿Estás bien?

—Sí, claro, solo un poco cansada —le respondí.

Mientras ellos charlaban sobre lo suyo, mis pensamientos volaban unos años atrás hacia Luis. ¡Hacía tanto que no lo veía! Sabía que vivía en el sur, que se había casado y que tenía dos hijos. ¡Lo echaba tanto de menos! Mi corazón siempre le había pertenecido, y cuantas menos posibilidades existían de recuperar su amor, más aumentaba mi añoranza. También en eso me había equivocado. Pensé que terminaría olvidándolo.

Me irritaba conmigo misma. ¿Cómo pude renunciar a un amor sincero y profundo, dejar a alguien que abrió mis ojos a la realidad? Me consideraba una estúpida, me reprochaba la actuación que cambió radicalmente el curso de mis días. Lamentaba no haber tenido la valentía de luchar por lo que realmente amaba. Jamás le perdonaría a mi padre que me hubiera apartado de Luis, aunque sabía que su presión no había sido lo único que me alejó de su lado, pero influyó mucho. La cena pasó más pronto de lo imaginado. Nos despedimos con la promesa de volver a reunirnos pronto. Ya en la cama, no paraba de dar vueltas a mis pensamientos, hasta caer rendida.

A la mañana siguiente, al mirarme en el espejo comprobé que de mi rostro había desaparecido la tersura y unas ojeras grises y sombrías la habían sustituido, así que elegí luminosos colores primaverales. Al mediodía, me encontré en Fuencarral con Marta, comimos, charlamos animadamente y nos pusimos al día:

—Mi vida de casada, mi marido, no lo soporto —le confesé.

—¿Por qué no lo dejas?

—No puedo. Dependo enteramente de él. Al entrar en casa, sufro un cambio de humor de repente, me pongo irritable solo con su presencia. Procuero siempre regresar lo más tarde posible.

—¡Lo siento! ¿Me acompañas? Así puedes saludar a Luis.

Me quedé callada unos segundos, como atravesada por una ráfaga cálida:

—Sí, es una buena idea. Avisaré a Sofía y me tomaré la tarde libre, no tengo nada especial que hacer.

Después del café, cogimos un taxi y nos marchamos hacia el instituto donde se celebraban el congreso. Habíamos pasado unas horas estupendas en compañía.

¿Qué sobrevino después? Nuestro encuentro, nuestra mutua alegría al vernos, superada la confusión inicial, la sensación de que el tiempo no había pasado, la inmediata atracción hacia Luis. Y sentados en el bar el uno frente al otro, empezamos a desgranar el tiempo pasado. Asistía interesada en su relato y celosa del entusiasmo que mostraba al hablar de sus hijos, el cariño hacia su mujer abnegada y también comprensiva con lo que él hacía.

Cuando llegó mi turno, le conté en lo que se había convertido mi vida vacía, a la sombra que proyectaba mi marido, ocupado durante horas interminables en la empresa, eso sí con una exitosa carrera.

—Madrid es una ciudad demasiado grande, me abruma, no me siento a gusto aquí, alejada de mi madre y mis amigos.

Y a bocajarro, le solté mi frustrado embarazo:

—Al cabo de tres meses y medio, todo se acabó. Después ya no lo he conseguido más.

Asombrada, caí en la cuenta de que hasta entonces no había hablado de aquello con nadie, a excepción de la psicóloga, ni siquiera con Pablo. No había encontrado a quien mereciera la confesión de mi frustración. A Luis lo percibía próximo ¡Era tan diferente! Era capaz de expresar libremente mis emociones. Las palabras brotaban con facilidad de mi boca, sin contención. Y me fui vaciando de aquella amargura acumulada dentro de mí.

De repente, él tomó mis manos entre las suyas. Mi alegría debía reflejarse en mi rostro:

—¡Cuánto lamento la decisión que tomé entonces! —dije disculpándome.

—Déjalo, es agua pasada —me rogó.

Le agradecí su respuesta. Daba la impresión de haberme perdonado.

Salimos, nos despedimos y prometimos volver a vernos.

¡Hacía tanto que no estaba tan bien, me había ilusionado mucho volver a verlo! Esto ha sido lo mejor que me ha pasado en los últimos años.

Otra vez la tienda tenía para mí un gran atractivo. Los que me rodeaban notaron mi cambio de ánimo, especialmente Pablo que, impresionado por mi buen humor, lo achacaba a lo bien que iba nuestro negocio. Asistía en su compañía algún día al teatro o a un concierto donde la música me hacía olvidar que estaba acompañada y mis pensamientos cabalgaban libres hacia Luis, deseando verlo de nuevo. El amor llamaba de nuevo a mi puerta como talismán de luz que desvanecía la penumbra y frialdad en las que estaba envuelta mi vida.

## ¿La liberación de la mujer era un camelo?

Camila

Yo no era una mujer ambiciosa. Una vez aprobada mi oposición que me otorgaba una estabilidad profesional y con dos hijos encantadores que crecían sanos y fuertes, estaba satisfecha. Mi idea de la felicidad eran las vacaciones todos juntos en la playa, libre para sumergirte en las profundidades de tus pensamientos o en las páginas de algún libro.

Luis por el contrario seguía anclado en la insatisfacción permanente, en el empeño de acaparar más de lo que podía, de enredarse en mil quehaceres que no lograba llevar a cabo en su totalidad y lo llenaban de irritación, decepción, infelicidad.

¿Consecuencia de eso? No asumía su compromiso con la familia y mostraba escaso interés hacia todo lo que no fueran sus ocupaciones académicas o políticas. A pesar de mi aversión a recordarle la corresponsabilidad en sus obligaciones, insistía. Tenía muy interiorizado aquel principio fundamental de la abogacía, aprendido durante la carrera, relativo a los jueces de repetir, repetir y repetir, porque estos no siempre tenían entero conocimiento de las partes. Y al hacerlo, me enojaba conmigo misma, pero ya no sabía cómo abordar aquel tema:

—Estás ausente. ¿Qué te ocurre?

—Nada, tengo mucha tarea.

Si le encargaba algo, respondía:

—En este momento no puedo, lo hago luego.

Si intentaba dialogar sobre sus ocupaciones, no mostraba el mínimo interés, cambiaba de conversación o argumentaba su imposibilidad de renunciar:

—No puedo volverme atrás. Me he comprometido con los compañeros y el partido. A Alberto le prometí que no faltaría hoy a la asamblea...

—Todo lo resuelves con que estás comprometido. ¿Y el compromiso con nosotros, dónde está? Está claro. Todo lo externo tiene la máxima prioridad para ti, en fin, excusas y más excusas —le decía impotente.

¿Quizás lo atosigo con mis demandas? La pregunta no hacía más que aumentar mi mala conciencia. Y como me desalentaba discutir, lo dejaba pasar.

De la noche a la mañana, exhibía un interés inusitado por asistir a congresos varios. Se pasaba las horas encerrado en su despacho. Y todo lo que emprendía, lo hacía de forma absorbente, con una pasión desmesurada, como si le fuera en ello la vida. Entendía su predilección por la investigación, había repetido en muchas ocasiones, «los profesores deberían ejercitarla más para completar su formación y ser mejores docentes. Por desgracia, a nuestra generación no se nos formó lo suficiente en ella». A mí no me parecía el momento adecuado. Cuando se ausentaba, era agotador. Las horas se dilataban sin fin.

A la vuelta de Madrid, estaba eufórico; hacía meses que no lo veía de aquel modo. Sin embargo, no se mostró muy comunicativo, tuve que sacarle las palabras con sacacorchos:

¿Qué tal tu ponencia?

—Bien, bien.

Tampoco se interesó demasiado por lo que habíamos hecho en su ausencia.

Si considerábamos que teníamos la misma profesión, ¿por qué mi dedicación a nuestro hogar tenía que ser mayor? Él se resistía al cambio. Y como estaba sobrepasada de trabajo, decidimos

contratar a alguien para que nos ayudara. Aun así, impulsada por una fuerza ciega, realizaba todas las tareas de manera casi mecánica. ¡Qué desesperación! Las cosas habían cambiado entre nosotros. Ya no era confidente de pormenores. No nos buscábamos el uno al otro. Recelosa y malhumorada, no me reconocía en mis frecuentes estados de desasosiego. Nuestra relación se deterioraba, aumentaron las desavenencias y los roces frecuentes, discutíamos por los detalles más nimios, y durante los pocos ratos que pasábamos juntos la tensión se mascaba en el ambiente. Hacía mil cosas distintas para atraer su atención; me arreglaba un poco más, porque últimamente estaba abandonada, Luis no se percataba de ello. todo era inútil. Un año después del nacimiento de nuestro segundo hijo, todo seguía igual.

¿Hacíamos vida social? Apenas. Se aproximaba el final de curso y quedamos un sábado con Alberto, su amigo íntimo desde los años del bachillerato y su esposa Ana, una mujer amable y extrovertida. Era atractiva, con ojos color miel, cabellos rubios y sedosos y unas facciones casi perfectas. Tenían un piso amplio y luminoso. Charlamos animadamente durante un gran rato. Adoraba gozar de la vida:

—Cada semana viene una chica del servicio doméstico, no puedo soportar el desorden y soy obsesiva con la limpieza.

—¿No te gustaría trabajar fuera de casa?

—Si no tuviera hijos quizás, pero con ellos imposible, no podría atenderlos bien. Lo contrario es una esquizofrenia, corriendo de acá para allá. Lo de la liberación de la mujer me parece un camelo, y Alberto también lo prefiere así.

La escuchaba atónita, sin atreverme a interrumpirla o contradecirla abiertamente. Ella no paraba de farfullar. Y no lograba abrirme paso en la maraña de su verbosidad, inversamente proporcional a la profundidad de su pensamiento

Ya en casa, el eco de sus palabras resonaba en mi cabeza. Sabía que el coste de mi independencia económica era muy elevado, por más que estuviera orgullosa con lo que había conseguido. «La liberación de la mujer me parece un camelo», había dicho. ¿Estaba ella en lo cierto?, porque más que liberada, yo estaba esclavizada y fragmentada. Me había formado para otra cosa y me veía haciendo de padre y madre, confinada al ámbito doméstico, encarcelada, con la certeza de que era la única que estaba a disgusto en aquella situación. Mientras tanto, me debatía en una contradicción. Mi realidad era muy distinta a la soñada, una convivencia en una auténtica igualdad y solidaridad sin diferencias de géneros entre nosotros. Mi estado se me representaba como una cruel ironía. Lo que consideraba un avance, se volvía como un bumerán contra mí. Y al final, como desde época remota, dependía de él para la crianza de mis hijos.

Siempre de acá para allá atenta a todo, pensaba en el fin de semana o las vacaciones para poner al corriente lo relacionado con los niños, coger cita para el médico, hacer compras, la comida, poner lavadoras, planchar. Tenía que empujar a Luis para que distrajera a Daniel o saliera al parque a jugar con él un rato con la pelota, mientras me ocupaba del pequeño.

Con calma me interrogaba de vez en cuando, ¿la independencia económica y trabajar fuera eran insuficientes? Desde luego que sí. Me venía a la memoria aquel artículo de Susan Sontag «El tercer mundo de las mujeres». Compartía su reflexión fundamental: la estructura misma de la sociedad se fundamenta sobre los privilegios masculinos. Era una cuestión cultural, nada más y nada menos. Los hombres no necesitaban recorrer el camino de la igualdad junto a nosotras, porque eso significaba renunciar a un privilegio del que habían disfrutado a lo largo de la historia. Pero no me resignaba, me parecía ¡tan injusto! ¿Por qué someterme? Estaba harta.

Ciertamente, la insumisión requería una energía enorme, pero era joven. Y aunque me resultaba penoso decirle lo abandonada que me hallaba, quería que supiera lo que me estaba ocurriendo:

—Me cuesta aceptar que no haga nada para enmendar esta situación. No cuento con nadie, no tenemos familia cerca que pueda ayudarme.

Solo me respondía el silencio. Ni mis ruegos ni mis protestas daban el fruto deseado. Mis palabras rebotaban como pelotas en un frontón. Lo que Luis hacía era extraordinario, en relación con lo mío.

Mirabas alrededor y veías progresos: nuevas guarderías, grupos unidos concienciados de la alienación de las mujeres que rechazaban la inamovible sociedad patriarcal, pero ¿quedaba tanto para que se hiciera patente, para que pudiéramos beneficiarnos de esos cambios! La teoría estaba bien, la práctica se retrasaba. Cuando repasaba las tareas fuera y dentro del hogar, me interrogaba: ¿Me había equivocado?

Quise apurar las últimas horas de aquel día despejado de otoño con un sol que calentaba un poquito.

—¿Vienes con nosotros al parque? Los niños y yo necesitamos aire libre.

—Me gustaría, pero tengo que preparar las clases del lunes. Saldré después.

No me acostumbraba a salir sola, no me sobreponía a la sensación de cierto desamparo; pero no tenía alternativa, eso o mantenerlos encerrados, y no estaba dispuesta a sacrificarlos. Daniel se divirtió mientras el pequeño dormía. La tarde iba cayendo levemente, las sombras hacían su aparición, el aire tibio se volvió frío, invité a Daniel renuente a dejar el parque, «un ratito más mamá, todavía no». Para él siempre era pronto para abandonar el juego.

Estaba esperando a Luis, «mañana veré las cosas de otro modo», me decía. Y escuchaba la voz de mi madre, «a veces hay que saber esperar y las cosas se resuelven solas, el tiempo lo arregla todo». El cansancio me venció aquella noche. En el sueño, era una adolescente expulsada de mi hogar, estoy en medio de la nada, con la soledad como única compañía; sopla un viento húmedo que alborota mis cabellos y hace frío y vuelvo mi rostro y veo a lo lejos el que fue mi refugio y quiero llegar hasta allí, junto a los míos donde me siento despreocupada, feliz con mis hermanas y regresar para siempre, a aquel que era mi mundo; pero no puedo alcanzarlo, me arrastro porque no puedo andar, mis piernas no me responden, algo me lo impide, no sé qué es y recojo un ramo de flores que quiero llevar a mi casa, pero ¿acaso es posible el regreso? Me desperté con un sobresalto, y estaba en mi nuevo hogar que me parecía extraño, queriendo salir, ahora sí, abandonarlo. Este sueño era como una premonición. Luis acababa de entrar:

—Por dios, ¿cómo llegas tan tarde?

—¡Lo siento, no he podido venir antes! Cuando los compañeros se ponen a discutir no hay quien los detenga.

Ingenua de mí, había confiado en que toda aquella agitación que traía entre manos fuera diluyéndose, pero sería aún peor. Una nueva decisión de Luis complicó las cosas aún más.

## El poder corrompe, no a todos en el mismo tiempo ni igual medida

Luis

Los días pasaban infructuosos. Me resistía a llamar a Rita, intuía con temor que si lo hacía muchas cosas iban a cambiar drásticamente. Empezar aquella senda era peligroso, pero un anhelo interior irrefrenable anulaba mi voluntad. La vida transita por senderos tortuosos a veces, y me perdería en uno de sus recodos.

Como la monotonía me abrumaba, me puse a investigar dónde se celebraba un nuevo congreso para quitarme de en medio. Aquello derivó en un respiro en lo académico, en una válvula de escape en lo personal y en algo más: la coartada perfecta para ocultar lo que me sobrevino después.

Había tenido lugar el golpe de estado de Tejero con el que sentimos desasosiego, escalofrío, miedo. La posibilidad de la vuelta a otros momentos oscuros de nuestra historia nos paralizaba. Por fortuna, aquello duró poco, aunque nos quedó el mal sabor por algún tiempo. Y en una mañana fría realicé aquella llamada que había ido dilatando. Algo ardía en mi interior:

—¡Hola, soy Luis!

—Sí, lo sé.

Mi voz me sonaba temblorosa, en cambio la suya al otro lado del teléfono era firme, poco sorprendida, como si la esperara desde hacía tiempo. No había hecho caso a la advertencia del filósofo, no había huido antes que el fuego del amor se avivara dentro de mí.

Y a finales de marzo me encontré metido en un avión con destino a Madrid. Saboreaba de antemano las mieles de aquella aventura junto al agujón de una mordida. Nos citamos directamente en mi hotel. La aguardaba impaciente. Al divisarla, la saludé con la mano y me levanté de la mesa. Resplandeciente con una amplia sonrisa, no ocultó su alegría al verme. Era como si la hubiera visto el día anterior. En mi mente se activaron de repente mis recuerdos y sensaciones, como si despertara de un nebuloso y dilatado sueño. La capital de España estaba dejando su huella en ella; vestía un elegante traje gris que cubría con un abrigo negro y en el cuello llevaba un pañuelo verde que proyectaba claridad sobre sus ojos negros apacibles y misteriosos. El pelo largo y suelto le caía sobre los hombros. Yo vestía de manera bastante informal.

—¡Hola, Luis!

—¡Hola, Rita, estás preciosa!, ¡cuántas ganas tenía de verte!

—Yo también. ¡Te he extrañado tanto!

No podíamos ocultar nuestro gozo al estar juntos. Tomamos unas cervezas, charlamos animadamente y luego salimos para ir a comer.

Todo se precipitó en la tarde. Tras un largo paseo, ella me pidió subir a mi habitación, petición que acepté. Hacer con ella el amor era como sumergirse en el agua fresca y reparadora del océano, tras haber experimentado un calor sofocante. Al salir del mar de su cuerpo, me embelesaba el paisaje de su bello rostro en calma, como nos deleitamos tras un baño al divisar a lo lejos el horizonte infinito. En ese estado puedes pensar sin más que estás en el paraíso. En mis actos amorosos, pensaba como Ovidio que cuando la mujer gozaba al mismo tiempo que el amante, era el colmo del placer. Así adoraba ver a Rita vencida de placer, desfallecida, sin permitir que la acariciara más.



Aquella noche logré dormirme más pronto de lo habitual. Todo estaba impregnado del olor cálido de su presencia que me dejaba inerte y me trasportaba a otros momentos de ensueño. Tenía la costumbre de perfumarse antes de ir a la cama. Al despertarme a la mañana siguiente, Rita aún permanecía dormida. Estaba de espalda desnuda. La sábana la cubría de forma irregular por debajo de la cadera. Su rostro se reflejaba en el espejo del armario de la habitación. La visión de su cuerpo era sublime. Parecía la *Venus del espejo*, también morena, diferente a otras diosas de la belleza del Panteón. Tenía mi corazón encendido de deseo. Me quedé contemplándola durante largo rato. Al despertarse ella sonriente, hicimos de nuevo el amor. Pasamos el día en la habitación, salimos solo para comer.

El domingo, nos despedimos:

—Prométeme que nos veremos pronto.

—Si, procuraré regresar lo antes posible.

Lo deseaba tanto como ella. En el viaje de retorno, trastornado, repasaba cada uno de sus gestos, cada instante vivido y me daba cuenta al mismo tiempo de la otra puerta abierta ante mí, la de la traición. Este sería el primero de otros muchos encuentros que se prolongarían durante unos años. Embarcado en aquella aventura no había calculado el abismo hacia el que me precipitaba.

¿Había algo más? No dejaba de lado mis actividades políticas; durante meses acudía con frecuencia a algunas reuniones del partido. En la primavera de 1987, Alberto y otros compañeros me habían convencido para que formara parte de las listas al Congreso de los Diputados. Era un halago que contaran conmigo y aún no había aprendido a decir que no. Aunque había intervenido en los movimientos estudiantiles durante mi estancia en la universidad e incluso formé parte de las listas municipales en 1979, nunca había pensado implicarme tanto políticamente. Me había formado para la enseñanza, la investigación y soñaba desde mi adolescencia en escribir algún día.

Sin embargo, cada vez más comprometido en aquel proyecto político, me seducía formar parte de esa izquierda que soñaba en construir una España diferente, más justa y democrática. En aquellas elecciones, de lo que hablábamos era de modernización. El partido había abandonado el marxismo desde el congreso extraordinario de 1979 con el ejemplo de Francia. Aunque sabía que las grandes reformas raramente vienen del hemiciclo y se logran porque el pueblo y su presión en las calles las demanda, no ignoraba que solo desde el poder se pueden cambiar las cosas.

Camila se exasperaba por mis ausencias. Una noche después de la cena se lo comuniqué:

—Mis compañeros quieren contar conmigo para las próximas elecciones generales.

—Bueno, ¿qué dices? No puedo creer que hables en serio, no dejas de sorprenderme. Tú nunca has querido dejar de lado la enseñanza por la política

Intenté tranquilizarla:

—Sí, tienes razón; sin embargo, es una ocasión magnífica. Además, salir elegido es una posibilidad remota, serán solo unos meses.

—No vas a convencerme —me dijo.

No me hacía demasiadas ilusiones, pero fantaseaba; si los resultados electorales eran favorables, me planteaba la oportunidad de oxigenarme al menos durante unos años y tendría la coartada perfecta, la ocasión propicia para continuar mis devaneos con Rita. No podía suceder nada mejor. Todo se confabulaba para que mi traición con su carga de mentiras tomara su camino definitivo.

Desde entonces, consumíamos las tardes, reunidos con ideas y propuestas para contribuir al

programa general. Horas nos llevaron también la elaboración de las listas, muchos querían figurar en ellas. Los que formaban parte de la ejecutiva provincial controlaban todo. Asistía en silencio y no perdía detalle por imprevisto y novedoso que me resultara. Me sorprendía el comportamiento de muchos compañeros, en especial los más antiguos que se protegían unos a otros. Sí, llevaban trabajando en el partido desde hacía mucho, pero me resultaba curioso... Antes de ser testigo de aquellas escenas, creía de forma ingenua que la política era una vocación de servicio público a los demás, nunca a uno mismo y que los intereses particulares estaban por detrás de los encaminados al bien común. Lo que observaba alrededor estaba lejos de eso, como los hechos me demostraron posteriormente. ¡Había tantísima gente que hacía de la política una profesión!

Tenía en aquello, como en tantas cosas, el ejemplo y el referente de mi padre. Él decía:

—El poder corrompe, no a todos en la misma medida ni en el mismo tiempo.

Había sido concejal y cuando decidió dejarlo, el alcalde le dijo:

—Luis, ¿ahora que los concejales van a cobrar quieres irte?

—Pues sí, precisamente por eso me marchó.

Con los años esa postura sería inconcebible. Por eso compartía con él la idea de que los mandatos tendrían que acortarse, diputados, senadores, ministros, presidentes. Un máximo de dos legislaturas, como en otros países.

El dinero fácil nunca le interesó, carecía de ambiciones económicas. Y había dado muchas muestras de ello. Había sido durante años presidente de la Cámara agraria de su localidad. La asignación que le correspondía durante su mandato, la destinó a comprar mobiliario para la sede. Tenía fama entre sus vecinos y familiares de honestidad, de fiabilidad y de buen hacer. Todos lo estimaban. Algunos familiares antes de tomar algunas decisiones cruciales para ellos lo consultaban, «voy a ver qué me aconseja el tío Luis». Yo además le profesaba una profunda admiración. Era mi gran maestro, y seguía su trayectoria personal, su ejemplo, sin empañar su honorabilidad ni con el vaho de mi respiración.

En junio, las listas estaban ya perfiladas. Como mi amigo era uno de los más influyentes tiró de mí. Y desde finales de aquel verano ya estaba enfrascado con una actividad frenética en la campaña electoral, nos jugábamos mucho. El 28 de octubre de 1982 estuvimos el día entero de una mesa electoral a otra, en una jornada ilusionante. Una vez que cerraron los colegios, nos quedamos en la sede del partido para conocer los resultados definitivos. A medida que finalizaba el recuento de votos nos sentimos exultantes. Los ciudadanos nos dieron su confianza y una mayoría muy amplia. El éxito fue rotundo, en total más de ocho millones y medio de votos y 202 escaños. Nuestra euforia era inmensa, nuestras ilusiones estaban colmadas. El discurso socialista de consolidación de la democracia, la vertebración de España, el ajuste económico y la incorporación a Europa se coronó con éxito. Me había quedado en puertas. No podía evitar cierta desilusión, aunque era lo esperable. Llamé a Rita

—Ya conoces los resultados. ¡Qué lástima, hubiera sido estupendo para nosotros!

—Sí, también estoy decepcionada.

A partir de entonces, el dinamismo febril que me había acompañado durante los últimos meses no decayó. Una vez que se constituyeron las cortes, volvimos a nuestra rutina. Con aquel triunfo electoral del PSOE se clausuraba la transición de la dictadura a la democracia avalada por la izquierda, aunque su papel no hubiera sido preeminente. Con menos ánimo, al año siguiente cooperé también en las elecciones municipales.

Durante los dos años siguientes, inmerso en mi doble vida, mantenía la cadena de mentiras ante

Camila, ajena al verdadero motivo de mis escapadas. Mientras se sucedían las estaciones, Rita y yo vivíamos en una primavera permanente, cargada de instantes luminosos y fragantes, gozando de lo que se nos había negado en su momento. La herida del primer amor había encontrado su cura. Mis sentimientos, dormidos durante los últimos años, despertaron en mi interior con una pasión renovada. Otra vez estaba enajenado por el amor hacia aquella mujer que me habían arrebatado de cuajo. No había vuelto a padecer aquel estado de nostalgia en el que había estado sumido. Había querido el azar que nuestros destinos se cruzaran de nuevo y que todo se enredara como los finos hilos de una madeja infinita. Ya no había forma de salir de aquel laberinto.

¿Qué sucedió entonces? Pues algo que dio a nuestras vidas un giro inesperado. En octubre de 1982 el compañero que me precedía en las listas había dejado su escaño por un nuevo nombramiento, así que ocuparía su lugar. Nos movíamos entre la sorpresa, el júbilo y la expectación, con cierto recelo por mi inexperiencia y con un sabor agrí dulce por parte de Camila. Superadas las primeras emociones por el cambio, me preparaba para aquella nueva actividad. Tramité una excedencia especial en la enseñanza por cargo público. En noviembre ya era diputado. Tenía que viajar a Madrid y permanecer allí parte de la semana, así que primero resolví el alojamiento. Busqué un piso cerca de las Cortes para mudarme en enero, mientras tanto me alojé con unos amigos. Me sentía como niño con zapatos nuevos, impulsado por la novedad. Podría colaborar para materializar algunas ideas y proyectos que me habían acompañado durante los últimos años. Debía familiarizarme con la nueva dinámica, el contacto con los medios de comunicación, las entrevistas, la asistencia a actos diversos. Salí del anonimato a la esfera pública con una entrega absorbente. Las primeras semanas fueron vibrantes, con sesiones y reuniones densas e interesantes que se prolongaban durante horas y me ocupaban gran parte del día.

¿Hubo algo más extraordinario? Pues sí, el modo en que afectó a mi idilio con Rita. Todos mis ratos libres eran para ella y yo saboreaba de antemano nuestras citas. Ya en mi apartamento dábamos rienda suelta a una pasión desmesurada. Tras hacer el amor, cuando la luz entraba furtivamente a través de las cortinas iluminando su rostro entrevisto en la oscuridad, me detenía observando cada uno de sus gestos, siempre atento a cualquier cambio. En especial, me gustaba verla sonreír, ¡qué guapa estás!

Mi relación con Camila se resentía de forma inevitable. Era la primera manifestación del desapego de la realidad que sufriría pronto. Luego comprobaría que la realidad se venga de los que huyen de ella.

Y llegaron las vacaciones de Navidad. No vería a Rita durante unas semanas. «No podemos arriesgarnos». A mi regreso empezaba la auténtica vida parlamentaria. Pero la mala fortuna alteró aquella aparente normalidad.

## El azar jugando a desestabilizar

Rita

Había dos fechas ineludibles en el año en las que viajábamos al sur, una era en verano para nuestras vacaciones en la playa. El mar ejercía siempre en mí una influencia beneficiosa. Nos divertía encontrarnos con nuestros viejos amigos, y a mí en especial estar con mis amigas de la facultad, algunas ya casadas y con hijos. Pasábamos ratos realmente agradables.

La otra fecha era en Navidad para reunirnos con la familia. A mi madre la echaba de menos, aunque me visitaba en Madrid de vez en cuando sin la compañía molesta de mi padre. Estas fiestas eran una de mis épocas preferidas del año, la gente abarrotaba las calles, el alumbrado invitaba al disfrute, los regalos colmaban nuestros caprichos y se prodigaban el lujo, las compras, las salidas y las comidas fuera. Aquellas serían muy diferentes, con consecuencias inesperadas y dramáticas.

Desde hacía unos años Luis y yo estábamos enredados en nuestro idilio. Cada vez que lo dejaba y volvía a casa, entraba en mi dormitorio y me tumbaba sobre la cama. Me parecía estar echada sobre un lecho cubierto de pétalos de rosas. Había recobrado la serenidad, la despreocupación y el brío de mis años juveniles. Mis amigas estaban sorprendidas ante mi profundo cambio. Todo lo que hasta entonces me sumergía en un tedio profundo, me distraía. Estaba de buen humor, activa y complaciente. Vivía con impaciencia sus llamadas de teléfono, intercambiábamos palabras de cariño, quejas por lo que nos echábamos de menos y mi pregunta recurrente, ¿cuándo vuelves? Contábamos los días que faltaban para nuestras citas, no tan frecuentes como deseábamos, pero como el mar nos renovábamos cada día, adivinando otras horas en compañía, noches sin fin despiertos hasta la llegada del alba. Nada perturbaba mi gozo. En nuestros encuentros, él tomaba precauciones que me parecían inútiles, porque mi cuerpo era como un campo yermo en el que nada fructificaba.

Las mañanas me parecían más luminosas, las horas más livianas y los instantes vividos con él más intensos. Nuestra pasión aumentaba con el tiempo. Luis, hombre amoroso y amable, no derrochaba gran sentido del humor, todo se lo tomaba demasiado en serio. Yo, en cambio, hacía bromas continuas de forma irresponsable:

—¿Imaginas la cara de Pablo descubriendo que su mujercita lo engaña? Su seguridad ibérica amenazada por un rival de provincias.

—No seas cruel —me respondió él.

Porque eso es lo que sin duda pensaría él. Su boyante posición económica, que se remontaba a varias generaciones, le insuflaba una seguridad sin fisuras. Su actitud dejaba vislumbrar en ocasiones que el mundo existía para servirlo, excepción hecha conmigo, ya que conocía la fuerza indómita de mi carácter y se cuidaba mucho de manifestar en nuestra relación su natural temperamento.

Me dejaba arrastrar por mi corazón y gozaba de un amor que me habían arrebatado tan cruelmente. Me habían robado lo mejor de mi juventud. Mi felicidad la vivía como lo más natural del mundo. Luis me regalaba mágicos instantes de amor y ensueño. Saboreando este amor prohibido, me vengaba de todos y, en cierto modo, también de mi marido, aunque él no había actuado nunca de forma que pudiera justificar mi comportamiento. Su pecado era su modo de ser y su actitud ante la vida que tanto aborrecía, aunque nunca hubiera tenido el valor de

confesárselo. Me complacía la idea de estar cobrando una deuda que habían contraído conmigo años atrás. Una deuda inmensa.

No necesitaba fingir demasiado ni mentir, cuando Luis estaba en Madrid. Pablo raramente iba a comer al mediodía o llegaba tarde. Habitualmente, tenía alguna tarea pendiente o algún cliente al que ver, y eso me daba bastante independencia, aunque en más de una ocasión tuviera que colgar precipitadamente el teléfono por su regreso repentino. Todo pasaba completamente desapercibido para él. Si me preguntaba algo, le mentía:

—He comido hoy un sándwich y luego he ido a visitar almacenes para suministrar a nuestra tienda.

Nuestras conversaciones, que nunca me habían entusiasmado, me cansaban hasta la saciedad. Mientras él hablaba, mi mente viajaba lejos de allí:

—¿Me escuchas?

—Sí, claro, es solo que estoy demasiadas horas de pie en la tienda y me canso mucho.

Nunca hablábamos de política, no me interesaba especialmente. Mi marido seguía la estela de mi padre, era un conservador, parecía más hijo suyo que yo. Nuestra vida era demasiado cómoda para gastarla en esos temas. En la ciudad, se respiraba un ambiente de bastante normalidad democrática.

Con sus amigos, nunca estaba donde debía estar. Asentía a lo que escuchaba, y cuando me interpelaban siempre estaba de acuerdo con la mayoría. Había comprobado lo rentable que resulta no decir lo que realmente opinaba en no importa qué asuntos. Así me dejaban tranquila; mientras tanto, los observaba y escuchaba los chistes sin gracia que les provocaban carcajadas interminables, sus comentarios insulsos y su insoportable autocomplacencia, con piropos y alabanzas mutuas, de manera que cuando salíamos de allí bien podrían volar sin dificultad, eran globos hinchados de vanidad.

Veía menos a mis amigas, «no puedo quedar con vosotras, tengo mucho trabajo». Ni siquiera Sofía conocía mi secreto. Aunque me hubiera gustado compartirlo con alguien y ella, más que una socia, era una amiga. Temía que se lo dijera a su marido. No me fiaba. Seguro que no lo entendería; escuchaba su voz, «¡cómo pones en riesgo tu matrimonio solo por una aventura!». Ella desconocía hasta qué punto mi corazón estaba lacerado, «esto solo puede comprenderlo quien haya sufrido algo parecido», pensaba.

Cuando me separaba de él notaba un auténtico desgarró en mis entrañas. Pero regresaba a la rutina de la vida madrileña, a un negocio que marchaba bien. Ella y yo viajábamos mucho y traíamos nuevas ideas para nuestra tienda. En ocasiones nos turnábamos y tenía algunas tardes o mañanas libres en las que me levantaba sin prisa y aprovechaba para visitar otras tiendas, compraba vestidos nuevos y aprendía más del negocio hablando con las dependientas.

Lo peor eran los fines de semana en los que Pablo se quedaba en casa. Pasaba horas interminables en su despacho ajeno a lo que ocurría a su alrededor; adicto al trabajo y al dinero; forjado como buen economista, llevaba al detalle tanto nuestra economía doméstica, como la contabilidad de las empresas a las que asesoraba o las cuentas de nuestro negocio. Hacía un presupuesto anual para nuestra casa con los ingresos y gastos, algo incomprensible para mí. Me comunicaba de vez en cuando, como si se tratara de una cuestión de estado:

—La partida del presupuesto que habíamos destinado a gastos imprevistos está ya agotada.

—¡Qué manía la tuya, qué afán de controlarlo todo! —le decía irritada. Me parecía ridículo Solo dejaba una partida abierta, la mía.

¿Por qué fueron dramáticas aquellas Navidades? No queríamos bajo ningún pretexto poner en

peligro nuestro idilio a pesar de que estábamos tan cerca. Sin embargo, el azar, que gobierna caprichoso nuestras vidas y cuya acción perturbadora ignoramos a menudo, nos jugó una mala pasada.

Sucedió en una mañana clara de diciembre, tan característica del sur; Pablo y yo habíamos ido a comprar algunos regalos. Justo cuando nos disponíamos a salir de unos grandes almacenes, nos tropezamos con Luis y Camila. Nuestro primer impulso fue saludarnos como si nos conociéramos todos, aunque era la primera vez que coincidíamos los cuatro:

—¡Hola!

—¡Hola! — contesté.

Después de las oportunas presentaciones, me incliné hacia Camila con la que nunca había cruzado una palabra, aunque la había visto en compañía de Luis en otras ocasiones:

—¡Encantada!, ¿cómo estáis?

—Encantada —me respondió.

—Muy bien. Hemos venido a pasar el día con los niños. Y vosotros, ¿Cómo por aquí? Os hacía fuera —añadió Luis.

—Llegamos ayer de Madrid como cada año. Luis es un compañero de la facultad, ahora es diputado en el Congreso —añadí, mientras me dirigía a Pablo.

No había terminado de pronunciar aquellas palabras, cuando me di cuenta de mi error. Y reaccioné rápidamente:

—Vi a Marta ayer y, cuando recordábamos nuestra época en la universidad. me lo comentó, ¡Enhorabuena!

Camila, relajada al principio, se sorprendió cuando hice referencia a Madrid y a la nueva condición de Luis; su rostro se ensombreció de repente. Me sentí aturdida, pero procuré que no se me notara. Luis manejó bien la situación:

—Sí, efectivamente.

Pablo estaba en Babia, distraído como siempre, pero enseguida se interesó por el partido que representaba Luis y por su cargo. La condición de privilegio y el núcleo de relaciones que Luis tendría en aquellos momentos suscitaban su interés y, estaba segura, cierta envidia, porque si había algo que él admiraba, era el mundo de las apariencias y estar rodeado de personas influyentes. A continuación, nos despedimos y nos deseamos felices fiestas.

La imagen de sus niños, sin parar de corretear alrededor de nosotros, se me quedó grabada. Tenían un gran parecido con él, sobre todo el mayor, sus mismos ojos negros, sus largas pestañas; rebosaban ímpetu y salud. El mío ni siquiera tuvo la oportunidad de nacer. Había sentido su presencia cálida, lo acaricié a través de mi vientre, jugaba a adivinar su rostro, pero se disolvió en un torrente de púrpura. Podría haber cumplido cinco años. Después olvidé aquel incidente.

A mediados de enero de 1985, por fin estaba esperando a Luis, lo añoraba mucho. Como las sesiones en el Parlamento no se reanudaba hasta principios de febrero, pasábamos juntos más tiempo. Para esta ocasión, me he puesto un traje rojo anaranjado:

—¡Qué guapa! Un color muy español que te sienta fenomenal y te dota de fuerza y pasión — me dijo al verme.

Cuando estábamos juntos Luis y yo, me arreglaba para él. Al sentirme más libre, había cambiado mi forma de vestir, había recuperado el estilo informal de mis años juveniles, aquellos estampados bohemios que me fascinaban. La ropa expresaba mis nuevas emociones, era una herramienta de comunicación con la que reflejaba el dulce momento por el que atravesaba.

Conocía mi poder de seducción; cuando quería ejercerlo sobre alguien, no ahorraba esfuerzos en utilizar recursos varios para atraer su admiración. No me desprendía de los vestidos bonitos. Me hacía ilusión conservarlos; con el paso de los años, aquellas prendas permanecían en mi armario para entablar conmigo diálogos silenciosos y contarme historias pasadas. Allí me detenía de vez en cuando a contemplar aquel traje de chaqueta de pata de gallo en tonos verdes y naranjas o aquel otro Chanel con predominio de tonos rojos y azules comprado en Santa Cruz de Tenerife.

Con Luis era una persona diferente y me regocijaba con esa sensación. En el papel que desempeñaba en mi matrimonio no me reconocía. En mi aventura era más yo, más aquella joven alegre, despreocupada, vital que fui en la adolescencia, «sacas lo mejor que hay en mí», le decía. Nuestros encuentros eran un maravilloso interludio en mi anodina vida a la que por otra parte no podía renunciar. Me atraía demasiado su comodidad. ¡Qué pereza me daba romper con aquello, aunque los costes fueran enormes para mi felicidad! No tenía que preocuparme de nada concerniente al dinero, Pablo se encargaba de todo. ¡Si al menos hubiera hecho un esfuerzo y hubiera terminado mis estudios, si hubiera confiado más en mí! Mi padre se reía de mis sueños. Cuando se enteró de mi proyecto de la tienda no lo aprobó. Su voz ronca retumbaba como el sonido de un trombón, ¡Qué frivolidad, una tienda de moda! Para mí, sin embargo, la moda tenía una gran importancia cultural, a pesar de los prejuicios de tantos por su carácter comercial y efímero.

Yo seguía colmando mis deseos, acompañada por el hombre que un día dejé atrás, sin adivinar lo que nos sobrevendría.

## Como un jarro de sospecha fría

Camila

Yo estaba lejos de adivinar lo que me aguardaba en aquellas nefastas Navidades. Habíamos pasado por dos campañas electorales con reuniones interminables en el partido hasta altas horas, con días agotadores, tardes eternas, noches de espera, ausencias por motivos varios acompañadas de insomnio que adquirían «la amplitud de los astros» y ansiolíticos que terminaban rindiéndome.

A regañadientes, le había arrancado un viaje a Grenoble durante la pasada Semana Santa. Era la única forma de conseguir que estuviera con nosotros. Como no somos religiosos, preferíamos utilizar aquellos días para descansar. Hicimos el trayecto en tren, cada niño iba con su mochila como si fueran mayores; estrechábamos vínculos, sin que Luis estuviera pendiente de sus quehaceres cotidianos. No obstante, me irritaba su necesidad de hablar por teléfono más de lo deseado.

Nos alojamos en un hotel familiar. Recorrimos las ciudades de alrededor, Chambéry y Annecy, pequeña ciudad con canales y un bonito lago por el que paseamos en barca; subimos a los Alpes d'Huez, famoso por la carrera ciclista del tour de Francia donde Luis y los niños patinaron encantados durante un buen rato. Apenas encontrábamos niños franceses en trenes, bares o restaurantes, en especial por la noche. Los pocos con los que coincidíamos eran bastante menos ruidosos que los nuestros. Sus vacaciones tampoco coincidían totalmente con las nuestras. Fue un viaje estupendo y liberador, aunque con algún contratiempo. Al retorno, perdimos el tren de uno de los enlaces y cogimos un taxi en Perpiñan para poder enlazar con el tren de Barcelona. Teníamos que llegar puntuales a nuestro trabajo y lo conseguimos, eso sí nos gastamos un pastón.

Se sucedían las estaciones, los intervalos oxigenantes del verano. La playa que adorábamos ocupaba gran parte de nuestro descanso, donde los niños más se divertían y menos lata daban. Después de comer dormíamos la siesta y por la tarde dábamos un paseo al que Luis raramente nos acompañaba; ocupado como era habitual, me veía obligada a salir sola con los pequeños. Una vez cenados, nos quedábamos ya tranquilos durante un buen rato bajo las estrellas, al fresco de la noche, sin ganas de ir a la cama por el calor. El mar y el descanso eran una auténtica terapia, sin los que me sería difícil comenzar el curso.

Pero el comienzo inesperado de la actividad parlamentaria de Luis en otoño representó para mí el colmo de la temida soledad, la plenitud de la alegría para él. Era un movimiento continuo, un no parar de ir de acá para allá. Durante las primeras semanas en Madrid, me telefoneaba cada noche. Esperaba impaciente su llamada después de acostar a los niños:

—¿Qué tal tu día?

—Agotador, el pleno ha sido muy largo y tenso —me decía él.

—Hoy los niños se han divertido mucho con sus amigos en el parque, han terminado rendidos. Te echo mucho de menos.

—Yo también a ti.

Después intentaba relajarme un rato con alguna lectura antes de irme a la cama, pero su ausencia se me hacía insoportable, no me habituaba. Hasta aquel momento, no empecé a darme



cuenta de mi gran dependencia de él. Como tardaba en conciliar el sueño, temía la llegada de la noche que delataba más mi estado de desvalida que de desvelada.

Su retorno no lograba tranquilizarme, en un trasiego continuo, «hoy tengo una reunión» o «mañana tengo que asistir a un acto en representación del partido en Niebla» o «debo ultimar algunos temas antes de volver a Madrid». Él intentaba calmarme, «La política es así, un ejercicio demasiado absorbente». Todo el día colgado al teléfono. Ni siquiera mostraba su constante y natural preocupación por los niños, y como odiaba que los escasos ratos juntos se vieran perturbados, no incidía demasiado en el asunto. ¿Me equivoqué al no desaprobar su presentación a las elecciones? No medí las consecuencias de aquello. De todos modos, cuando quería llevar a término una idea, era difícil disuadirlo, mi oposición no hubiera servido de mucho.

Mientras tanto seguía con mi ritmo habitual, totalmente ajena a lo que me deparaban las próximas semanas. Durante las mañanas con las clases, por las tardes, ya más tranquila, imaginaba cosas extrañas, mi mente no cesaba de fantasear. «Sé que Luís me quiere, pero mi intuición me dice que algo marcha mal», pensaba. ¿Había dejado de estar enamorado de mí? ¿Quizás se había enamorado de otra mujer? No tenía evidencias de nada. Él no dejaba de demostrarme su cariño, pero su estado ausente me alarmaba. No quería que se notara mi desconfianza, nunca lo había hecho, pero era verdad que nunca había tenido motivos para ello. En esos días era diferente. Como no lograba tranquilizarme, había empezado a utilizar otros subterfugios. Y con afán detectivesco desarrollé el hábito de estar atenta a algún cambio en su rostro, a entrever una huella en sus conversaciones telefónicas, a buscar una pista en los bolsillos de su chaqueta con la pretensión y el temor al mismo tiempo de hallar un vestigio que arrojara alguna luz en las sospechas que iban brotando en mi interior. Y no conseguía averiguar nada que no fuera incertidumbre a manos llenas.

Nuestra débil dicha no se prolongaría demasiado. Al comienzo del otoño empezaron a caer las hojas del amoroso árbol que habíamos plantado en un jardín nuevo. Un fuerte viento que venía del este arrancó una ilusión. Otro precedente del oeste se llevó consigo un dorado sueño. Otro, no importaba de dónde, arrastró sin piedad una etérea fantasía. Y así, poco a poco, se fue quedando aquel árbol vacío, seco, enjuto.

Al final del trimestre, al cansancio general se añadían la corrección de exámenes, las evaluaciones, las clases que seguían su ritmo habitual, el comportamiento de los alumnos que ya estaban cansados. Y a esto el cuidado de mis hijos, sus actividades extraescolares, los deberes de Daniel, la preparación de mis clases. Extenuada, soñaba con los días de descanso de aquellas Navidades. Ya olía a fiesta, el alumbrado en las calles, las tiendas con los productos navideños y juguetes se adelantaban cada vez más. Tenían otra faceta menos atractiva, demasiadas obligaciones con la familia, los amigos, las comidas, los regalos. En fin, más que vacaciones, se convertían en una pura carrera de compromisos que detestaba, excepción hecha de la fiesta de Reyes por la diversión de los pequeños.

¿Qué ocurrió entonces? Aunque no atravesábamos el mejor momento en nuestro matrimonio, decidimos hacer algo diferente durante el fin de semana:

—Podríamos ir a Sevilla, necesito hacer algunas compras y después podemos llevar a los niños al parque —le sugerí

—De acuerdo.

Nos encantaba volver a aquella ciudad de vez en cuando, visitar los lugares que habíamos recorrido juntos. Nos traían buenos recuerdos: una plaza, los momentos de amor; una calle, nuestros perfumados paseos de primavera; un café, el calor de los amigos.

Fue aquel encuentro inesperado en Sevilla el que provocó que todo se fuera a pique. Tras Rita nombrar la estancia de Luis en Madrid y su nueva condición, todo se precipitó. Un jarro de sospecha fría cayó sobre mí y me caló hasta los huesos, ¿cómo sabía que ahora era diputado? ¿se lo había dicho su amiga Marta? ¡Qué extraño! Sentí como si un interruptor se hubiera activado en mi cerebro que se iluminó por completo. Un abismo se abrió a mis pies. Tras la sorpresa surgió la incertidumbre, la incredulidad, un estado de confusión general que en forma de lluvia impetuosa se desbordaba e inundaba mi rostro. ¡Ella está en Madrid! Confundida, agachaba la cabeza, miraba para otro lado, trataba de disimular; aunque no me veía, estaba segura de que mi turbación se reflejaba en mi rostro.

Después de despedirnos cortésmente, cogí a los niños de la mano con nerviosismo y comencé a caminar:

—¿Puedes esperar? —me decía Luis.

Era imposible detenerme. Mi consternación no le pasó desapercibida. Me conocía demasiado bien:

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan seria?

—Desconocía dónde vivían, nunca me lo has dicho.

Él no parecía sorprendido, intentaba mantener la calma:

—Creía que lo sabías.

—De sobra sabes que no es así, nunca lo has mencionado. Está bien, déjalo.

Trataba de recomponer mi gesto, controlarme y no continuar hablando de aquel asunto, estaba demasiado enfadada. Aunque me costaba fingir, prefería digerir aquello y guardar silencio por el momento.

La jornada transcurrió lenta y taciturna. Terminadas nuestras compras, fuimos al parque de María Luisa para comer; aquel día Luis no dejó de jugar con los niños, no fue necesario insistirle:

—Queremos montarnos en la barca. Sí, sí, por favor, papá.

—Vale, vale —accedió él.

—¿Vienes con nosotros? —me preguntó.

—No, prefiero dar un paseo.

Él no insistió. Apenas se acercaba a mí. Me alejé y me topé con la Glorieta de Bécquer y recordé sus versos. También yo, cuando intuí la traición, «sentí el frío de una hoja de acero en las entrañas».

En el viaje de retorno, los niños se quedaron dormidos, nosotros apenas cruzamos palabra. Ya en casa, me quedé realizando algunas tareas, mientras Luis regresaba a la sede del partido para una reunión con los compañeros, «volveré pronto, te lo prometo». Sabía que no sería así, siempre decía lo mismo.

Y a partir de entonces, empecé a atar cabos, sus frecuentes viajes, su actitud en los últimos meses, su estado ausente; todas las piezas encajaban a la perfección como en un puzle.

Me esforzaba en rechazar aquel pensamiento inquietante y perverso; todo se cubrió de penumbra a mi alrededor. Mi última cavilación de la noche era para ellos, la congoja primera de la mañana también.

La idea de la traición me martilleaba sin piedad. Me habitaba una rara sensación, una desazón permanente me oprimía el pecho, paladeaba el sabor amargo de la náusea, me arrebatava la ira, en fin, un revoltijo de emociones que como olas encrespadas rompían y bramaban en mi pecho. Y junto a esto, el deseo profundo de que nada fuera cierto, solo el fruto de mi loca imaginación,

que tuviera tan solo la consistencia frágil de una idea malévola que se había colado sin querer entre los entresijos de mi mente. Y paralizada, era incapaz de plantearle claramente mis dudas. Tenía miedo de que me confesara una verdad que no quería oír, insoportable para mí. No concebía nuestra vida alejada de él. Los dos amábamos profundamente a nuestros hijos. Acorralada estaba.

Hacía ya mucho que Rita había desaparecido de mi campo de preocupación. Había sufrido mucho tiempo la acometida de los celos, pero ya había superado aquella época en que me desvivía preguntándome, «¿seguirá enamorado de aquella mujer?» o «¿algún día podría volver con ella?» Durante años, la sentí lejana, y su larga sombra fue desapareciendo poco a poco. Sin embargo, el pasado resucitó de golpe y con él mis perturbadores temores, mis suspicacias constantes. Nunca imaginé que ella irrumpiría otra vez en mi vida.

Y ya no tenía sosiego, hora a hora rumiaba aquella desdichada coincidencia en Sevilla que desencadenó en mí una auténtica pesadilla. No conseguía apartarla de mi pensamiento. Cualquier revés me trastornaba. Los celos, «el monstruo de ojos verdes», se apoderaron de mí. Cercada por una nube de sospechas, los imaginaba juntos y me embargaba una auténtica desesperación. Con el paso de los días no hacía más que ahondar en la posibilidad del engaño.

Notaba que desde hace meses Luis se escurría al igual que un pez entre las manos. Me esquivaba al acercarme a él, «tengo mucha prisa, llego tarde y los compañeros me esperan» o «los niños me están llamando». Sus ojos ya no eran mi espejo. Ya no respondía con su mirada a la mía. Si me colgaba de su cuello, cogía mi mano y la apartaba amablemente. Lo que antes era el preludio de una unión entre nosotros, el roce que bastaba para enredar su cuerpo en el mío, desde hacía tiempo, quedaba reducido a unos segundos.

Se reanudaron las clases en enero. Las horas pasaban lentas y el tiempo era plomizo. Mi reloj se había detenido en el mismo día que los encontré en los grandes almacenes. En el instituto, conseguía olvidar a ratos, pero mis tareas se sucedían de forma mecánica. Iba de una clase a otra, corriendo para cambiar los libros. El contacto con los alumnos me mantenía bastante distraída. Entonces, me sentía mejor trabajando.

Era para mí inevitable experimentar un sentimiento pertinaz de culpa, «no he sido capaz de mantener la llama de una pasión que ahora me quema sin piedad.», pensaba. Me había abandonado a su amor como el niño lo hace a los brazos de su madre, a un amor que creí un asidero único, seguro, inquebrantable. Peo se había hecho pedazos con solo el roce de una suave brisa, indolente, perfumada y cálida que creyéndola lejana, había reaparecido al principio de una estación y sorprendía a un corazón al parecer ya deshabitado.

**CUARTA PARTE**  
1985

## **La vida, un tirano que tarde o temprano se cobra su tributo**

Una vez recorrido estos años, llegamos a una tarde de 1985, en el que nuestros protagonistas se encuentran en un momento crucial de sus vidas. Luis no para de fumar un cigarro tras otro mientras espera impaciente, indeciso, apesadumbrado la llegada de Rita en su pequeño apartamento de Madrid que le resulta ahora claustrofóbico.

¡Qué difícil resulta mirar a nuestro alrededor y hallar a alguien a quien la tiranía de la vida no lo haya zarandeado sin piedad o asestado un duro golpe a veces, hasta tumbarlo a ras de suelo, como el árbol arrancado de raíz por un viento huracanado! A duras penas, consigue uno erguirse, recomponer la figura descompuesta, redirigir las fuerzas debilitadas con acopio de energías y aprender de nuevo a caminar.

Vasallos del tirano, estamos obligados a sufragarle tributos, un tributo desigual e injusto, para unos más que para otros; imprevisto, unos antes que otros; y siempre extemporáneo, pero todos al fin. Desconocemos el momento exacto de saldar cuentas, de solventar nuestras deudas, pero no escapamos a su arbitrariedad y su despotismo. Nuestra deuda es inexcusable. Aun sabiéndolo, raramente estamos preparados. Confiamos ingenuamente en burlar su control gracias a nuestra veteranía y saberes acumulados durante años. Pero la vida es fortuita, implacable y desleal; no perdona, te agarra a traición y no tiene prisa, en especial es paciente. «La vida es larga», había dicho Elliot; «la vida es larga y muy corta», decía el padre de Luis.

Había llegado ese momento decisivo para Luis, Camila y Rita, lo que tanto temían y algunos sospechaban. Imposible dar marcha atrás. No habían sido suficientes la previsión, la confianza, el conocimiento.

## La confesión, un cristal hecho añicos

Luis

Después de una fresca mañana de trabajo, me hallaba descansando en aquella tarde de abril de 1985, que invitaba al disfrute más que a empañarla recordando el pasado. Ingenuo de mí, trataba de ganar tiempo y dilataba una decisión imperiosa; confiaba en que algún acontecimiento exterior acudiera en mi ayuda, pero nada sucedía que no fuera enredarme cada vez más en aquella loca aventura en la que estaba enzarzado, inmerso hasta la médula. El futuro que vislumbraba estaba lleno de interrogantes.

¿Qué había sucedido hasta mi entrada activa en política? Rita y yo seguíamos embarcados en lo nuestro. Desde mi primer encuentro con ella, todo había girado en torno a la búsqueda en el calendario de una nueva oportunidad para volver a Madrid donde solíamos almorzar juntos antes de refugiarnos en mi hotel. La asistencia a congresos se convirtió en mi mejor aliada. No se me ocurría nada mejor para justificar mi próxima huida junto a ella. Por desgracia, mis ocupaciones no me lo permitían tan pronto como lo ansiaba. Aprovechaba cualquier hueco en el instituto para investigar en qué punto de España tenía lugar alguno para pedir permiso, cubrir mi ausencia en el centro (por fortuna, nadie me pedía ningún certificado de asistencia) y justificarme delante de Camila:

—¿Otra vez? Francamente no entiendo ese afán tuyo de hacer tantas cosas, me parece excesivo. Tenemos un proyecto con el que no cumples. Debemos salir más con los niños y estoy cansada de hacerlo sin ti —me repetía ella.

Procuraba evitar los desencuentros con ella, pero me resultaba difícil. Mi actividad me arrastraba de forma inevitable, y la verdad era que no hacía lo suficiente por remediarlo. El teléfono nos ayudaba a mantener viva la llama de nuestra pasión, mientras deseaba ardientemente mi regreso a Madrid, donde las horas se me escapaban como agua entre los dedos. En dos ocasiones más nos encontramos en aquellos meses.

En casa me encerraba en mi despacho con el pretexto de mis clases y la preparación de nuevas investigaciones, la obligación impuesta ante los ojos de Camila. La evitaba cuanto me era posible, esquivaba sus preguntas reiteradas y molestas. Mis respuestas podían traicionarme, si decía algo inconveniente, si caía en contradicciones. Calculaba cada paso con mucha antelación para no cometer un error que sería trágico para todos.

Después de un año, mi entrada en el Parlamento colmó todas mis expectativas. «Sí, lo más duro será al principio, después volverá a ser como antes», le decía a Camila para tranquilizarla.

Entonces cobraban pleno significado las palabras de mi padre. Aprisionado me hallaba, cogido por el toro de la vida. ¡Y cómo! Esperaba ansioso encontrarme con la mujer que me había cautivado el ánimo, que me había hecho perder las riendas de mi vida, a punto de ser dinamitada. Me había dejado arrastrar arriesgándolo todo porque el romance tenía su atractivo, me veía más libre, más moderno, no pensaba en lo que sucedería, creyendo como un iluso que dominaba mi destino, que todo continuaría como antes y que pondría fin al devaneo cuando lo deseara; no fue así como ocurrió. Nunca le había mentido a Camila antes, por primera vez le era infiel, pero mi deseo había sido superior al malestar por el engaño. Y temía que conociera mis andanzas. Entre un viaje y otro, al retorno de mis fingidas ocupaciones, el grueso fardo de la culpa hacía mella en mí.

En aquel día de primavera, anhelaba y temía la llegada de Rita, tenerla frente a frente, comunicarle mi decisión. Ella me atraía con una fuerza irresistible. Había sonado el timbre, acudí presuroso. Abrí, allí estaba, con toda su belleza a cuestas. Venía enfundada en el vestido azul índigo con el que sumaba su elegancia a la intemporal belleza de un color que me conducía a la orilla del mar:

—¡Hola! —me dijo.

—¡Hola, cariño! ¡Qué bien te sienta ese vestido! Te da cierto aire melancólico.

Ella sonrió:

—Creo que tengo un aire de todo menos melancólico. Se colgó de mi cuello.

—¡Cuánto te he echado de menos!

—¡Y yo a ti!

Hablamos atropelladamente. Nos confundimos en un abrazo y desaparecimos el uno dentro del otro. Nuestras uniones amorosas eran furtivas, impacientes, llenas de una pasión infinita. Sin embargo, en aquella tarde de regalo que gozábamos, una sombra amplia y alargada aleteaba sobre nosotros, amenazando con cubrir de oscuridad nuestros cuerpos. No tuve valor para transmitirle mis inquietudes aquella vez. Evitaba empañar aquel momento, pero, por otra parte, no podía esperar mucho

Todo ha ido demasiado rápido:

—Hoy tengo que irme pronto, necesito hacer unos recados antes de regresar a casa —dijo ella.

La acompañé a la puerta. De su mano cálida se desprendió un beso que me tiró en la distancia. Otras veces, cuando me dejaba, me moría por estar de nuevo con ella, contaba los minutos, las horas para nuestra próxima cita. Aquel día, sin embargo, me sentí liberado. Ella se marchó, pero quedaba la estela de su perfume, el *sillage*, aquella sensación que te envolvía y te hacía sentir que aún permanecía a tu lado. Intenté hacer algo útil, pero no lograba concentrarme en nada, me costaba respirar, me asfixiaba, necesitaba salir. Me llevé más de una hora dando rodeos sin rumbo fijo. De regreso, estaba a solas con mi duda.

Hacía meses que Camila estaba muy irritable, imposible más bien, especialmente a partir de las pasadas Navidades, cuando nos topamos con Rita y su marido. ¿Intuía lo que había entre nosotros? Me asustaba que pudiera enterarse. Creí que estaba ajena a todo, aunque hubiera conocido que Rita vivía en Madrid. Sabía que no lo aguantaría, confiaba ciegamente en mí, por más que no me lo merecía.:

—Tenemos que hablar —me repetía.

Yo, con las mismas excusas:

—Estoy ocupado, ahora no puedo, cuando regrese esta semana, lo hacemos sin falta. No te preocupes, espera un poco.

Trataba, como un irresponsable, de aplazar aquella conversación, de no enfrentarme a la realidad. Admiraba profundamente a mi esposa, su amor a nuestros hijos, a nuestro hogar, a mí. Su capacidad para llevar tantas tareas hacia adelante con ánimo y abnegación, pero adoraba a Rita. Pero si continuaba con aquella locura, iba a perder a Camila y a mis hijos. Estaba desesperado, no era moralmente congruente y me resultaba molesto comprobarlo.

El viernes subí al tren de regreso a casa. Mientras se deslizaba, levanté los ojos de la lectura y miré en la lejanía a través de la ventana. Todo estaba nublado y una extensa niebla se extendía por doquier. Poco después el sol volvía a lucir. El tiempo se detenía y me otorgaba la clemencia que demandaba anhelante. El tren era el puente que me conducía de la orilla del mundo de mi idilio a la orilla de la realidad que, alejada durante unos días, llamaba acuciante a mi puerta.

Durante el trayecto me iba desprendiendo de Rita. Tenía sueño, apenas había dormido la noche anterior y había madrugado. Mi cabeza giraba y giraba. «No pensar, procurar no pensar. Si no piensas no existe, si no lo hablas no existe. Y tú no hablas de tu doble vida con nadie. No eres capaz de verbalizar tu traición». Cerré los ojos, me venció el cansancio: veo a Camila que espera impaciente una explicación, irritada, miro a los niños que corretean despreocupados, alegres a nuestro alrededor, ignorantes del drama que se cierne sobre nosotros. Y yo de pie, indeciso, mudo, sin saber adónde acudir.

Al despertar estaba ya en mi destino. El viaje me pareció más corto que nunca. Tan pronto como abrí la puerta, divisé a Camila sentada en el salón esperándome.

—¡Hola!

—¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Y los niños? —pregunté.

—Están aún en el colegio.

A continuación, todo se precipitó, sucedió lo inevitable. Me lanzó a bocajarro:

—Se acabó mi paciencia. Ahora que estamos solos, vamos a hablar.

Estaba claro que no quería esperar, no pude eludir la conversación. Ya se me habían agotado todas las excusas. Fue directamente al grano:

—Estás con ella, ¿verdad?

Me quedé de piedra. Fue imposible ocultar mi turbación:

—¿Qué insinúas? ¿a quién te refieres? —exclamé con disimulada sorpresa.

Al principio traté de negarlo como un cobarde. Lo que tanto me había repetido, si por manos del demonio se enteraba de lo que estaba ocurriendo, había que negar la evidencia hasta donde pudiera resistir:

—No es verdad, te imaginas cosas; sabía que en cualquier momento saldrías con una de estas, con tal de tenerme metido en este ambiente que me asfixia, no es justo.

En fin, lancé todas las mentiras que había recolectado poco a poco en la cosecha de mi imaginación. Las frases me salían atropelladamente unas tras otras, disparadas como flechas.

A medida que comprobaba la mezquindad de mi mentira, rectifiqué y le confesé la verdad. No pude ocultárselo más y dije lo que tantas veces había ensayado que no tenía que admitir, porque sabía que si lo hacía la perdería y eso era lo último que deseaba, pero mi máscara había caído, y solo salió una frase:

—Sí, es verdad, estoy con ella, no sé cómo ha ocurrido, lo siento mucho, Camila, lo siento.

—Lo sabía, hace tiempo que lo sé. ¿Cómo has podido hacerme esto? ¡Qué tonta! Nunca imaginé que podrías engañarme de esta forma. Ni a soñar que me hubiera echado. No me esperaba esto de ti ¿Desde cuándo viene sucediendo? —me preguntó.

Me señala furiosa con su índice condenatorio, en un gesto que aborrecía. No lograba responder. No tenía palabras para consolarla. Rompió en un estallido de recriminaciones. Era un auténtico volcán en erupción. Nunca la había visto así, tan descompuesta. Trataba de calmarla desde los dos metros de distancia que nos separaban. Todo era inútil. No me atrevía a acercarme a ella. Lo único que se me ocurría era en una actitud opresiva pedirle que se callara, que parara, que se tranquilizara:

—Por dios, no te pongas así, esto se va a acabar, te lo aseguro.

No sabía lo que prometía.

—Haz lo que quieras, has terminado para mí, no volveré a confiar en ti —me respondió ella.

Y lloró hasta la extenuación. A continuación, se fue al dormitorio:

—¡Ni se te ocurra subir esta noche! —me advirtió.



El cristal de nuestra unión se hizo añicos con mi confesión. Fue un duro golpe para ella. Estaba devastado. Había estado jugando con fuego, caminando al borde del acantilado. Me derrumbé en una silla hundiendo la cabeza entre mis hombros, apretando las sienes con mis manos. Permanecí así un buen rato. Después fui a recoger a los niños al colegio:

—¡Qué bien, papá, estás aquí!

Cuando entramos en casa:

—¿Dónde está mamá? —preguntaron enseguida.

—Se ha acostado, le duele la cabeza.

Camila no hablaba delante de ellos de aquella dolencia suya, «si se acostumbran a escuchar esto, terminarán quejándose ellos también». Les puse la merienda con toda la naturalidad de que fui capaz. Ayudé a Daniel con los deberes, luego les di la cena, los bañé y los acosté. Camila no bajó a comer, yo no subí. Dormí en el sofá y me marché apenas amaneció. Temía su reacción al levantarse. No me aventuré a ponerme frente a ella. Preferí alejarme por unos días. Le dejé una nota sobre el aparador con mis propósitos, aunque en aquel momento no estaba seguro de nada, navegaba en un mar de dudas sumergido en una gran confusión y una tremenda tristeza.

Cuando volví a Madrid, con perspectiva y sosiego lo vi más claro, tenía que decidirme. ¿Y si el tiempo me quita de nuevo a Rita? Entonces perdería a las dos. Mi frustración sería entonces mayor, más desesperante. Definitivamente tenía que alejarme de Rita. Sin embargo, me faltaba valor para decírselo. Seguro que no lo entendería. Ella despertaba en mí cierta compasión, como Prometeo estaba destinada a sufrir eternamente por su rebeldía.

## Un idilio en ruinas

Rita

El lunes había salido de la tienda para realizar algunos recados mientras esperaba el regreso de Luis. Lo había notado tenso la última vez que nos vimos y me era imposible evitar cierta preocupación. Mi intuición no me hacía presagiar nada bueno, a pesar de que él no me confesara abiertamente sus temores. Presentía que Camila conocía lo nuestro:

—Últimamente la noto extraña, no parece la misma, apenas habla, nunca se ha comportado así. ¡Sería terrible para nosotros!, imaginaba, pero rechazaba enseguida la idea.

Tenía la mosca detrás de la oreja desde la mañana que nos encontramos en Sevilla. No me pasó desapercibida la expresión de Camila, cuando se nombró nuestra residencia en Madrid. Sus luminosos ojos se ensombrecieron de repente, como si una nube borrascosa los hubiera atravesado, mudó su semblante bruscamente y un rictus de contrariedad afloró a su rostro. Pareció ausentarse por unos instantes. Me alarmé, pero en aquel momento preferí no comentárselo a Luis para no preocuparlo. Ya nada fue como antes.

Al final de la mañana, Luis me llamó:

—No podremos vernos hoy, no terminaré pronto, tengo una comisión a la que no puedo faltar.

Lo he notado más lacónico de lo habitual, inquieto quizás, su estado se traslucía en el tono apagado de su voz.

El día siguiente amaneció raro. Sentí el frío desde que me levanté lo que me obligó a coger una chaqueta y un fular. Al salir, contemplé los nubarrones grises que coronaban el cielo. Había caído una lluvia fina; al cesar los pájaros airoso corroteaban con un aleteo frenético y alegre. Lejos retumbaba el ruido sordo de un trueno; los árboles se mecían al compás de un viento desapacible; la calle, en otros momentos repleta de transeúntes en una ida y venida acelerada y nerviosa, estaba casi desierta.

Después de cerrar la tienda por la tarde, fui a encontrarme con Luis. Cuando llegué a su apartamento, me abrió; no sonrió al verme. Tenía ojeras y se le notaba fatigado:

—Me he quedado dormido.

No me miró directamente a los ojos. Nuestro reencuentro fue apasionado, aunque breve; quizás más silencioso de lo habitual. La sombra de lo inevitable se cernía sobre nosotros. Intentaba ocultar su malestar:

—¿Te encuentras bien? ¿Qué ha sucedido?

—Lo que nos temíamos; Camila ha conocido que estamos juntos, y no he sido capaz de ocultárselo. Cuando lo he reconocido, ha puesto el grito en el cielo, no paraba de llorar y lamentarse.

Recibí la noticia entre incrédula y abrumada:

—¿Qué vamos a hacer? —le dije.

—Lo mejor por lo pronto es que dejemos de vernos, tengo que reflexionar. El verano nos vendrá muy bien.

—Como quieras —le contesté.

No paraba de moverse de un lado para otro. Era la primera vez que lo veía dudar. Traté de animarlo sin éxito. A mí no se me ocurría qué podía añadir.

Recibí la noticia entre incrédula y abrumada. Mi intuición no me había fallado. En realidad, no sé por qué me sorprendí. Él amaba a su familia, nunca me lo ocultó. Simplemente lo nuestro tenía que acabar, aunque lo viviera con total naturalidad, como si fuera a durar siempre. Recordé aquel otro momento en el que le comuniqué lo mismo. ¡Qué ironía! Era como si me estuviera pagando con la misma moneda, pero no era así. Él era incapaz de albergar ese sentimiento, lo conocía muy bien. Más bien la vida se vengaba de mí.

Logré controlarme en su presencia. Porque aquella noticia había sobrepasado el umbral de mi fortaleza. Se alejaba otra vez de mí y lo dejé ir sin suplicar. Me horrorizaba que Luis se sintiera encadenado, sujeto, lo quería libre.

Solo le dije esto:

—No quiero que me acompañes.

No me hizo caso. Me cogió de la mano hasta la puerta. Bajamos en el ascensor en silencio y salimos a la calle. Había comenzado a lloviznar otra vez. Nos mojamos un poco. Parecía no importarnos. De pronto, una descarga de viento y agua nos obligó a refugiarnos en un portal. Me mojé el bajo de los pantalones y los zapatos. No duró mucho, la típica tormenta de primavera. Me acompañó hasta el taxi y nos despedimos. Lo hice con toda la dignidad de la que fui capaz:

—Te llamaré —dijo.

—De acuerdo, te esperaré.

Al alejarme, no volví la vista atrás, aunque intuía que él me estaría mirando. En adelante, ya no volví a mirar atrás. El cielo se había aborascado amenazador a pesar de estar a finales de la primavera. No pude evitar que mis ojos se inundaran de lágrimas, en cuanto volví la espalda. ¡Yo que era como un pedernal, resistente al llanto! Las primeras gotas de lluvia que caían se confundían con mi llanto. Me sequé el rostro bruscamente con un pañuelo.

Mis ilusiones se han desprendido como hojas de un árbol en un mustio otoño. En el suelo quedan restos de una alfombra dorada que pronto sería de sombra, que la lluvia cubriría toda de luto en aquella noche. Sentía mi corazón dolorido, como colgado de un pequeño gancho. Esta ruptura era mucho peor que la anterior.

He vuelto como un autómatas. Al llegar a casa, Pablo me estaba esperando para cenar. Apenas lo he mirado:

—Me voy a la cama, necesito descansar.

—¿No vas a cenar nada? Puedo subirte un sándwich.

—No, gracias, no tengo hambre.

Me fui directa al dormitorio. Me derrumbé sobre la cama, las lágrimas, contenidas con esfuerzo, brotaron inundando mi rostro.

Durante los días siguientes no hallaba sosiego. Sentía un desvalimiento brutal. ¿Qué iba a ser de mí? Sin Luis, sin su amor y su presencia, mi existencia no tenía ningún aliciente. Era lo único que le daba sentido. Otra vez me hallaba sola, otra ilusión dinamitada. ¿Empezar de nuevo? No tenía fuerzas para nada, solo una pereza que me paralizaba. Alguien había dicho que la pereza era un signo de mediocridad. Y yo era las dos cosas, perezosa y mediocre. Mi futuro era de un negro caravaggiano, pero en el que apenas adivinaba un rayo de luz. Confiaba en que lo nuestro no acabara así.

Empecé a descuidar mi aspecto exterior. Mi tía se horrorizaría si me viera. Recordaba sus palabras, aunque no encontraban entonces en mí el efecto deseado. «nunca salgas a la calle sin arreglarte». Ella que era toda elegancia, el espejo en el que me miraba. ¡Influyó tanto sin pretenderlo en mi interés por la moda, por las joyas! Y al parecer todo está en los genes, el ser

altruista, cooperativo, oportunista, incluso ordenado es una cuestión genética. ¡Pobre madre mía en lucha perpetua con mi desorden!

¿Cómo seguía entretanto? Sin calma y pendiente de que Luis me llamara. Si sonaba el teléfono, me palpitaba el corazón para defraudarme después, «Hoy regresaré a casa tarde, cenaré con un cliente», siempre era Pablo. Para soportar la espera, cuando la tienda me lo permitía, dibujaba porque era una de las pocas aficiones que aún conservaba desde jovencita. Había emprendido muchas actividades durante el bachillerato como solfeo, clases de guitarra, baile, pero todas acababan aburriéndome y las abandonaba; difícilmente ponía feliz término a nada. De todas ellas me quedó mi atracción por el dibujo, una habilidad heredada de mi familia paterna, mi refugio cada vez que deseaba evadirme, sortear mis miedos, refugiarme en mis recuerdos o fantasías. No había nada que pudiera absorber más mi mente. Me conectaba con el mundo de una manera especial, casi física, mi cuerpo con el papel. Mis preocupaciones presentes o futuras se evaporaban. Cuando mi padre, incapaz de ver en mí en mí alguna habilidad (para él todo lo que yo hacía era una tarea inútil, sin ninguna rentabilidad) que mereciera ser espoleada, me castigaba en mi habitación, dibujaba durante horas los trajes que veía en las revistas o las fotografías que hacía. Alguna vez, mi hermano me prestaba, tras rogarle mucho, la Pentax regalada por su cumpleaños. Fotografiaba flores, a las numerosas turistas que veía en la calle, atenta a los tonos que coloreaba aprovechando la claridad que entraba por un amplio ventanal. Casi siempre terminaba dormida sobre la cama. Cuando las revelaba me parecía que tenía toda la belleza y perfección del mundo entre mis manos. Aquello me hizo desarrollar destrezas que con posterioridad me vendrían fenomenal.

Por otra parte, reanudé la visita a los museos, otra de mis ocupaciones preferidas antes de mi idilio. ¿Para qué iba allí? ¿Para mi enriquecimiento personal, para buscar el placer estético y constatar el asombro que me producían tantas de aquellas obras de arte? No lo sé exactamente, un poco de todo. Me atraía caminar por salas habitadas solo por seres que murmuraban no sabía qué. En un dialogo sin palabras, los pintores me hablaban a través del color, las líneas, la disposición de los objetos. Admiraba su maestría y soñaba sin cortapisas, sin réplicas castrantes.

Y en este ir y venir, esperaba y esperaba la llamada de Luis y me debatía entre el temor a que nuestra ruptura fuera definitiva y la esperanza de que todo volviera a la normalidad. Por lo pronto, se hizo trizas mi idilio. En ruinas, cayó como caen las hojas en un poniente de ámbar.

## El amor queda herido de muerte con la traición

Camila

Luis lo ha confesado todo. ¿La vida matrimonial había terminado siendo aburrida y demasiado previsible para él? Quizás. Parecía que el cielo se hubiera derrumbado sobre mí. Mi ira brotaba a borbotones amenazando con desangrarme y el llanto caía torrencialmente de mis ojos anegando mi rostro. No quería verlo, la sola idea de mirarlo a la cara, cruzarme con él, sentir su presencia, era ya un suplicio, tal era mi indignación. Me había traicionado el hombre a quien había amado sin reservas, a quien le había entregado todo. Confiaba ciegamente en él, pero me había equivocado. Tenía mis sentidos taladrados por el dolor de un engaño que me mordía y me quemaba por dentro. «No volverá a ocurrir, te lo prometo», me repetía una y otra vez, pero ya no lo creía y me irritaban sus palabras. No conseguía controlarme, me callaba a ratos, pero volvía de nuevo a increparlo, a lamentarme, a gritar mi rabia. Cuando pensaba que me había vaciado por completo de mi amargura, desaparecía por unos segundos para retroceder de inmediato, había olvidado algo, lo gritaba y otra vez me iba. Y en repetidas ocasiones, volvía a aullar mi incredulidad, mi desconcierto, mi desesperación:

—Por favor, para de hablar.

Me sacaba de quicio que me mandara a callar y él utilizaba este recurso cada vez que era incapaz de discutirme con argumentos, porque sabía que yo tenía razón. Se escudaba en ello como en un búnker inexpugnable.

—No me mandes a callar o te arrojaré lo primero que encuentre.

Y era capaz de hacerlo ¡Tan irritada, tan fuera de mí estaba! Así lo entendió, porque enmudeció y desapareció de mi vista:

—Nunca te lo perdonaré —le gritaba mientras se alejaba.

Y no paraba de llorar. Sin apenas conciliar el sueño, me levanté con una jaqueca insufrible. Bajé a la cocina a tomarme un calmante. Los niños aún dormían. No había rastro de él. Vi que había dejado una nota sobre el aparador que rechacé leer por el momento.

El lunes me incorporé al instituto. Las lágrimas me sorprendían por los pasillos, iba dando tumbos entre clase y clase. Pero ¿alguien puede creer que aquello me importaba en medio de tanto desaliento? ¡Cuántas emociones contradictorias puede albergar un corazón! Las mías se erguían en mi interior y me golpeaban como un frío vendaval.

Con el paso de los días, había perdido el apetito. Mi cabeza semejaba un tiovivo, no paraba de fantasear. No dormía a pesar de tomar tranquilizantes. Las noches se me hacían eternas. Trataba de ocultar mi estado sin lograrlo. Y estallaba a la menor ocasión como una presa desbordada.

Mi compañera Ana, ajena a lo me ocurría, me decía:

—¿Qué te pasa? Te noto muy seria.

—No he dormido bien por mi jaqueca —disimulaba.

Necesitaba de forma imperiosa compartir mi dolor, hablar con alguien que pudiera comprenderme, vaciar mi pecho del pesar que lo embargaba. ¿A quién? No importaba, a cualquiera; intentaba no esconder mis sentimientos porque no me beneficiaba. Consideraba que, si los verbalizaba, experimentaría un gran alivio, me liberaría de lo que me aprisionaba. Lo que a uno le sucede casi nunca es tan grave como lo piensa. Lo había comprobado otras veces, pero miraba alrededor y solo tropezaba con el vacío. Había cometido entre otros errores el de

aislarme, el descuidar mis relaciones y a mis amigos y había reducido mi existencia al trabajo, a la casa, a mi marido y al cuidado de los hijos. Y comprobaba mi soledad absoluta, mi abandono.

Aquella mentira me hizo desembocar en una auténtica encrucijada. ¿Qué debía hacer? ¿Lo que tantas mujeres hacían en estos casos, luchar por mi hogar, devanarme los sesos intentando adivinar en qué había fallado, discutir el estado al que habíamos llegado, perdonar y olvidar? ¿Comenzar de nuevo si él me lo pedía? ¿Anteponer el bienestar de mis hijos a una separación que pudiera traumatizarlos?, me preguntaba. Una voz interior me invitaba al sacrificio, otra más potente se rebelaba. No lograba salir de aquel mar de confusión donde solo la penumbra reinaba.

Lo amaba tanto que pensar solo en vivir sin él me resultaba aterrador. Cuando él me apretaba fuerte contra su pecho, creía estar tocando el cielo con los dedos. En esos instantes no existía nada en el mundo que pudiera desear más. Con él experimentaba el delirio del amor, era mi vida. Me encontraba perdida, contemplando cómo se alejaba más y más envuelto en un horizonte de niebla húmeda. Luis había sido mi brújula, y yo había perdido toda certeza, al borde del naufragio estaba.

Sufría por las palabras lanzadas como cuchillos para herirlo sin remedio. ¿Y si tenía razón y si había motivos? Y no saber qué hacer y el paso a remolque de las horas, y el peso inmenso de los días dilatados sin consuelo, y la espera imperiosa y el dolor que entumece y las ganas reprimidas de decirle lo mucho que lo amaba, y el miedo al rechazo, al desdén, a no hallar la paz codiciada, y el llanto sin que cayera ya una gota, y el rostro descompuesto y los labios sellados, y el ansia inmensa de que todo cambiara, y el viento aullando en los cristales. «Todo se ha acabado entre nosotros», pensaba.

¿Cuánto duró aquello? Poco. A pesar de las promesas que me hacía, sabía que no soportaría la presión, que no aguantaría llegado el momento de la súplica y mi voluntad se resquebrajaría. Así ocurrió porque yo era débil.

Había regresado de Madrid:

—Te ruego que me perdones.

Y me fui relajando. A mi furia primera seguía solo un ligero malestar que iba cediendo a sus requerimientos, a su amabilidad, a su buena disposición para estar a mi lado. Y poco a poco se fue derribando la muralla de arenisca que había levantado entre nosotros, y se instaló la duda, mi perdición; lo amaba demasiado para tirar todo por la borda; imaginaba que podría arrepentirme si decidía abandonarlo. Mis hijos eran demasiado pequeños y necesitaban a su padre. Quizás podría olvidar aquello. Y bajé la guardia.

Pero a medida que pasaban los días, yo estaba demasiado susceptible y con los nervios a flor de boca. La más mínima contrariedad era propicia para recordar lo sucedido, el agravio y una catarata de reproches acudían a mis labios, todo se removía en mi interior y reflataba como los efluvios de una mala digestión. Y decía muchas más cosas de las que deseaba, de tal modo que una vez que me desahogaba, a floraba la culpa y me dejaba en un estado de absoluta desolación.

Incapaz de olvidar, contemplaba cómo nuestro amor, que creía resistente a cualquier amenaza, se desmoronaba y nuestro matrimonio se precipitaba hacia el abismo. Y tenía una idea fija que me atormentaba. Hasta del aire tenía celos. Él era un hombre cariñoso, amable, comprensivo. Sabía que cualquier mujer estaría contenta teniéndolo a su lado. Los imaginaba juntos; a ella desinhibida, atractiva, desenvuelta como siempre la recordaba, gozando junto a él. Y la cólera me inundaba, me trastornaba, me cegaba.

Repuesta de los estragos que aquellas reflexiones me causaban, fui tirando hasta la llegada de las vacaciones estivales. Finalmente tomé la determinación de liberarme de aquella carga que me

postraba y me impedía mirar de frente y mostrar mi rostro. Porque el desencanto era muy grande. Ya no me abandonaba a sus brazos, la suspicacia lo impregnaba todo, mi confianza hacía aguas por doquier; no podía ni deseaba enturbiar aquel amor claro que un día él había hecho florecer en mi jardín. Puse distancia entre nosotros:

—Tengo que ausentarme durante unas semanas. Me iré con los niños a casa de mis padres, allí podré meditar sobre lo nuestro.

—Si eso es lo que quieres, de acuerdo —me dijo.

A ellos no les comenté el verdadero motivo de mi visita sin Luis:

—Se ha quedado porque tiene mucho trabajo, aprovechará nuestra estancia aquí para adelantar. No obstante, vendrá algún fin de semana —les dije

Estaba segura de que intuían algo, lo leía en los ojos de mi padre que me miraban en silencio, lo escuchaba en las preguntas que mi madre no lograba pronunciar. Eran muy prudentes.

Él nos visitaba, pero nada mejoraba con el paso de los días, desconcertada comprobaba que recaía en un estado de postración; el malestar tozudo por el engaño se pegaba como cola a mi piel y me impedía respirar. Y él insistía, no quería entenderlo:

—Te juro que mi amor hacia ti no ha menguado un ápice. Es tan solo que no he podido resistir la tentación, he estado ofuscado y he creído que aún la amaba. Me he equivocado. ¡No sabes cuánto lo lamento!

Jamás podría superar aquel desengaño. En cualquier relación, lo más nocivo que puede ocurrir era la pérdida de confianza en el otro. No adivinaba otra solución que la separación. Y resonaba en mis oídos aquellas palabras de mi padre: «Si tú no te quieres, quien te va a querer». A veces soñaba que estábamos bailando. Me fascinaba bailar, en cambio Luis no era un gran bailarín, pero me complacía. En el sueño me cogía por la cintura, su mano fuerte se aferraba suavemente a mi cuerpo; me hallaba segura, feliz. Él aparecía entonces con una carencia, con una herida o sin su vestimenta habitual, no distinguía claramente su rostro, sin duda señal de nuestra separación, pero estaba segura de que era él. Despertaba con alegría. Seguidamente la cruda realidad se imponía. Y aquella aspiración que un día acaricié de defender a los demás se quebró, ni siquiera era capaz de defenderme a mí misma.

Sabía que podía perdonarle. Al fin y al cabo, nunca me había engañado antes. Olvidar, era distinto. Pero «¿podría superar aquel horrible escollo? ¿no había estado durante meses fingiendo para solventar aquella coyuntura?», me preguntaba. La traición había esparcido en el campo de mi alma las semillas de la prevención y el recelo. La desconfianza había penetrado en mí como una limpia y fría puñalada y había calado tan hondo que mi amor había quedado herido de muerte.

## En indigentes nos convierte la vida con sus cobros

Luis

Lo presentía ya en el calor amortiguado del día, en la necesidad de abrigo al caer la tarde o en el rumor sosegado de las olas cuando le robábamos a septiembre algunas jornadas para escaparnos al borde del mar. Sin embargo, las primeras lluvias eran los auténticos heraldos de que el otoño había llegado. Y volvíamos a la rutina, los niños se habían incorporado al colegio y Camila al instituto.

Habían pasado varios meses desde que todo se había trastocado. Mi vida aparecía toda envuelta en una bruma, como en un mal sueño. Forzado por lo acontecido, con mil dudas, con un inmenso dolor había decidido romper con Rita. ¿De forma definitiva? No, me tranquilizaba, sin cerrar todas las puertas por si acaso, concediéndome un respiro:

—Camila está al corriente de lo nuestro, no me ha quedado otra opción que admitirlo. No podemos continuar juntos.

—Hacía tiempo que esperaba algo así —me contestó.

Me había resistido a este triste final, pero tuve que sucumbir. Como Ulises, abandoné los brazos de Calypso, su viña de racimos maduros, su jardín de violetas y anémonas para volver a mi esposa, a la tejedora madre de mis hijos. Me había dejado vencer por mi amor a mi familia.

Rita fue generosa, aunque trató de disimular su asombro, no me pidió nada. Eso me ayudó. Me susurró al oído:

—Me has regalado las horas más gozosas, los días más dulces, las noches más cálidas. Nunca lo olvidaré. Serán mi mejor compañía donde quiera que esté. Estoy segura de que no volveré a encontrarme sola jamás.

Al despedirnos, aunque impulsado por un «favorable y plácido viento», sentí un desgarró en mi interior.

En lo sucesivo, trataba inútilmente de darme ánimos y consolarme, «¿Su pérdida ha sucedido cuando aún puedo reconducir mi vida?», pensaba. Más tarde hubiera sido peor, más peligroso. Era joven, quizás aún no estaba todo perdido, corregiría algunos errores.

A partir de ahí, Camila y yo nos esforzamos en normalizar nuestra convivencia, pero no conseguimos enderezar el rumbo de nuestra relación. La separación del verano no había ejercido el efecto beneficioso que esperábamos y la armonía, el sosiego y el necesario olvido no fueron duraderos. Ella se mostraba taciturna y desconfiada. A la menor oportunidad, me llovía una rociada de reproches, singularmente desde que había comenzado de nuevo mi actividad en Madrid. En el fondo dudaba de mi ruptura con Rita y no conseguía convencerla de lo contrario.

Y empezó a alimentar una idea fija, disparatada, absurda. Hasta que un día me planteó:

—Quiero que renuncies a tu escaño.

Me sorprendió:

—No puedo abandonar la política. ¿De dónde has sacado esa idea? ¿Cómo voy a prescindir de esto? ¿Has perdido el juicio, dejarlo todo?

No solo se trataba de compromiso, por supuesto, estaba muy ilusionado. Hacía de intermediario entre administraciones, acudía en representación del partido a asambleas locales, a actos institucionales, conocía a gente interesante, aprendía cada día algo nuevo, me enriquecía, y, lo más importante, resolvía problemas. Sí, porque una de las ventajas que tenía el poder era la



oportunidad que te ofrecía de realizar proyectos, materializar ideas, ayudar a gente que lo necesitaba, algo imposible si eres una persona de a pie. Aquello era muy gratificante.

Mi vida había experimentado un cambio increíble. Juzgaba como un lujo la suntuosidad de la vida parlamentaria en contraste con la escasez y penuria que soportábamos en el instituto, donde no disfrutábamos ni siquiera de calefacción, lo que me obligaba a comprarme ropa de abrigo especial que me permitiera estar cómodo para impartir mis clases y tolerar el frío del crudo invierno. Por el contrario, en el Congreso, todo era espléndido, las grandes, mullidas y lujosas alfombras, las grandiosas pinturas que colgaban de las paredes, los espacios enormes, las estatuas, el espectacular Salón de Pasos Perdidos, cuyo nombre evocaba en mí la magnífica novela de Alejo Carpentier. Pero todo aquello no me importaba en el fondo, porque nunca me había tentado el lujo.

Sin embargo, sí había algo que me atraía, un lastre enorme que arrastra el hombre libre: la vanidad, el enorme peso que el poder ponía en la parte mezquina del alma. Un veneno, paladeado por mí en una pequeña dosis, casi irrisible, fue suficiente para contaminar mi alma. Aunque Paracelso había escrito, «el veneno es la dosis», no era solo esta, también la concentración en tan escaso tiempo podía provocar cambios importantes en su estructura y, en mi caso, había resultado fatal. Y yo que había sido capaz de abandonar a Rita, carecía del coraje, la determinación para hacer lo mismo con el poder; me faltaba voluntad para renunciar a aquella oportunidad magnífica que se me brindaba. ¡Tan absorbido estaba!

Camila no se avenía a razones. De nada servían mis súplicas, solo se me ocurría una cosa:

—Te prometo que no volveré a enrolarme en nada parecido. Ya falta poco para terminar la legislatura. Te suplico que esperes.

Y como no accedía a dejar el escaño, estaba resuelta a nuestra ruptura. No entendía su terquedad, su intransigencia, su obstinación.

A pesar de todas mis demandas, mis ruegos, mis promesas, se había mantenido firme, impermeable, dura como un bloque de granito.:

—No te creía tan inflexible.

—Las personas cambian, y no es mi responsabilidad —me contestó.

Así que lo dispusimos todo para nuestra ruptura. Hablamos durante jornadas enteras. Nos queríamos demasiado para hacernos más daño. Los dos deseábamos que fuese lo menos dolorosa posible para todos:

—Los niños son aún demasiado pequeños, pueden quedarse conmigo por ahora, y tú los recoge el viernes para pasar con ellos los fines de semana. Puedes visitarlos siempre que quieras, más adelante veremos cuando lleguen las vacaciones —me dijo

Carecía de vigor para rebatirle nada. Me mostré de acuerdo.

Así que otro otoño amarillento se abrió paso. Observaba las hojas doradas que se desprendían suavemente de los árboles. Aquella mañana el sol se ocultaba a ratos por el paso lento, reposado y armonioso de las nubes cada vez más negras que presagiaban lluvia. La noche se cerró con una tormenta, con un aguacero torrencial. Desde la cama se escuchaba el fuerte viento que zamarreaba las ramas de los árboles y el frío se colaba por las rendijas de las ventanas. Los truenos retumbaban con furor. Mi tormenta interior no la desmerecía.

Cuando volví a Madrid, una vez que Camila y yo habíamos terminado, no resistí la tentación de contactar con Rita. La telefoneé. ¿Pretendía reanudar lo nuestro? Carecía de certezas, lo que me urgía entonces era tener un hombro para descargar el peso que me abrumaba, pero otra sorpresa me aguardaba:

—¡Hola, Rita! ¿Podemos vernos?

—No esperaba tu llamada. No puedo, me marcho de Madrid mañana. Tengo nuevos proyectos. Lo siento, dejémoslo así, quizás algún día volvamos a encontrarnos —contestó seca.

—Adiós —añadí desconcertado.

Tú iluso imaginabas que hallarías a quien habías abandonado, que ella aún estaría esperándote, deseando encontrarse contigo como siempre; pero ya no te esperaba. Con toda seguridad la habrías decepcionado, como lo habías hecho con Camila, con tus hijos, porque parecía que ese era tu destino, condenado a tus vacilaciones, a defraudar, a desencantar.

¿Había algo positivo en medio de aquel desastre? Durante los meses posteriores me dedicaba enteramente al Congreso, iba y venía cada día sin descanso, participaba de la forma que no lo había hecho antes en los pormenores de la vida parlamentaria, me desvivía para no estar inactivo, para no detenerme y así no me quedaba tiempo para asomarme a mi interior desierto y oscuro. Lo peor era la orfandad que me embargaba al volver a casa, despojado de toda compañía para compartir mi descanso, mi intimidad; nadie me aguardaba, nadie me requería, nadie me echaba de menos.

Otra vez, resonaba con fuerza en mi interior otro de los aforismos preferidos de mi padre, «la vida es un tirano que tarde o temprano se cobra su tributo». Si, en efecto así era; por lo pronto había saldado uno de otros muchos, uno asignado por partida doble, por cada uno de mis amores. El tirano fue implacable. Fue imposible escapar de esa deuda. ¿Estaba arrepentido? No. No pensaba, ¿por qué no pude evitarlo? Aunque no quería ver la realidad, intuía que esto ocurriría, porque hay que pagar un precio por algunas de las decisiones que uno toma. Unas ocasiones se gana, la mayoría se pierde. Lo fundamental es que cada vez te vayas acercando más a la verdad.

Sin embargo, no me recobraba de aquella decepción, solo me acompañaba la ausencia, la pérdida de Rita, de Camila, de mis hijos. Y me quedé solo, como un indigente, la vida al ejecutar sus cobros me dejó convertido en pobre de solemnidad.

## La huida de un horizonte turbio

Rita

Hemos pasado el verano en el sur. Ya en Madrid, la ciudad se me antojaba lejana y triste sin Luis. Me costaba tirar adelante. La tienda me aburría, todo me abrumaba. En aquella ciudad donde, en apariencia, solo había beneficios, con una posición económica holgada, con actos sociales, con la asistenta en casa, no me sentía libre, no decidía yo.

Luis me había dicho:

—No puedo seguir contigo, necesito un periodo de reflexión. El verano nos vendrá muy bien.

Y desde entonces los días se sucedían grises, monótonos, húmedos, con el tedio pegado a los poros de mi piel, sin ninguna perspectiva. Arrastraba un malestar continuo, pesado, plumizo. Deambulaba por las calles sin sentido, entre una multitud insensible, ajena, frenética; en medio, yo ausente, perdida, cegada por el reflejo de una luz agria y sombría. Por supuesto, Pablo desconocía el motivo de mi estado, pensaba que estaba relacionado con nuestra imposibilidad de tener hijos:

—Quisiera ayudarte.

—Todo se arreglará —le contesté.

Para superar aquel estado, como era incapaz de hacerlo por mí misma, me vi obligada a visitar de nuevo a la psicóloga, una mujer elegante, poco expresiva, pero afable. Sus observaciones, aunque a primera vista parecían elementales, me resultaron muy útiles. Durante las sesiones hablaba y hablaba y ella apenas me interrumpía, esperaba que fuera desbrozando poco a poco la tenebrosa y enmarañada senda de mis sentimientos y, solo cuando comenzaba a vislumbrar en la selva de sombra por la que deambulaba algún destello de luz, se agarraba a él, como quien pesca un pez en su anzuelo, y me iba conduciendo lentamente a una posible salida, iluminando mi andadura. En realidad, ella me hacía ver que las cosas eran más sencillas de lo pensaba.

Aquel día, había llegado a la consulta más pronto de lo habitual y aproveché la espera para ordenar mis ideas. Cuando estuve frente a ella, le dije:

—Necesito dejar a mi marido, la vida con él me resulta una penosa tarea, me molesta lo que hace y dice. Por mi último cumpleaños me regaló un precioso collar que no puedo ponerme; cuando me miro con él al espejo, me siento mal por aceptar regalos que no merezco y me dan ganas de quitármelo bruscamente y hacerlo trizas. No sé qué responder, cuando me pregunta por qué no lo llevo, si no me ha gustado, si hubiera preferido otra cosa:

—No termino de encontrar la prenda apropiada que le vaya bien —le repito una y otra vez.

—Seguro que te queda precioso con tu traje azul —me dice él.

La psicóloga me preguntó:

—¿Ha intentado dejarlo alguna vez?

—No tengo el valor suficiente, nunca paso a la acción, ninguna ocasión me parece apropiada.

—Seguro que para eso nunca habrá un momento apropiado. Si de verdad es lo que quiere, cuanto antes mejor.

Hoy por fin, tras varias sesiones sin demasiado éxito, hemos concretado:

—¿Qué se le da bien? —me ha preguntado.

—El dibujo ha sido lo único que he cultivado con cierta continuidad en mi vida, lo practico desde niña.

—Pues dibuje y pinte. Pinte y dibuje. Eso la ayudará sin duda.

He vuelto de mejor humor. No tenía mucho donde elegir. Así que allí estaba, decidida a hacerle caso. Salí una mañana y, antes de llegar a la tienda, me compré lo que me faltaba, pinceles, óleos, lienzo.

En adelante, dibujaba y pintaba más; como un sedante desde el abandono de Luis, me resultaba algo divertido; la variedad de colores era un goce para los sentidos, mezclarlos una tarea sorprendente, conseguir el tono deseado un desafío y lograr un resultado afín al modelo, fascinante. Me ayudaba a canalizar mi malestar, la poca fortaleza que tenía. Especialmente, lo hacía por las tardes y los fines de semana, sin tener noción del paso del tiempo. Pablo había llegado de jugar al tenis la tarde del sábado. Se sorprendió al llegar, ¿Todavía pintando? En el fondo le complacía verme ocupada. En la terraza, solo la aparición de las sombras me indicaba que el día había llegado a su fin. Al día siguiente me levantaría temprano para captar las primeras claridades del amanecer, era mi momento preferido para trabajar en algo creativo, una vez superado el malestar y la desgana habitual de abandonar la cama. Entonces más que nunca necesitaba desconectar del exterior. Poco a poco era capaz de doblegar aquellas primeras impresiones sobre el lienzo y dar forma a lo que quería expresar.

Como había sido una asidua del Prado, hacía réplicas de mis pintores favoritos. Así que la pintura me ayudaba más que la tienda en aquellos difíciles momentos. Me fascinaba pintar paisajes desnudos de figuras humanas y de vez en cuando, aunque no eran tanto de mi agrado, algunos bodegones con flores, muchas flores como tantas mujeres relegadas a pintar géneros menores; durante siglos, encontraron dificultad en la sociedad para llevar al lienzo el desnudo y trabas para frecuentar un taller compartido con jóvenes del sexo opuesto

Octubre había finalizado. Después de vagar desorientada por las calles, una vez cerrada la tienda, llegué a casa y me eché en el sofá Mientras veía la televisión, una luz ambarina se colaba entre los pliegues de las cortinas y destellaba sobre las revistas esparcidas sobre la mesa. Me quedé dormida. Me desperté sobresaltada al llegar Pablo que entró eufórico:

—Tengo buenas noticias. Mi empresa me ha ofrecido un puesto en Londres, nos vamos.

—¿Cuándo? ¿cómo? ¿qué dices?

—En noviembre —dijo exultante.

Guardé silencio. Me había quedado paralizada. Ni siquiera se molestó en preguntarme mi opinión, daba por sentado que nos marchábamos. Tras algunos segundos, reaccioné:

—De acuerdo.

Ciertamente tenía necesidad de huir de mi realidad sombría. Quizás sea una solución, al menos momentánea. «Transitaré por otras calles, exploraré otras almas», pensaba.

A pesar de las dudas, no me opuse. Era una gran oportunidad para él, y la idea de vivir en el extranjero tenía para mí un gran aliciente. Lo acompañaría sin mostrar mucho entusiasmo, como era habitual en mí. Estaba condenada a actuar como tantas otras veces, en que no veía nada mejor, solo la huida hacia adelante. Y comenzaba otra travesía con niebla en los ojos, sin brújula, sin certeza, sin un asidero visible, con un vacío que no se colmaba con nada. Cuando no divisaba más que un horizonte turbio, otra puerta se abría. Estaba demasiado triste para negarme. Una de las cosas que Pablo me daba era seguridad y en aquellos momentos estaba perdida.

En los días que siguieron, me decía: «Enseguida prepararé mi equipaje, un equipaje ligero, en Londres adquiriría lo que se me antojara, había ropa *prêt-à-porter* en cualquier tienda. Allí todo era extravagante y llamativo y podría comprar en los mercadillos que me fascinaban. De la colección de 1947 de Courrèges, llevaría el abrigo azul celeste y aquel traje de chaqueta rosa y

negro con cinturón de charol que enfatizaba las caderas, comprado en uno de mis viajes a París; junto algunos jerséis de punto, aquellas botas a las que les tenía tanto cariño desde mi época de la universidad. Por supuesto, aquel otro *Little black dress* de Manuel Piña que aún conservaba y nada más».

Y volví a ilusionarme con nuevos proyectos, visitaría los museos y galerías para cotejar todas las miradas recopiladas en los últimos años y examinar con detenimiento las habilidades de los pintores para solventar una dificultad, un dobléz en la falda, los pliegues en la ropa, el encaje, un velo y lo más difícil, el punto exacto de la luz y la utilización de las sombras. Estas observaciones a su vez mejorarían mi capacidad de mirar, desde la naturaleza hasta el museo de la vida que bullía en las calles. Después frente a las obras de grandes artistas, lo hacía ya de manera más crítica. Era un viaje de ida y vuelta.

Aprovechaba la ocasión que se me presentaba salvándome y matándonos a la vez. Prefería no pensar demasiado. Nunca se me había dado bien pensar, me fastidiaba hurgar en mi interior, tarea aburrida, una auténtica pérdida de tiempo. Si alguna vez lo hacía no llegaba a ninguna conclusión. Así que ni lo intentaba. Ignoraba por entonces que aquel nuevo paso me haría tomar una nueva ruta con otro destino.

Y justo antes de partir, cuando ya había perdido toda esperanza, Luis de vuelta en Madrid me había llamado.

—¡Hola, Rita! ¿Podemos vernos? —dijo.

Me quedé como petrificada.

—Me marcho a Londres, a Pablo le han ofrecido un trabajo allí, es mejor que lo dejemos así.

Él no insistió.

—Te deseo lo mejor, te echaré de menos.

—Adiós, adiós sin rencor —dije.

## El robo de la luz

Camila

Si Luis me hubiera preguntado como Alejandro a Diógenes:

—Pídeme lo que quieras.

Le habría respondido:

—Has desvalijado mi hogar como un vulgar ladrón, me has hecho sombra. Devuélveme la luz robada, porque ya no puedo mirar en mi interior.

Se acabó el descanso orgulloso en su pecho, la seguridad de sus brazos enredados en mi cuerpo, la suavidad de sus manos en mi nuca que me hacían desfallecer. Mis nervios no me daban tregua. No me recuperaba de las zozobras causadas por su deslealtad. Mi mente transitaba por oscuros e indeseados recovecos lo que se concretaba a mi pesar en ásperas respuestas:

—No me vengas con esas.

En duros reproches:

—¡Podrás hablar tú!

En hirientes ironías.

—Tú, ¡tan preocupado por nosotros como siempre!

Esas eran las únicas palabras que salían de mi boca que me sumergían después en un estado de malestar profundo. Aquella era mi tragedia. Durante el día me costaba dios y ayuda llevar el ritmo. En las noches de insomnio mis pensamientos me atormentaban sin piedad. A veces no cerraba los ojos hasta el alba.

Lo había intentado, pero mis esfuerzos habían sido inútiles, estériles. Todo había derivado en una absoluta decepción que corroboraba mi incapacidad para olvidar; perdonar, acaso sí, olvidar jamás. A mi memoria acudían aquellas palabras leídas un día, «yo sé perdonar, olvidar no sé». También yo cuando cerraba las puertas de mi corazón, no las abría jamás.

El mayor escollo era su estancia en Madrid. ¿Cómo iba a ser capaz de vivir con la duda, con la incertidumbre, con la idea previsible de que volviera a estar con ella?, me decía. Esa insoportable eventualidad me mataba. Por eso le pedí que dejara la política. Él no se cansaba de repetir:

—Te has encerrado en una idea absurda. Te juro que mi relación con Rita ha terminado para siempre.

No dudaba de su buena voluntad, de sus promesas y agradecía sus muestras de cariño, pero no era suficiente, algo se rebelaba en mi interior que me impedía continuar con lo nuestro. Y creía que él renunciaría a su escaño por nosotros, pero no fue así. Luis decidió escoger las luces de la política. Ninguno de los dos cedimos, ni «el océano, ni la enhiesta roca».

Sí, estaba segura de que mi amor por Luis no podía derivar en una pérdida de mi amor propio, de mi dignidad, de mi independencia. Mi integridad emocional estaba por encima de todo. Y no conseguía olvidar aquella traición que junto a los celos me enfermaban el alma.

Aunque en mí pesara la determinación última de romper con nuestro matrimonio, me rendí a la única salida, la distancia, la lejanía de quien era el objeto de mi desdicha. Sí, me sentía fracasada, humillada con un dolor que me taladraba y me pulverizaría. No me reconocía en aquel estado y solo veía ante mí un camino que me conducía al abismo, a un deterioro progresivo de nuestra unión. Entonces, sin vacilar, decidí hacer lo que fuera mejor para mí, no lo que deseaban otros. «Si estoy bien, mis hijos también lo estarán», me consolaba. De lo contrario, podría enloquecer.

No había dejado de amarlo, aunque este sentimiento estuviera contaminado de enojo y dolor. Él no me dio opción, no se traiciona a quién ha confiado en uno de la manera en que lo había hecho. Me hubiera puesto el mundo por montera si hubiera sido preciso; mi amor por él prendió como una llama y alimentaba un fuego que me mantenía viva, como no lo había estado nunca, pero quedé herida de muerte con su engaño. Y sabía, como sé que el sol sale cada día, que jamás olvidaría la impotencia, la decepción al descubrir que él no me amaba como había creído durante aquellos años; ya jamás podría descansar confiada en la suave fortaleza de su pecho. Y me despedí de mi vida anterior, adiós a la tranquilidad, adiós al contento.

Llegó nuestra ruptura definitiva. Luisito adoraba a su padre; ¿resultaría difícil tenerlo alejado de él! Cuando se colaba en nuestras conversaciones la noticia de que alguien se había separado, atento a nuestras palabras, con su inocente radar desplegado, se colgaba de su cuello: «Si vosotros os separáis alguna vez, me iré con papá», decía.

Fue Luis el que se mudó a otro apartamento. Así hemos iniciado una nueva vida. Y, condenada a endurecer mi corazón, lo insté presurosa con los versos de Dickinson:

¡Corazón! ¡Le olvidaremos!  
¡Tú y yo! ¡Esta misma noche!  
Tú puedes olvidar la calidez que nos dio  
¡Yo olvidaré la luz!  
¡Al terminar, te ruego me lo digas  
para que yo comience a hacerlo!  
¡Apresúrate! No sea que por tu demora  
le recuerde de nuevo.

Sin embargo, no todo era desolación; había algo que había conseguido por mí misma que me daba fuerza y una gran seguridad: haber aprobado mis oposiciones; me sentía bien desde que preparaba mis clases, llegaba al instituto, y me situaba orgullosa frente a mis alumnos. A veces, me decía en voz baja, «¡qué bien me ha salido hoy la clase!». Era independiente y consciente de la importancia de aquello. Experimentaba una satisfacción inusual y esa autonomía fue de gran ayuda.

¿Estaba ilusionada con mi trabajo? Orgullosa sí, ilusionada no tanto. En general, siempre había algún grupo que hacía que el curso te resultara fastidioso. Aquel año me habían asignado una clase de alumnos muy difíciles. Recordaba que había tenido una jornada horrible. No sabía qué hacer con ellos. No hallaba forma de motivarlos para que atendieran, nada les interesaba. No podía pedir ayuda. Mis compañeros estaban en la misma situación. Tuve un encontronazo con un alumno. No paraba de molestar al resto de los compañeros. Imposible dar la clase:

—Por favor, abandona la clase.

—Profesora, solo le estaba preguntando por el examen próximo. No voy a irme —me contestó.

Tuve que recurrir al jefe de estudios. Quizás me faltaba experiencia y recursos. No nos habían formado para esto. Lo cierto era también que estaba más sensible que en otras ocasiones.

Estos contratiempos me desanimaban. La enseñanza no era como la había soñado, como Luis me la había presentado. Había demasiado contacto con algunas personas sin un interés mínimo e imprescindible para aprender, mientras tú hacías un esfuerzo titánico para que comprendieran lo conveniente que era su formación. En España es una profesión no valorada lo suficiente y eso se traduce en el aula. Los niños, los padres, la administración, todos con exigencias desmesuradas. A veces la tarea de algunos docentes era casi heroica, por más que la gente no sea consciente. Y aún más para las mujeres. Aquí también se notaba que la sociedad era machista. Decididamente

no quería seguir con este trabajo para siempre. Aún era joven para emprender otra ocupación. Quizás más tarde no podría, seguro que me faltaría coraje.

Hoy sábado ha amanecido el cielo cubierto con nubes gruesas y pesadas. Lo sabía antes de levantarme. Mi cabeza me lo presagiaba. El médico decía que no tenía que ver con los fenómenos atmosféricos, pero se equivocaba, yo lo notaba. Cualquier pretexto era bueno para desencadenarme una cefalea. Miraba a través de la ventana. Había cesado la lluvia pertinaz de media mañana y veía en el cielo nubes de nácar y cristal deshilachado que perezosas dejaban traspasar tímidamente el sol. Reinaba un absoluto silencio, roto tan solo por el susurro de una suave brisa de primavera que acariciaba mi cuerpo, besaba las flores y las tornasoladas hojas de los árboles en un compás sonoro. Abrí la ventana de par en par. Se oía el gorjeo alegre de oscuras golondrinas que danzaban con júbilo en un vuelo frenético. Sin prisas, me uní por unos instantes a la invitación de brillo y color de una mañana de la que no esperaba gran cosa y que me ha tocado el corazón. El cascabeleo de unas risas me sacó de mi recogimiento. Atendí a mis hijos.

Ya mis padres conocían nuestra situación, se habían entristecido mucho y me animaban, «vente con nosotros, aquí podrás empezar una nueva vida». Eso era lo que deseaba, empezar otra vida, si eso era posible. Huir de una ciudad a la que no me ataba ya nada, salvo el mar. Con el tiempo entendería bien aquellos versos del gaditano, su llanto elegíaco lejos del mar: «¿Por qué me trajiste, padre a la ciudad? / ¿Por qué me desenterraste del mar?» Así que, tras mucho meditar, me pedí una excedencia y me marché con ellos. Intuía que aquel cambio me ayudaría a ser feliz. Aunque la noche era oscura, atisbaba un rayo de luz propicio que me guiaría. Por ardua que fuera aquella tarea no me rendiría a la conquista de la felicidad.

Luis no opuso resistencia, manteníamos una relativa cordialidad. Superados los primeros escollos de la separación, los dos estábamos interesados en ello por amor a nuestros hijos. Llegó la hora dolorosa de nuestro traslado de ciudad y les dijo:

—Mamá tiene que irse unos meses a vivir con los abuelos. Vosotros la acompañaréis, más tarde iré yo.

—¡Qué bien irnos con los abuelos! Pero queremos que vengas con nosotros ahora, papá; mamá, dile que venga —pedían ellos.

No lo aceptaron de buen grado, conseguimos calmarlos.

Ha pasado un año desde que he renunciado al amor de Luis, mis ojos son fuentes muchos días, y mi estado es de abatimiento general. Hoy me he ido a la cama pronto, necesitaba no pensar demasiado.

Lo echaba mucho de menos. Él me había dejado muchos momentos buenos. Había ganado en sosiego, pero había perdido mucho. Cuando tenía que tirar de todo, a ratos padecía la soledad más que antes, ¿podré superarlo? No lo sabía, pero también era consciente que no debía abandonarme a aquel estado, flaquear, porque nadie acudiría en mi ayuda. Cuando la nostalgia me atenazaba, volvía el pensamiento a mis hijos, mi verdadera prioridad, a cuidarlos con primor; y así sacaba fuerzas de flaqueza y me sobreponía.

Y con el negocio de la viña trabajaba a gusto e iba aprendiendo. No he echado de menos la enseñanza. Los viñedos centenarios, que mi padre se resistía a arrancar, aportaban una gran riqueza genética y producían uvas interesantes tras más de cuarenta años, con la crianza cuidada en barricas de roble. Él seguía fiel a sus principios con el cultivo y el cuidado de la viña tradicional, nacida en una tierra arada con mulas, con calidades estupendas, si bien con bajos



rendimientos. Como innovaba siempre, introdujo el cultivo de variedades internacionales como *petit verdot*, *syrah* y *cabernet sauvignon* que aportaban algo único, elegancia y sofisticación.

Como tantas tardes, me senté a descansar después de comer. Los niños estaban aún en el colegio. Cuando ellos volvían, les daba la merienda y me disponía a ordenar la casa y recoger la cocina. Cerré los ojos. Luis está llegando hasta mí con toda naturalidad. Hay mucha gente alrededor, pero parece ignorar que ya no estamos juntos. Miro a un lado y a otro y estoy extrañada de que así sea. Entre todos lo veo aproximarse lentamente. Me sonrío y yo también a él:

—¡Estoy tan feliz con tu presencia y tan contenta de que hayas venido a visitarme!

—Lo sé —me responde él.

Y de repente todo se desvanece. Me despertó el sonido del timbre. Los niños acababan de llegar.

Recordaba a menudo mis sueños. No acordarse de ellos era un signo de buena salud mental; al parecer, significaba que la tarea de digerir las emociones se hacía bien. No era ese mi caso.

**EPÍLOGO**  
**1989**

## **Alas rotas, inútiles para el vuelo**

El matrimonio puede por sí mismo destruir el amor, si el amor romántico no se transforma en apego, si te dejas arrastrar por las cortapisas y las obligaciones con la familia, dicen muchos. Eso y la acción del tiempo que devora todo.

Cuando nos embarcamos en una aventura fuera del matrimonio y traicionamos a la persona amada, no siempre calibramos bien los riesgos, ni las fuerzas para afrontar reveses imprevistos; por el contrario, sobrevaloramos nuestras capacidades creyendo de forma ingenua que derribaremos todas las barreras, venceremos todos los obstáculos y capearemos cualquier temporal.

Eso creyó Luis durante mucho tiempo. Porque era tan afanoso, tan voluntarioso para hacer lo que debía en tantos aspectos que le pareció ser dueño total de su destino. Pero se equivocó con su aventura amorosa, erró con su carrera política y se engañó con el amor que creyó incondicional de Camila. Y la travesía, que una vez soñó tentadora, sugestiva, resultó calamitosa; todo se trastocó como una mala jugada.

Algunos años más tarde, Luis contempla desconcertado las cenizas de unos sueños que han ardidido arrasándolo todo, con solo el roce de una bocanada de aire. Ahora va por la vida sujetando con fuerza las bridas del veloz corcel de sus pensamientos por temor a que se desboque y lo tire arrastrándolo brutalmente por los suelos. Las alas de mármol de sus últimos sueños ya no levantan el vuelo, están cada vez más pegadas a la realidad que tozuda tira de ellos hacia abajo con furia. Luis ya solo levanta castillos en la arena.

## La felicidad se obstina en jugar con nosotros al escondite

Luis

El Parlamento se había disuelto y se habían convocado nuevas elecciones generales para el veintidós de junio de 1986. Se adelantaron cinco meses para aprovechar el triunfo en el referéndum de marzo sobre la OTAN. Como le había prometido a Camila no participé en aquel proceso electoral. En realidad, tampoco servía para los tejemanejes, los trueques, las intrigas de la política, así que no me esforcé por continuar, aunque no la dejé del todo. Me mantuve en un segundo plano. Ni por asomo quería que pensarán en el partido que tenía ambiciones que no se correspondían con mis deseos. Ya había observado en otros momentos cómo algunos habían luchado hasta la extenuación por ir en un puesto donde tuvieran posibilidades de salir elegidos y cómo para poder cerrar las listas, se hacían promesas para futuros cargos, si se ganaban las elecciones. Aquello calmaba los ánimos. No deseaba volver a presenciar aquel espectáculo.

¿El poder me encandiló con sus luces? Sin duda, lo cambié por la sonrisa de Camila. Mi labor había supuesto un auténtico desafío. Y cuando tuve la oportunidad de recuperar a mi familia, me resultó demasiado atractivo y no supe renunciar a él. Su resplandor me cegó y pudo más que mi débil voluntad. Los echaba de menos, a ella, a mis hijos.

Me había equivocado sin duda. El error nos ayuda a comprender lo que realmente deseamos. La filosofía de los estoicos me asistía en ello. En su opinión, nos hacían más humanos. Llegaba a comprender mejor los sentimientos de Camila. Nuestra inteligencia se mide en nuestra capacidad para analizar y corregir los errores y aquel fracaso me había enseñado mucho. Hacía ya algún tiempo que había recogido los despojos de mi naufragio.

¿Qué me quedaba? Tan solo un arsenal de ímpetu que no sabía en qué emplear. Me veía en una carrera como conductor de un vehículo que se deslizaba a gran velocidad, con temor a desviarme, a perder el control, a dar varios giros si frenaba de pronto, amenazando con ello mi vida. «¿Qué vas a hacer?», me preguntaba. Y como no veía alrededor nada ni a nadie que acudiera en mi ayuda, fui pisando el freno poco a poco, con pericia, con cautela para no volcar; ya en el suelo, como quien construye ladrillo a ladrillo un gran edificio, decidí levantar con paciencia y determinación el mío, sin dejarme vencer por el desaliento, por la desesperanza para aquella tarea que vislumbraba inmensa.

Y me incorporé a la enseñanza, mi auténtica vocación, a enseñar lo que consideraba esencial, a cultivar los auténticos valores de la vida, el amor, la amistad, la solidaridad. Porque todavía me quedaban algunos sueños y los perseguiría como se persigue una quimera. Entre otros, formar parte de aquellos profesores apasionados que pueden influir en la vida de sus alumnos, para crear en ellos inquietud y curiosidad por el conocimiento, estimular su espíritu crítico y autocrítico y contribuir a formar «cabezas bien hechas». Tenía ante mí un gran reto.

Y así habían pasado los tres últimos años. Apagado el afán de hacer muchas cosas, ya no experimento aquella insatisfacción continua. Esto me ha exigido mucho esfuerzo, he tenido que parar y pensar, desintoxicarme y reeducarme. Lejos del sobresalto continuo y la tensión he ganado bastante serenidad. Había renunciado a la acción continua como cortafuego para toparme conmigo mismo y había dejado de formar parte de la cofradía de renegados de interiores.

¿En qué más me apoyé? El amor al estudio, a los libros me liberaba poco a poco de mi esclavitud. El eco y poder de tantas palabras que una vez llenaron y activaron los más hondos

rincones de mi psique volvían con imágenes deslumbrantes. Su efecto reverberaba en distintos espacios de la casa y desataba un cúmulo de emociones; era como si una vida vibrara en el interior de los muebles y objetos. Lo que antes fue solo una ilusión entrevista como tantas, se ha concretado en algo tangible. Me conformo con ganar menos y gracias a la investigación y la escritura, recuperada mi independencia, avanzo hacia mi mejor yo. Recordaba lo repetido sin cesar a mis alumnos: no todo tiene una utilidad o una rentabilidad inmediata; hay muchas cosas que se hacen por el placer de aprender y sirven para soltar lastre, para corregir la vida, para entenderla. Era esto lo mismo que tenía que aplicarme en esta coyuntura.

Hoy la lluvia, golpeando monótona en los cristales, me ha despertado más pronto de lo habitual. Oía a través de mi ventana el silbido del viento balanceando las hojas de los árboles y el ruido acompasado de los coches que se deslizaban por la calle. Me he asomado, el cielo estaba gris, los cristales empañados de vaho y todo estaba mojado y húmedo. Así había amanecido la mañana de aquel sábado de 1989. Aunque aún era temprano, me levanté. El nerviosismo no me dejaba permanecer ya en la cama.

Me dispuse a desayunar un café solo, como hacía habitualmente. Después de la ducha, corregiría algunos exámenes durante un par de horas. Prefería hacerlo temprano, cuando más despejado estaba; era una de las tareas que me resultaba más tediosa de la enseñanza.

A última hora de la mañana, daría mi paseo matutino. Había recuperado esta afición contraída desde niño. Durante mi estancia en la universidad, me deleitaba como un *flaneur* con caminatas sin rumbo fijo, deambulando por la ciudad, observando los escaparates, las fachadas, los parques. Sí, los paseos sobre todo por la naturaleza me llevaban a conocer a otros y a mí mismo, formaba parte de mis mejores distracciones y se convirtieron con el tiempo en un estado creativo, en algo imprescindible. Llegaba a soluciones de asuntos que me inquietaban, lograba dar respuestas a distintos tipos de cuestiones, desde poner en orden mis ideas, hasta solucionar la página en blanco cuando comencé a escribir. La libertad experimentada al aire libre me conectaba con la vida y despertaba mis sentidos, escuchaba, pensaba, miraba, olía.

Luego compraría el periódico y me sentaría como de costumbre en la terraza de un café para tomar un aperitivo. Con un poco de suerte el sol se dejaría ver. Repetía esto como un ritual cada fin de semana. Y lo hacía desde la ciudad de Mérida, en la que desde hacía tiempo había deseado vivir, rodeado de tanta historia, desde el Museo nacional de arte hasta el Teatro romano. Cada día atravesaba el Puente sobre el Guadiana, que compartíamos entonces con los coches, y, dejando la Alcazaba árabe, me adentraba hacia la casa señorial romana del Mitreo hasta el instituto. Estaba así también más cerca de mis hijos.

Tras unas horas, no me equivoqué, el sol asomaba tímidamente entre las nubes. Había dado una primera batida a las informaciones del día; las noticias últimamente no eran alentadoras, movimientos de indignación y protesta prendían como la pólvora en los puntos más alejados del planeta, las autoridades los reprimían con centenares de muertos. Las tensiones entre los países se saldaban con nuevos sobresaltos y, sin embargo, en mi egoísmo trataba de exprimir la felicidad de los pequeños momentos. Otros eran más esperanzadores como la caída del muro de Berlín. Mientras leía y fumaba un cigarrillo, levanté la mirada y divisaba en la lejanía a Rita rodeada por una espesa niebla que me impedía verla con claridad, por el contrario, veía con nitidez a Camila con su abierta sonrisa cogida de la mano de mis hijos, dos chicos casi adolescentes. Pagué y me levanté antes de que se ocultara de nuevo el sol y comenzara otra vez a llover.

Regresé a casa. Nadie me esperaba, solo silencio. Eran estos quizás los momentos más

difíciles, la entrada en un hogar solitario, triste, desamparado, añorando una comida en compañía. Hoy no podría conciliar aquel efímero sueño de la siesta que me permitía un despegue momentáneo de la realidad y que tanto me ayudaba en la tarea de las horas vespertinas. A continuación, daría el último repaso para la presentación del libro fruto de mi investigación durante los últimos años que me había ayudado a alejar de mí el tedio que atenazaba mis horas, desde que me había quedado sin familia, sin amor, sin nada.

Llegó el ocaso. Nunca había imaginado que, aunque algunos de mis amigos estarían presentes, Camila no vendría a arroparme, a pesar de haberla invitado lo que sin duda menguaba mi disfrute; ¿Imaginaba que algún día estaría sin el sostén de su presencia? ¿Se presentará de improviso con mis hijos, para esta ocasión tan especial para mí? No paré de mirar a la entrada, pero ella no apareció. Al terminar el acto, me distraje durante poco más de una hora en un bar cercano con los asistentes y tomamos unos vinos.

Salí a la calle, volví mi mirada al cielo. Las escasas nubes cobrizas del ocaso habían dado paso a una noche que lucía clara, estrellada. La luna se derramaba en un chorro de luz. De pronto sentí frío, percibí un temblor inusual en mi cuerpo. En mi cabeza resonaban aún los ecos de la música que me había puesto en casa para ahuyentar los ladridos de mi soledad. Después de una buena caminata, aligeré el paso y entré en casa.

Abrí y no encontré el abrigo deseado. Mi hogar estaba más lejos. Había encaminado mi futuro profesional, me quedaba el personal. Mi interior, cubierto hasta hoy por una niebla de ópalo, se despejaba. Me dirigí directamente a la habitación y me eché en la cama sin desnudarme; «mañana iré a encontrarme con mi familia. Yo sí volveré, por si mis hijos me buscan, por si Camila me aguarda». Aquella noche no tardé en dormirme. Lucharía por mi felicidad, por mucho que se obstinara en jugar conmigo al escondite; había sonado la hora de un nuevo desafío.

## El color de la libertad recobrada

Rita

Al principio de nuestra llegaba a Londres como Pablo trabajaba cerca, en la City, nos instalamos en Shoredith, en High Street. Iba dos tardes a la semana a colaborar en una tienda de ropa de una ONG. Por primera vez hacía algo útil. El contacto con el público me ayudaba para avanzar con el idioma y me permitía conocer a gente. Hice amistad con otras chicas y quedaba a veces con ellas a tomar el té. Allí permanecimos dos años. Con frecuencia cogía el metro y me iba a los museos, al Victoria & Albert, a la Tate o la Britain, que alternaba con la National Gallery. Después solía pasear por Covent Garden o durante horas vagaba por las calles. Para mí la inspiración surgía tanto al contemplar el arte como al ver a los demás, imaginando sus vidas, observando cosas insignificantes, en una ciudad donde los jóvenes se desinteresaban de la política y la música lo invadía todo; sus calles, pobladas de hippies con melenas hasta los hombros y ropa extravagante, llamativa, eran un mosaico de color; tenía cientos de cines y una gran variedad de restaurantes indios, paquistaníes y de otros países.

Aquí Pablo no echaba nada de menos. Se había integrado bien con una actividad social muy intensa. Acudía a un club de *speakers* donde cada participante preparaba un tema que exponía a los demás a la semana siguiente. Le entusiasmaban estas citas que les brindaban la ocasión de exhibir sus conocimientos. Lo acompañé en alguna ocasión, pero me aburrían. Se había aficionado también al golf y seguía jugando al tenis. En ocasiones, lo acompañaba al club donde coincidía con las mujeres de algunos de sus compañeros, charlábamos y quedábamos a menudo a cenar. La mayoría de sus amigos, a pesar del dinero que tienen, son ridículamente tacaños.

¿Qué era lo peor de mi estancia? El clima, sin duda, la niebla permanente, la lluvia, el frío y la oscuridad, los días que se deslizan grises y monótonos. Aunque ya no era el Londres del «infierno sobre la tierra», en general, hacía un tiempo de perros. En invierno no puedes salir sin guantes ni gorro, por mucho que te abrigues siempre es poco, aunque es habitual encontrar a algún loco medio desnudo haciendo deporte. En cuanto llevas un rato en la calle, te ves obligada a entrar en una cafetería a tomar un té caliente. ¡Qué lejos de mi Sevilla! ¡Qué diferencia de la calidez de mi Andalucía natal, de la embriagadora luz del sur, de la algarabía de colores de mi tierra en primavera, de las calles con su delicado y penetrante olor a azahar, de la vida! «No importa, esto no será definitivo», pensaba. A la menor oportunidad, volvíamos allí por cortos períodos para ver a la familia y amigos. Lo peor era el regreso.

Me había quedado huérfana. Mi madre había muerto después de una penosa enfermedad. Solo había podido verla cuando regresábamos a Sevilla. Mi padre la cuidó bastante bien, y aquello me hizo reconciliarme en parte con él. ¡Cuánto lamento no haber estado más cerca de ella entonces! Constantemente me tranquilizaba cuando nos veíamos y me quejaba, «ten paciencia, hija, verás cómo todo irá bien». Por desgracia no fue así. Y también me había quedado huérfana de Luis, mi único amor del que cada vez tenía menos noticias y añoraba más. Seguía aprendiendo a vivir sin él.

Ahora llevaba ya un año viviendo en un pequeño apartamento entre Islington y Hackney. Me mudé aquí después de romper con mi marido, una ruptura anunciada, irremediable. Por fin, había sido consciente de mi alienación. Pagaba un alto precio por mi vida acomodada. Ya no aguantaba más. Mi matrimonio me estaba matando y había perdido la alegría por completo.

Saqué fuerzas de flaqueza para romper con todo. Había regresado en una tarde fría y oscura de niebla, típica de un febrero londinense que iba dejando caer el manto de la noche sobre esta ciudad desmedida y triste. Esperé a que llegara, y mientras cenábamos, le dije:

—He encontrado un apartamento pequeño en Hackney.

—¿Quieres que nos mudemos allí? —me preguntó.

—Es para mí, para vivir yo sola. Voy a dejarte, Pablo.

Apenas parecía sorprendido por aquella brusca revelación, solo el tic de estirarse y encogerse ante lo imprevisto delataba su asombro. Se levantó de la silla. Guardó silencio durante unos segundos. Después exclamó:

—¿Cómo? ¿Estás segura? Creía que eras feliz a mi lado ¿No quieres meditarlo?

—No ha sido así. Llevo pensándolo demasiado. Esto es lo que quiero.

—No obstante, te ruego que lo reconsideres. Esperaré tu decisión definitiva.

Pasamos el resto de la comida en silencio. A continuación, se encerró en su despacho. Nunca le ha gustado perder, pero estaba decidida. Aquella noche me fui a la cama antes que él.

No se había enterado de nada. No luchó, ni me hizo ningún reproche. Se lo agradecí. Era una de sus virtudes, un alivio para mí, acostumbrada como estaba al aluvión de críticas de mi padre, a su recriminación continua. Siempre había actuado con Pablo libremente, sin temor a qué querría, qué diría, qué le parecía. Fue una entre otras razones por la que permanecí tanto tiempo a su lado.

¿En qué empleo mi tiempo ahora? Desde mi nuevo apartamento, en Queensbridge Road, cojo un autobús cada día hasta Islington. Me paro en Angel y camino diez minutos hasta Upper Street donde se encuentra la galería de arte en la que trabajo por las mañanas, propiedad de un matrimonio. Él es fotógrafo. Ella diseñadora gráfica, los dos encantadores. Desde el principio me acogieron como a una amiga.

En la galería organizamos exposiciones frecuentes, tengo oportunidad de conocer a mucha gente, y lo más importante, estoy en contacto con lo que me interesa. Es la mejor ocupación posible, incluso me permite también vender algunas de mis pinturas. Aquí gustan mucho, tan alejadas de las de Constable cubiertas de nubes hasta el setenta y cinco por ciento de la imagen y las de Turner, al que tanto admiraba por sus borrosidades y la pincelada suelta que imitaba.

Mis pinturas me ayudan a ordenar mi vida. Me proporciona una independencia sin límites. Nunca había creado nada fuera de mí. Mis cuadros se han convertido en los hijos que no he podido tener, en otra forma de dar a luz y gracias a ellos, soy otra, más asequible; aprendo a amar de verdad y me voy reconciliando con el mundo. Todo aquel tiempo dedicado a aquella tarea «inútil», al dibujo, me ha conducido hasta aquí.

¿Cómo lo hago? Trato de seguir la huella de tantos pintores españoles. Los años de mi estancia en Madrid y mis visitas a los museos me habían proporcionado un bagaje del que me nutría. Admiraba a Sorolla, su pasión por los colores, por el movimiento; en su casa-museo de Madrid, todo lo inundaba la belleza del blanco matizado que semeja el raso, la seda, el encaje; me atraían sus retratos, donde se muestra tan moderno e interesado por el mundo de la moda. Me fascinaba Velázquez, cuyos personajes tan reales ilustran algo más que rostros, tienen almas. Y Goya ponía en sus creaciones o en sus copias de lo natural tanto técnica como espíritu, buceando siempre en las aguas de las almas humanas; los tres derrochan luz. He aprendido que esta es esencial, cada día diferente, de ahí que sean sustanciales en el trabajo de un pintor, aunque solo sea un aprendiz como es mi caso. Y más en esta tierra donde es tan escasa.

Lo cierto es que atesoraba la de mi tierra, la del sur que me alimentaba y me curaba; mi predilección por el amarillo a floraba en mis cuadros; quien los contemplaba se sentía bañado del



magnífico esplendor que brotaba de tanta abundancia solar. Por eso me entusiasmaba el impresionismo, por el triunfo del color, por su etérea libertad; me identificaba con él porque se inventó para captar la alegría de vivir y yo adoraba gozar de la vida. Me fascinaba la posibilidad que el arte me ofrecía para transformar la luz efímera de mi pensamiento en algo permanente. Con una nueva mirada y un nuevo sentido de la observación, la naturaleza y la realidad del mundo exterior se despliegan ante mí en un abanico de colores que descompuestos en innumerables matices es liberador, con una gran carga emocional. Este es sin duda uno de los mayores deleites de la pintura.

Hoy he tenido la visita de unos clientes que han venido ya en otras ocasiones. Él es atractivo y no dejaba de mirarme. Ella es simpática. Han estado observando lo que había. Al cabo de un rato, y después de comprar un lienzo mío con un bonito paisaje, se han marchado. Ya en la calle, él continuaba sin perderme de vista a través de los cristales. Algo dormido se ha removido en mi interior. Me ha obligado a desviar la mirada.

¿Qué papel ha jugado Londres en todo esto? Esta ciudad ha sido clave para la conquista de mi independencia, aquí he sabido canalizar mi inconformismo como en ningún otro sitio. He aprendido que es posible recobrar la libertad que perdí, cuando uní mi vida a la de Pablo. Soy de nuevo yo misma, hacía lo que me satisfacía. Para ello ha sido fundamental mi trabajo en la galería, sin el que no lo habría logrado; ahora vivía sin mirarle la cara a nadie y crecía como persona después de tantos tropiezos

En esta mañana inusual y clara de noviembre, me he levantado con la noticia de la caída del muro de Berlín. ¡Qué alivio! Parece una premonición. Lejos de mi padre también me siento libre de un frente rocoso caído ante mí, contra el que se topaban mis aspiraciones, contra el que chocaba cualquier iniciativa mía. ¿Harás algo provechoso alguna vez?, escuchaba. Era demasiado imperfecta, con muy baja autoestima. Con la seguridad arrebatada por él un día, hoy tomo mis propias decisiones, más confiada en mí, en los otros, en mi futuro y me voy liberando de mi victimismo que me hacía culpar a los demás de mi malestar y mis fracasos. Al tomar las riendas de mi vida, todo es mucho más sencillo. Y, mientras avanzo, me despojo de lo que me estorba y me voy quedando sin ataduras, más desnuda. Entre otras enseñanzas, he aprendido a vivir sin lujos. Me he desprendido de una carga inútil. Me cuesta menos de lo que esperaba. Ahora, como esta ciudad es tan cara, voy de compras a los mercadillos, a Candem Market, a Brick Lane, Portobello o a Borough Market.

Ya no temo a aquella soledad que no era otra cosa que ese *horror vacui* de hallarme a solas conmigo. En realidad, todas mis decisiones anteriores eran una forma de huida de mí misma, mi peor compañía. Porque raramente el cambio venía de mi interior sino impulsado por un acontecimiento exterior, mi boda, el traslado a Madrid, la venida a Londres..., porque no hallaba en mí la fuerza suficiente para ello. Esta vez ha sido diferente, por eso me siento más fuerte, más yo. Mi identidad estaba reforzada.

Ahora mi rebeldía había cambiado de orientación. He comprendido que existen otras formas de expresarse, de decirles a los demás quién eres, qué quieres, para qué estás en el mundo. Durante mucho tiempo fue la moda el medio para canalizarlo, en este momento es la pintura que me sirve en algunos casos de espejo en las vivencias personales que me transmiten.

¿Acaso es todo fácil ahora? No, a veces sufro graves recaídas de nostalgia que me duran varios días y me dejan débil, aunque me cueste confesármelo. Esta tarde, he ido a visitar la National Gallery a renovar mi diálogo con los pintores. El artista me conduce a lugares que sin mucho que ver conmigo, conecta con una parcela oculta dentro de mí, no material sino espiritual que

traspasa mis sentidos. Mi corazón palpita al recorrer sus salas, ante la verdad y belleza de sus producciones (*El temerario remolcado a dique seco* de Turner, la *Venus desnuda* de Velázquez, el *Autorretrato* de Rembrand, expresión del dolor de la existencia, y siempre los impresionistas, ...). Sin ser una experta, me emocionaba ante aquellas obras maestras.

Antes de abandonar la pinacoteca, he entrado en su cafetería. He pedido una taza de té acompañado de un bizcocho de limón glaseado. Me complace regalarme estos instantes de auténtico gozo que me dan fuerza en esta ciudad, ¡tan liberadora! Cuando salí de Charing Cross en autobús aún era de día, al llegar a Islington era ya noche cerrada. Desde allí cogí el metro hasta mi apartamento.

## Arropada por cálidas olas de un mar dorado

Camila

Llevaba ya unos años al frente del negocio paterno. Mi padre había sufrido un infarto cerebral. Aún era joven. Yo trataba de animarlo entonces en el hospital, «muy pronto vamos a estar en nuestra finca». Él lo negaba con la cabeza, no lograba pronunciar una palabra y, al parecer, era consciente de su gravedad. Después de estar una semana ingresado, debatiéndose entre la vida y la muerte, falleció.

¡Cuánto lamento no tenerlo entre nosotros! Me gustaría notar su presencia, haberlo visto envejecer más, seguir contemplándolo mientras se alejaba, digno en la distancia. A veces me observaba, quizás intentando descifrar el motivo de mi retraimiento, de mi semblante serio, la razón de mi tristeza. ¡Quién sabe! Hombre poco ambicioso, me enseñó, entre otras cosas, el amor al trabajo bien hecho, el respeto al silencio, a hablar con la mirada.

No obstante, ha vivido lo suficiente para transmitirme algunos secretos del cultivo de la viña, el momento idóneo para comenzar la vendimia, la selección de las uvas en función de la calidad, la toma de precauciones para prevenir enfermedades del caldo. Le entusiasmaba lo que hacía y ejercía de experto anfitrión. Explicaba la historia, las características y el secreto del terreno donde estaban ubicados los viñedos, los fermentos y el envejecimiento de su producción. Pensaba como Pasteur que «el vino es la más sana e higiénica de las bebidas».

En general, las mujeres estaban ausentes del mundo del vino. Yo sería una de tantas otras jóvenes que me había introducido en una actividad vedada para ellas. Nadie en casa imaginó que alguna de nosotras podríamos seguir su labor, nunca lo verbalizó. No era un hombre dado a la queja ¡Lástima que ya no esté para verlo! Se habría sentido orgulloso.

¿Alguna vez pensé que sería capaz de gestionar este negocio? En absoluto. Aunque con un espíritu emprendedor heredado de mi familia, no tenía experiencia ejecutiva ni conocimiento sobre la pequeña bodega que vendía mucho a granel. No ha sido fácil, pero ilusionada todo va sobre ruedas. Mi madre, cansada para asumir esa responsabilidad, representa un gran apoyo. Había trabajado en la húmeda y oscura bodega familiar, cuyos olores, densos y penetrantes se habían apoderado de sus sentidos. Ella conoce bien lo referente a esta ocupación, desde rodrigar la viña hasta el arte centenario de la poda, un arte, que ella esconde como lo hacen las mentes de los campesinos. Y aunque en aquella época no existía el marketing ni comunicación, nos sobraba voluntad y ganas de hacer bien las cosas.

Hoy después de desayunar he salido al aire libre. La mañana es luminosa y el sol calienta suavemente; huele a primavera. Ha sido un año relativamente lluvioso y eso ha mejorado mucho la viña que rebosa salud. «Seguro que tendremos una buena cosecha», pienso; espero con impaciencia ese momento mágico. El estrecho contacto con estos campos cuajados de viñedos dulcifica mi existencia. Tan cerca de la naturaleza el tiempo se expande y el alma se relaja, soy capaz de palpar mi humanidad, mi insignificancia; me siento más humilde ante su grandeza.

¿Cómo me sentía en lo personal? Había dejado de llorar, observado que al brillo de mis ojos lo sustituían las ojeras, alguna arruga. Ni yo misma me gustaré. Se acabó. No centraría toda mi felicidad en Luis como hasta entonces. Ahora mi vida tiene sentido por ella misma. Dispongo de más tiempo para mí. El día que descanso leo en la cama durante horas. He recuperado algunos hábitos que me ayudan, el placer de ir al cine, salir a comer con amigas. Cuando Luis se lleva a

los niños, me quedo tranquila, sin ninguna obligación apremiante que acometer. ¿Cuánto había pasado sin hacer nada igual? Ni me acordaba, me parecía una eternidad. Después de muchos años, me alivia por las noches saber que alguna lectura me espera en la mesilla de noche antes de conciliar el sueño y me siento menos sola, porque hallaba en los libros saberes que necesitaba, comprobaba que a otros les ha pasado cosas parecidas a las mías y al verbalizarlas a través de la escritura, se despojan de la vergüenza de confesar sus fracasos. Había ido formando mi pequeña y amada biblioteca., en busca de los mejores espíritus de la humanidad

Con un coste enorme por mi decisión de abandonar a Luis dudaba a veces. ¿Me había equivocado al imaginar que no lograría perdonar a Luis? ¿La brecha abierta entre nosotros jamás se cerraría? «No puedo mirar atrás, enjuiciar las acciones del pasado con los ojos del presente, no pensar más sino ir soltando las amarras del pasado obstinado, liberarme de sus garras, que me tienen como rehén atrapada», me repetía una y otra vez. Así que aún convaleciente, pero ya con algunas cicatrices que restañaban mi dolor, me enfrentaba a un futuro alejado del que una vez vislumbré para nosotros como definitivo. Efectivamente, la vida es larga para pensar que algo es definitivo.

¿Cómo sobrevivo? Con dos hijos adolescentes, bastante independientes, apenas me requieren. Hoy han entrado a darme un beso, «buenos días, mamá». Aunque a veces la soledad lacera mis días, aunque menos viva, miro al futuro con cierto optimismo. Porque amar es sufrir, pero también es vivir, si no sentimos la herida de la pasión, morimos. Acuden a mi mente los versos de Machado: «En el corazón tenía/la espina de una pasión;/logré arrancármela un día;/ya no siento el corazón». Camino con pasos indecisos, sin saber si encontraría otro amor como el de Luis, si ni siquiera ansiaba realmente hallar algo parecido, porque intuía que ya no volvería jamás a sentir lo mismo con otro hombre, a experimentar aquella intimidad, la quietud y el sosiego de abandonarme en sus brazos, a la dulzura del contacto de sus labios de seda. Porque sabía que mi cura no dependía de una nueva relación. Ahora disfruto y mi dolor ha encontrado una válvula de escape, ya no está encapsulado, no temo que me destruya desde dentro de mí.

Hoy no he parado en toda la mañana, de un lado para otro. Después de almorzar, sentada en el sofá, he cerrado los ojos. Me hallo en medio de una gran explanada brumosa donde hay mucha gente. Entre los allí congregados, desconozco para qué, adivino a lo lejos a un amigo nuestro separado de su mujer. Me acerco a él:

—¿Has visto a Luis? —le pregunto.

—No, no lo veo desde hace mucho.

—Sí, creo que no sale demasiado. Cuando lo veas, no olvides decirle que lo echo mucho de menos.

—Sí, no te preocupes, lo haré —me responde.

Y poco a poco se aleja cabizbajo y triste y desaparece entre la niebla. Me he despertado con un sobresalto.

A veces, me consuelo con el recuerdo, con la inconsistente realidad de mis sueños en los que él aparece amable y cariñoso que me hacen interrogarme sobre su contenido, ¿Eran la respuesta, la liberación mientras dormía de un pensamiento reprimido en la vigilia? ¿Deseaba que Luis volviera realmente? Ahuyento estos pensamientos perturbadores.

Ha pasado ya el mes de abril. Desde la terraza, me llega el olor amplio y penetrante a espliego y romero. Como cada mañana, contemplo a través de los cipreses los viñedos cuajados de verdor que el sol viste de rayos solares. Sus cepas retorcidas, recostadas ante el bosque de las vecinas colinas ejercen sobre mí efectos calmantes, mi ritmo cardíaco baja. Su distribución en hileras

equilibradas y armónicas se eleva como un canto. Sobrecogida a cada instante con esta visión, me dejo llevar por la emoción suscitada por este espacio singular, hermoso que ilumina y tiñe mi alma con emociones de varias tonalidades. Todo aparece envuelto de pinos azules mecidos por un ligero viento primaveral, acompasados por el ritmo de aquellas cepas, bellamente ataviadas que se despliegan ante mis ojos como una alfombra de luz, como olas de un mar dorado de esperanzas infinitas que me arropa y cobija.